



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

42585

70

WIDENER



HN NEEI N

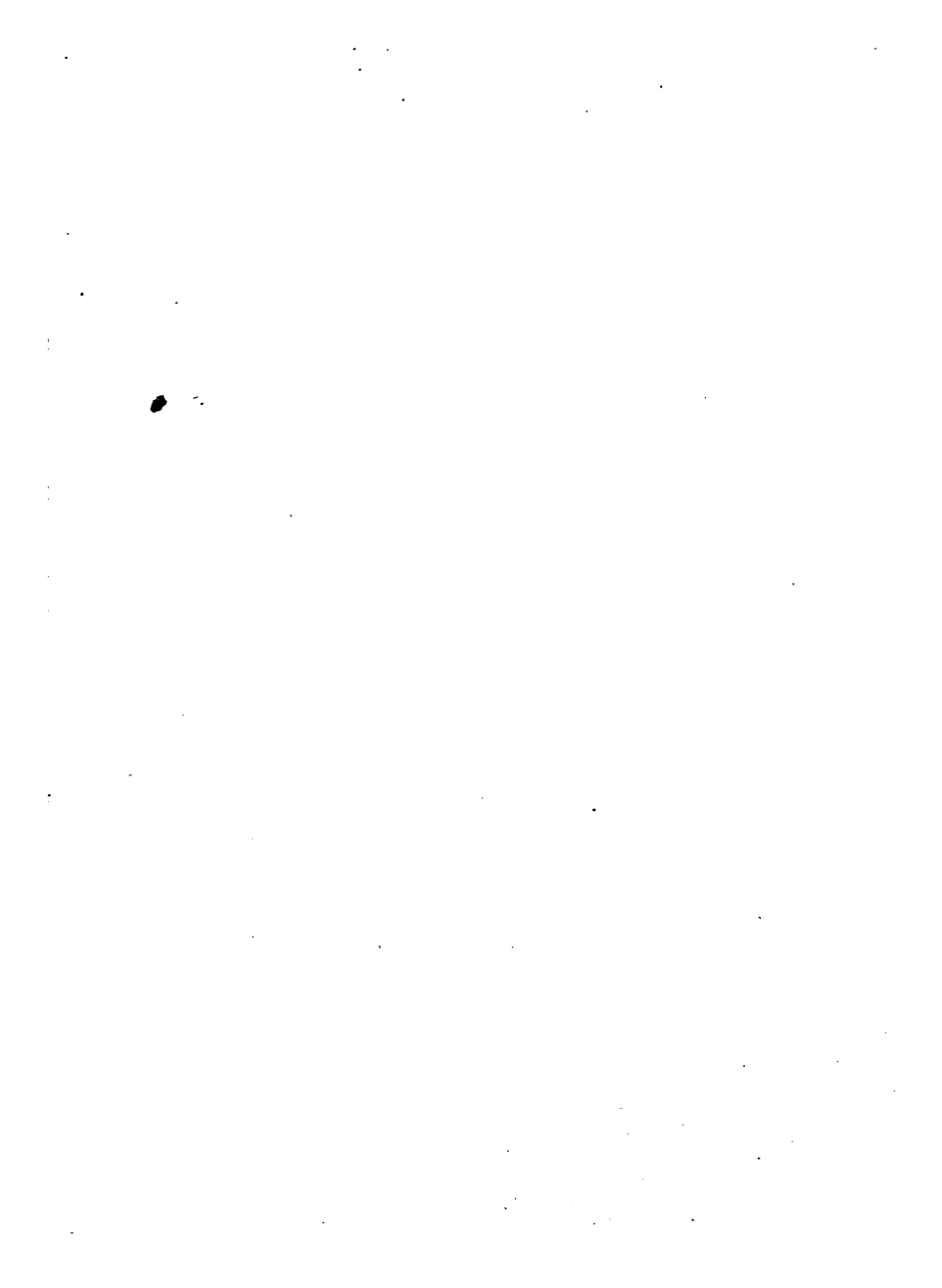
42585.70

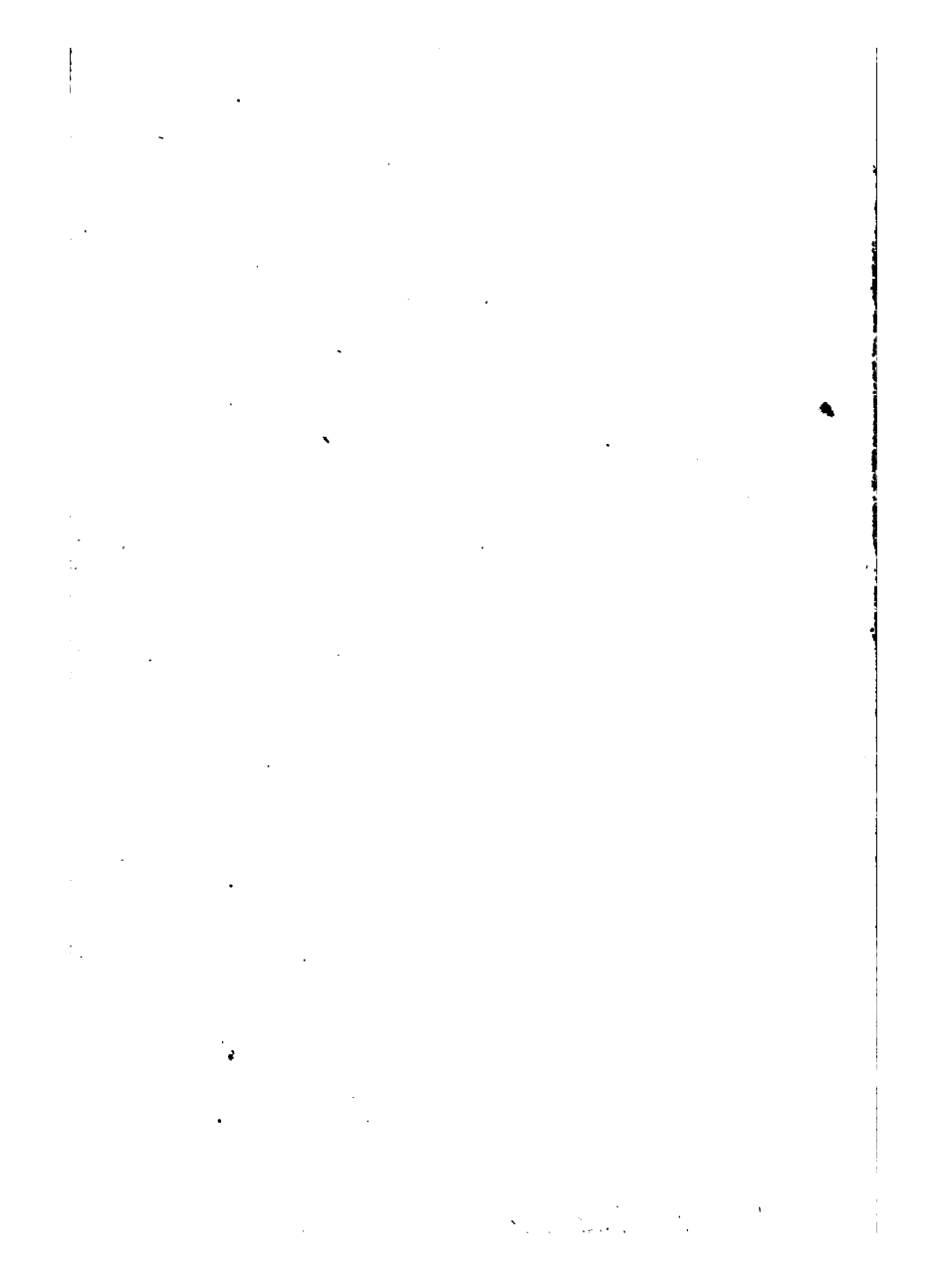
HARVARD COLLEGE LIBRARY
CUBAN COLLECTION



BOUGHT FROM THE FUND
FOR A
PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF
JOSÉ AUGUSTO ESCOTO
OF MATANZAS, CUBA





GONZALO DE QUESADA

PATRIOTISMO

CUENTOS DE GUERRA

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS

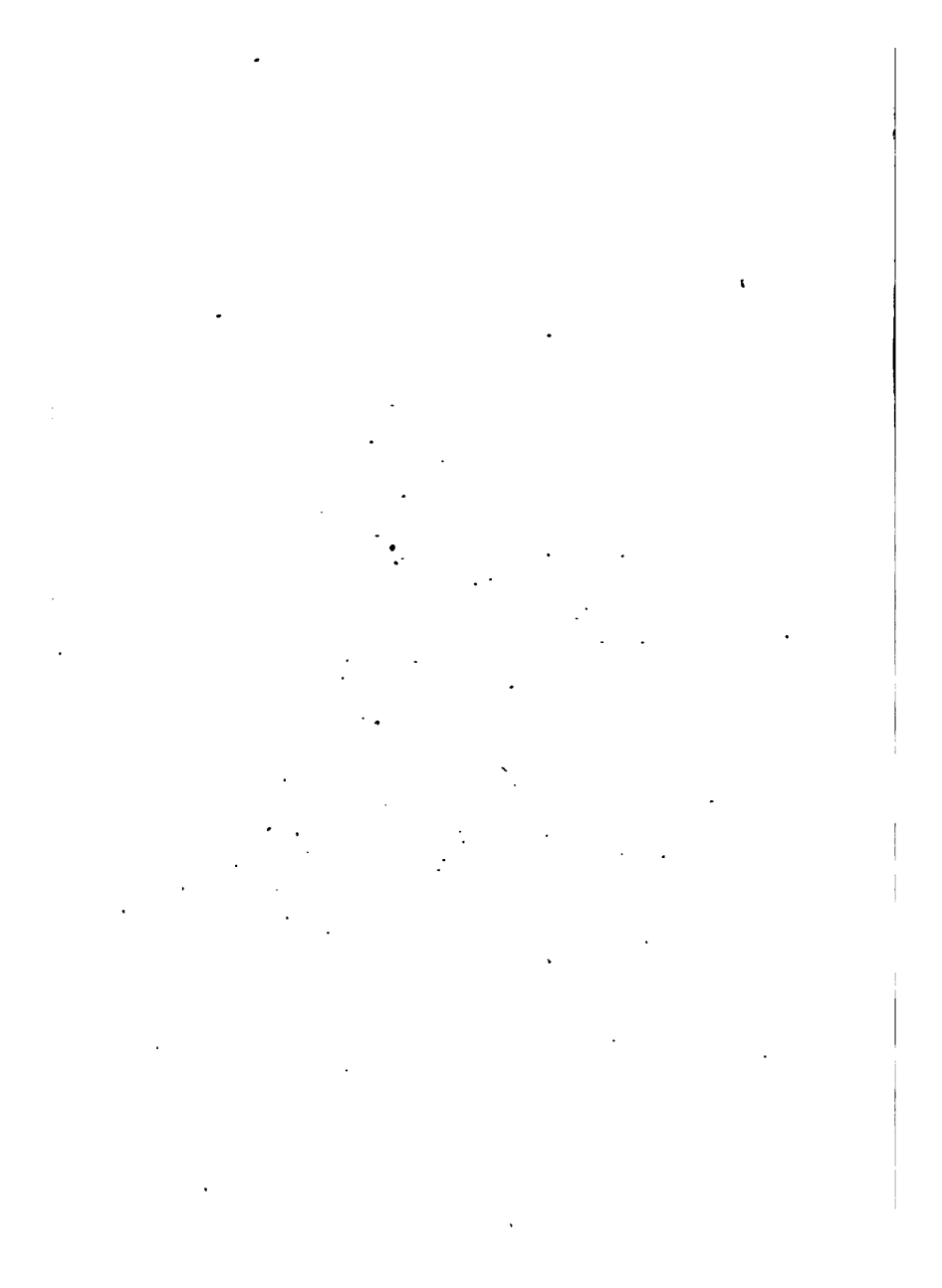


IMPRENTA "AMÉRICA."

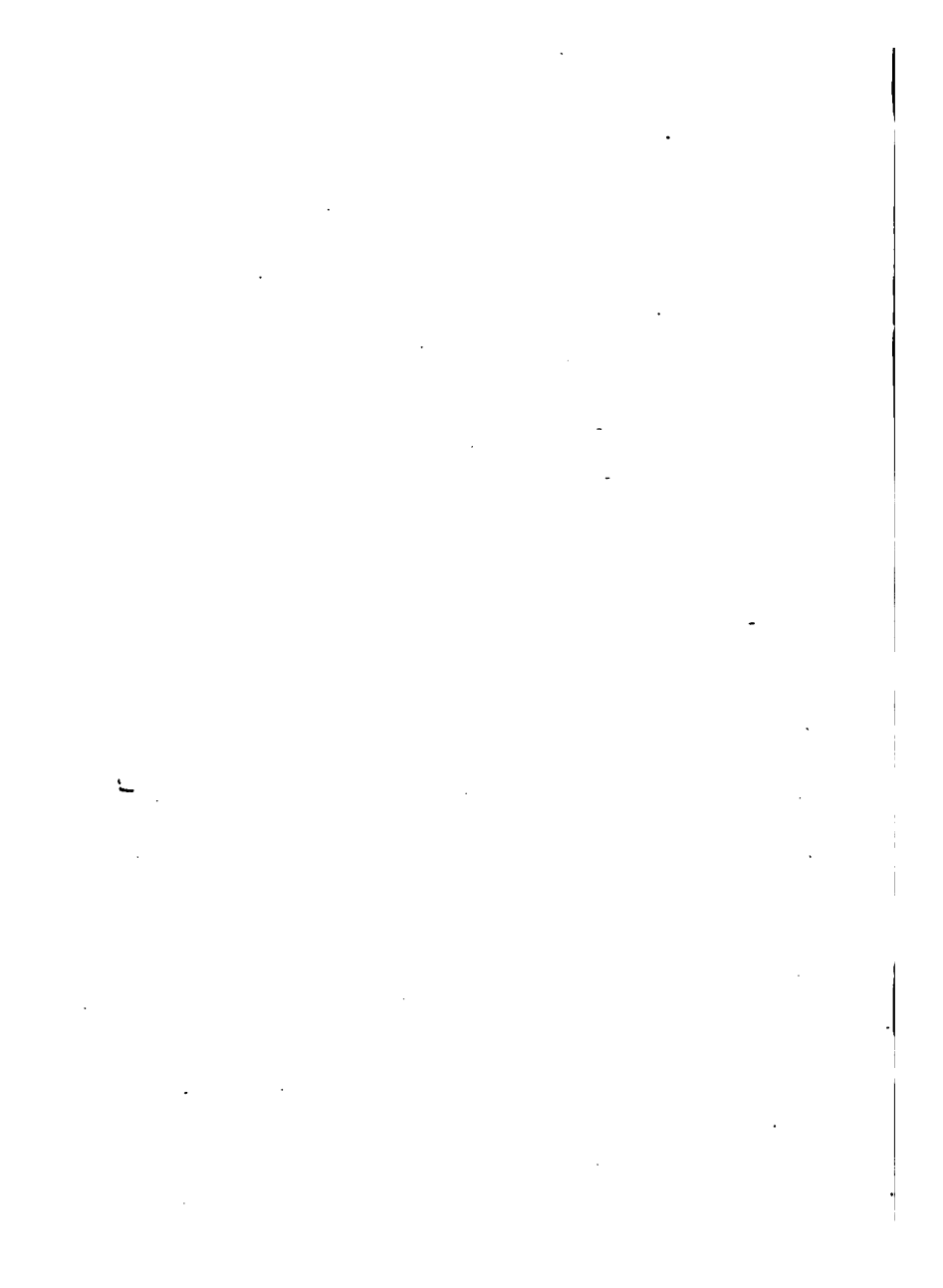
S. FIGUEROA. EDITOR.

298 BROADWAY, NEW YORK.

1893.



PATRIOTISMO



GONZALO DE QUESADA

PATRIOTISMO

CUENTOS DE GUERRA

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS



IMPRESA "AMÉRICA."

S. FIGUEROA, EDITOR.

298 BROADWAY, NEW YORK.

1893.

42585.70

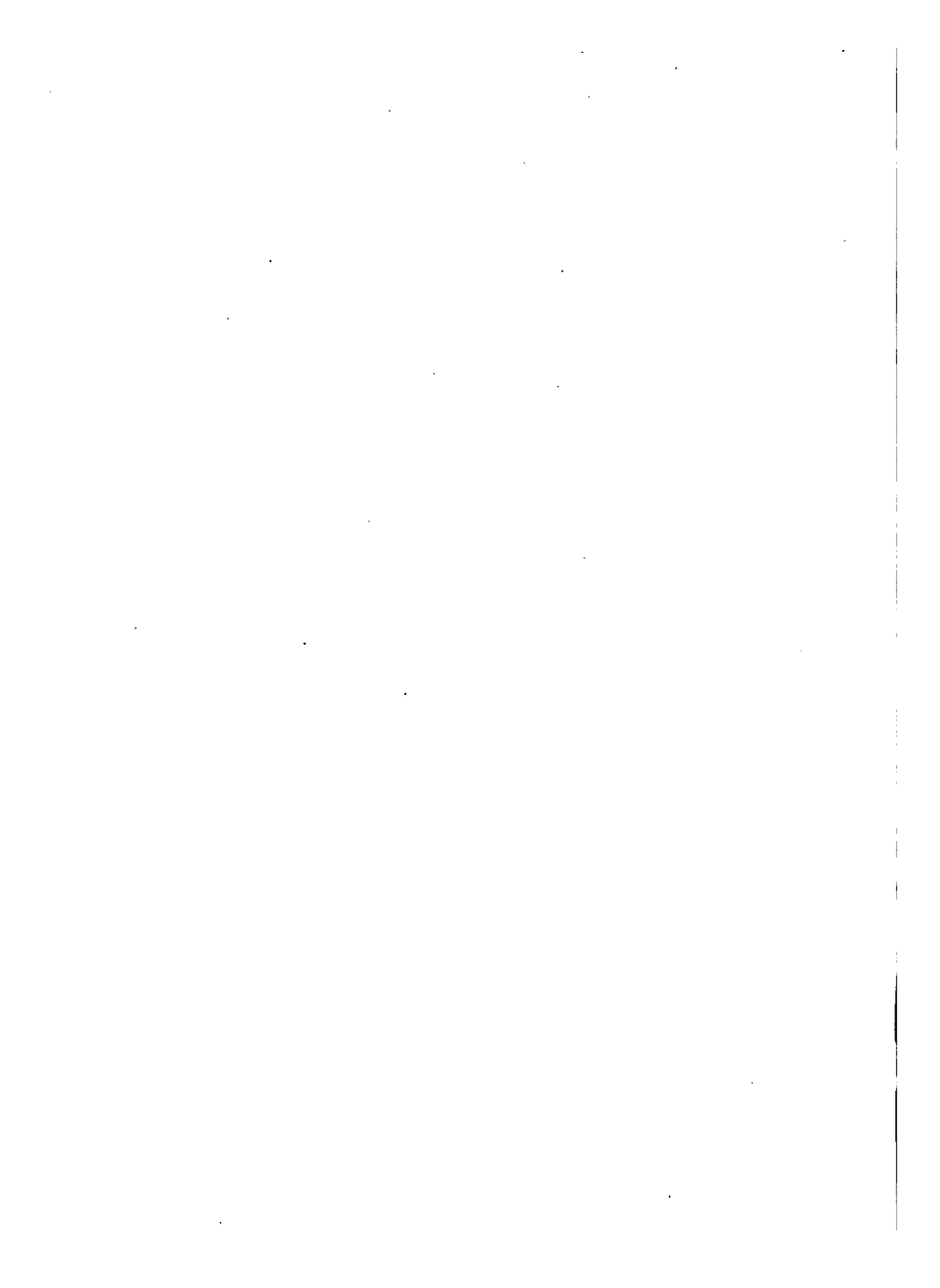
HARVARD COLLEGE LIBRARY


MAY 3 1917
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

2522

A LA JUVENTUD CUBANA.

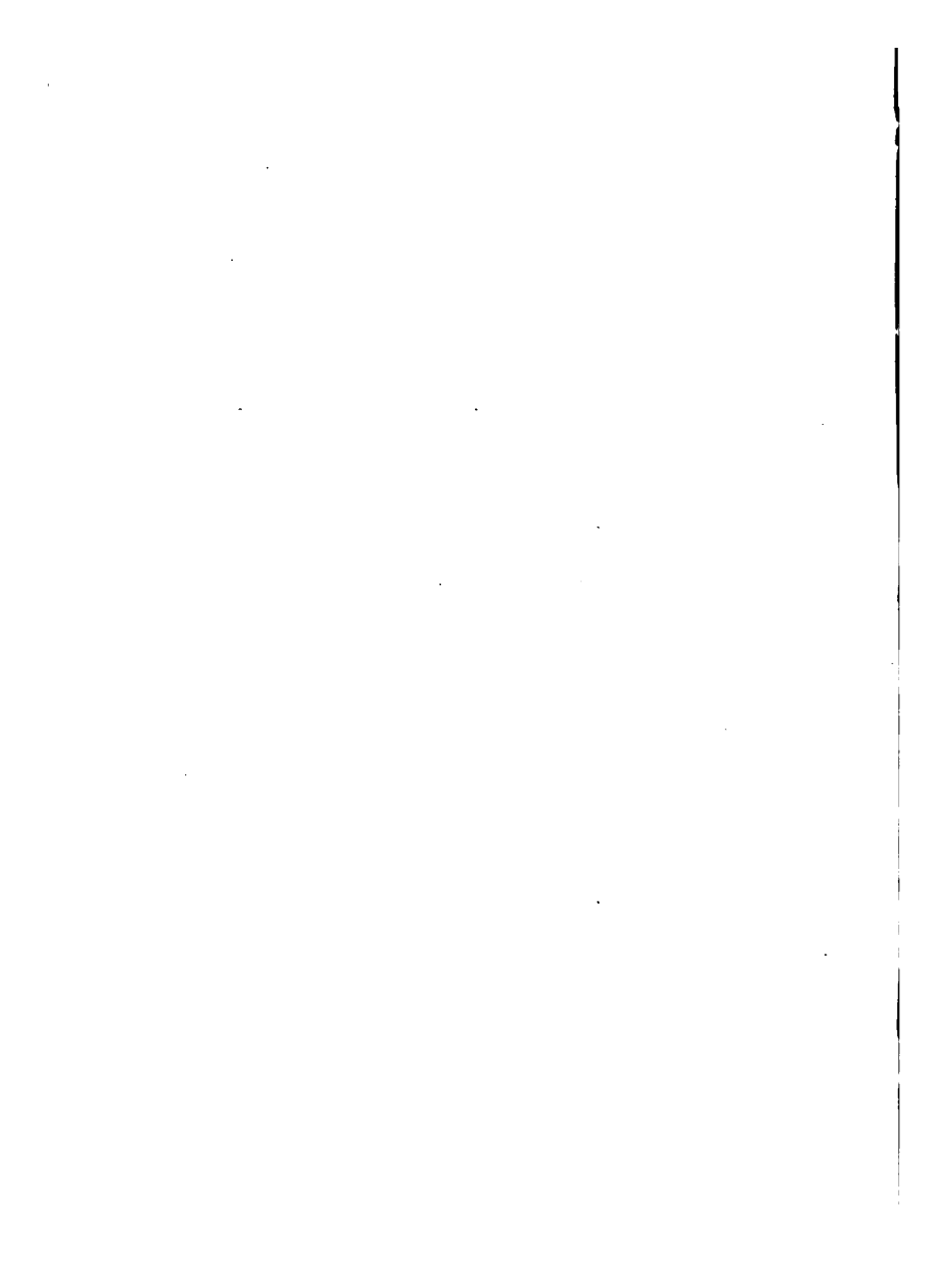
*Conquistar Patria
es nuestro deber.*



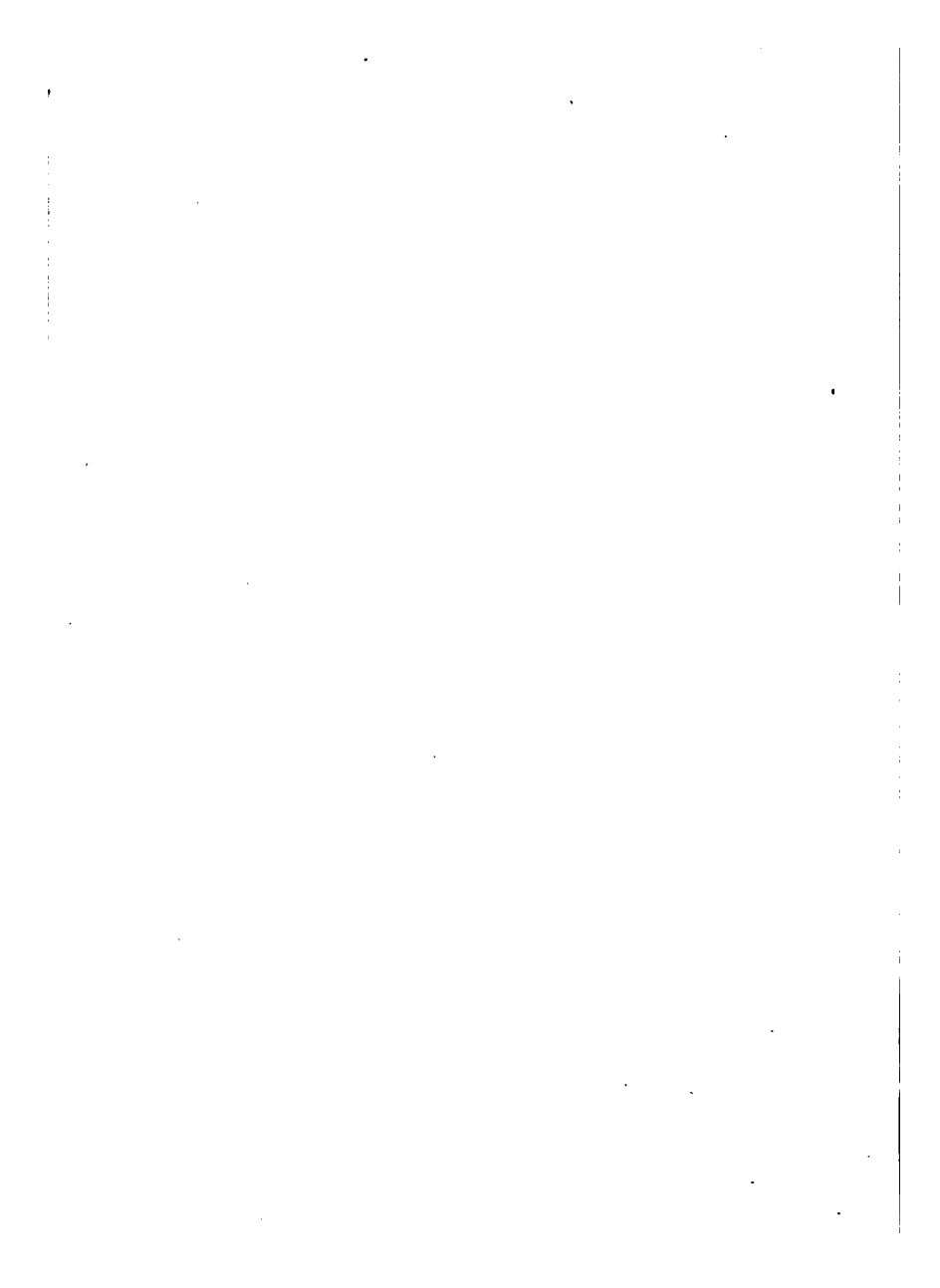


DESPUÉS de Sedán, en la noche tenebrosa y lóbrega, que envolvió las banderas de uno de los ejércitos más bravos del mundo, ¿qué debía quedar en el corazón de los franceses? Un gran dolor. Y cuando la Francia volvió de su paroxismo, causado por aquella horrenda catástrofe, y se irguió después de caída á los piés del Poder solamente de los cañones prusianos, le sobró el oro para rescatarse del predominio de su inexorable vencedor, dejando perpétuo ejemplo de cuanto vale la virilidad en los pueblos.

MÁXIMO GÓMEZ.



LA TRICOLOR.





LA TRICOLOR.

PUDO más que el patriotismo entusiasta, pero desorganizado, la fuerza disciplinada y previsor. Francia, destrozada en su seno por la desunión de sus hijos, luchando contra un enemigo implacable, no había cejado sino después de contemplar las magníficas cargas de sus coraceros, la abnegación de los aldeanos que dejaban sus familias para constituir los cuerpos de guerrillas volantes y morir olvidados. París, que presencié el desfile de las huestes que marchaban esperanzadas, á los acordes de la *Marsellesa*, á clavar del otro lado del Rhin la bandera tricolor, París recibía en medio del

incendio de sus edificios públicos, en medio del terror producido por las atrocidades de la turba ébria y colérica, la noticia de que aquellas huestes estaban vencidas y prisioneras de los prusianos—vencidas y prisioneras, porque en la paz no se preparó al país para la guerra, no se acumularon los víveres, no se alistaron las armas, no se reunieron los pertrechos necesarios, no se pensó en un plan acertado de campaña antes de abrirle las venas al pueblo para que sangrase por la patria. Hombres valientes había, pero faltaban los medios indispensables para la lucha. Al entusiasmo—si ha de triunfar,—es preciso organizarlo y encauzarlo.

El vacilante imperio francés rindió la espada en Sedán al imperio alemán, que empezaba á erguirse ya, gracias á la victoria obtenida.

Momento conmovedor fué aquel en que los regimientos franceses, avergonzados, entregaban á los prusianos arrogantes, la enseña que ostentaron orgullosos en Malakoff y Sebastopol, en Magenta y Solferino ! Un solo regimiento, el 99, no sufrió la humillación. La noche antes de rendirse se reunieron los oficiales en la tienda del

coronel ; el primero que habló fué un capitán lleno de arrugas, blanco en canas, el rostro marcado con reciente cicatriz.



— El 99 no debe sufrir la deshonra de que otras manos que las francesas toquen el emblema santo de la patria ; yo recuerdo, cuando fuí abanderado, que ese trapo fué mi única

idolatría . . .—No pudo más, y prorrumpió en sollozos.

—Ánimo, compañeros,— exclamó un teniente, un joven recién salido de la escuela militar, que no pudiendo llevarle á su amor una cruz, le daría la mano mutilada por una bala:—ánimo, que eso es muy fácil: enterraremos los colores; después uno de nosotros volverá por ellos; seguidme! los prusianos no tendrán la tricolor del 99!

Era más de media noche cuando los oficiales del 99 enterraban la bandera en el jardín de un pobre labriego de los contornos; con la espada extendida juraron todos, por la patria y por el honor, guardar el secreto.

Al otro día el regimiento, sin sus colores, entregaba las armas.

El capitán Barrate fué designado una semana después, para que recogiese la bandera y la llevase al ministro de la guerra en Paris.

No había una sola estrella en el firmamento. El militar disfrazado de campesino, deshecha la ropa, la cachucha cubriéndole los ojos, y los zapatos de madera como los que usan los

trabajadores en el campo. Desenterró con manos amorosas la bandera tricolor, envolvió su cuerpo en ella, y la cubrió de manera que no se pudiese ver. Los prusianos ocupaban el territorio, y con tacto tuvo que evadir la vigilancia del enemigo. Agonía y torturas indecibles sufrió cada vez que los centinelas le daban el alto; ¡no era su vida, sino la bandera, la que él deseaba salvar!

Los ríos cruzó á nado; más de una vez le dieron el alto y él no respondió; las balas del invasor llovían sobre él; una le abrió un hueco en el costado; perdiendo sangre y exhausto por la fatiga y el dolor, se internó en los bosques; allí pasó muchos días, desesperado por la sed y el hambre, sin poder hacer nada para su herida, lleno de terror cada vez que la caballería alemana recorría aquellos lugares cazándolo sin piedad. Al fin manos amigas le dieron asilo. Jadeante, pero con el rostro iluminado por el éxito de su empresa, entró en París; llegó empolvado y sudoroso al Ministerio de la Guerra.

— Al ministro que deseo verlo personalmente, le dijo al ujier.

— ; Imposible ! : escribid lo que quereis y se le dará.

El capitán escribió estas palabras :

“ El regimiento de línea, 99, el único que no entregó al prusiano su bandera, viene á depositarla en vuestras manos. ”

El general Le Fló, llorando, abrazó al heroico capitán, los dos besaron llenos de emoción la bandera ; el capitán Barrate desde ese instante fué Caballero de la Legión de Honor.

; Los prusianos no habían tocado la tricolor agujereada y ennegrecida por el humo de los combates, la tricolor del 99 !

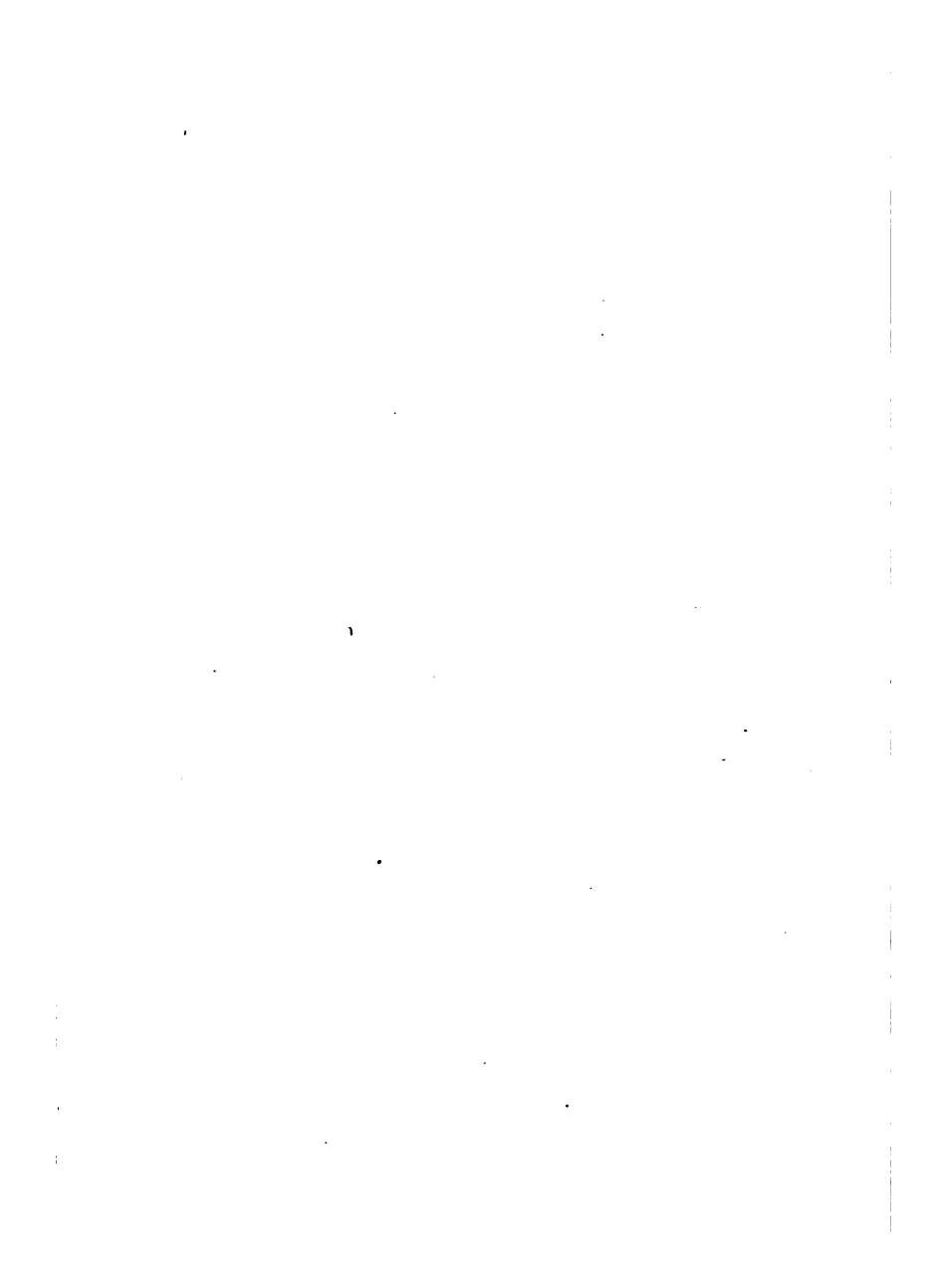
.
Ayer me contaba un heroico capitán cubano, que tuvo que ceder en el Zanjón, que pocas, muy pocas, fueron las tricolores estrelladas que se rindieron en este día triste ; agujereadas y ennegrecidas por el humo ; la enseña victoriosa en el Júcaro, en las Minas, en la Llanada, en Palo Seco, en el Naranjo, en las Guásimas, fué enterrada en nuestras sabanas, en nuestros montes.

Cuando después de la preparación y orga-

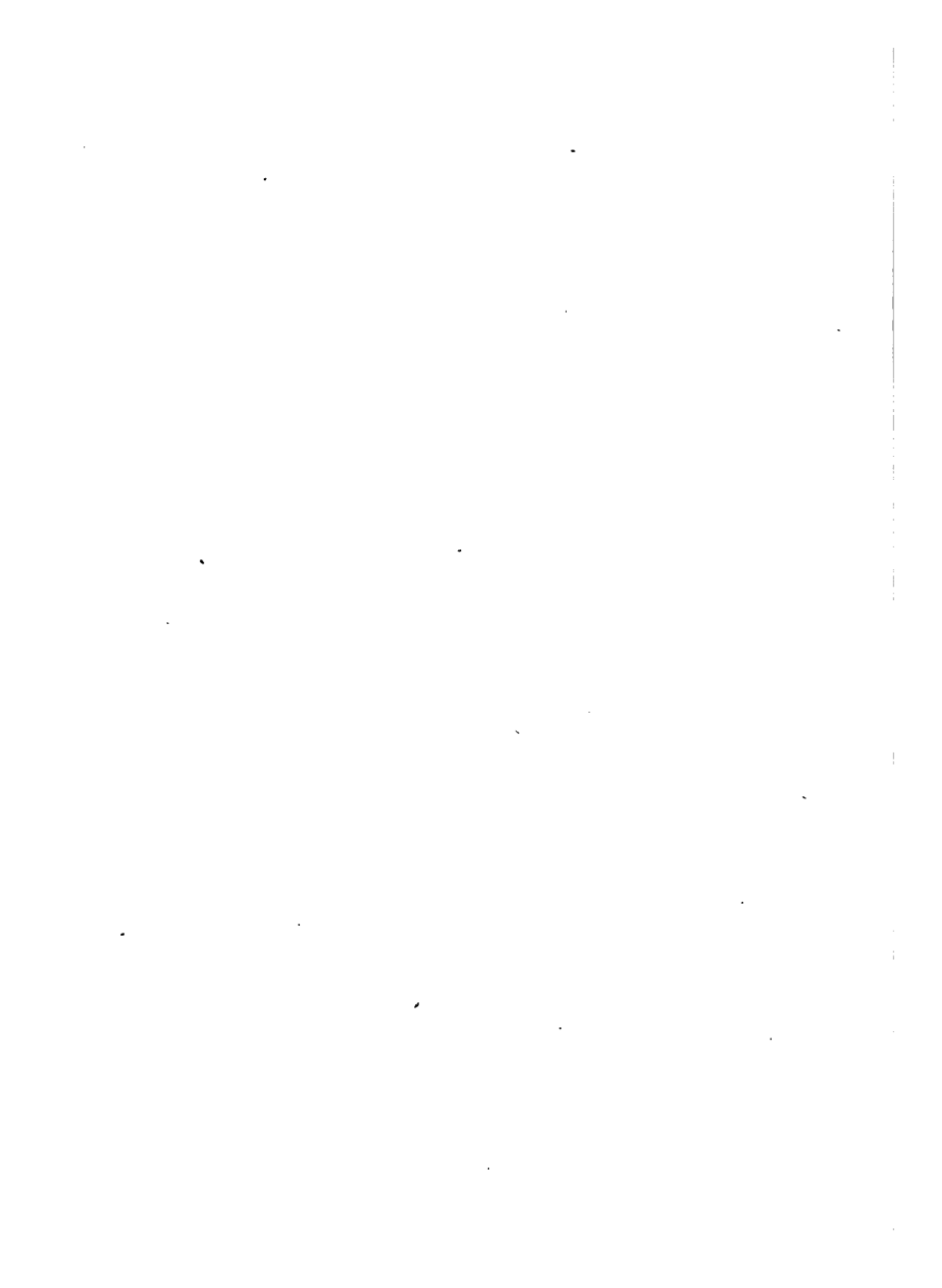
(17)

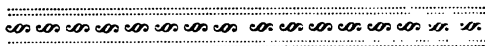
nización indispensables para el triunfo, vuelva á flamear en Cuba nuestra tricolor, es preciso que tales sean nuestra unión y disciplina, nuestro entusiasmo ordenado y previsor, que no pueda la fuerza ó la intriga hacérnosla enterrar otra vez.





¡PRESENTEN ARMAS!





¡PRESENTEN ARMAS!

(DE FELICIEN NADAL.)

LA noche llegaba á su fin ; un débil resplandor en Oriente anunciaba el día. El campamento empezaba á despertar, pero silenciosamente ; se sabía que la batalla iba á ser reñida. Cada hombre se preguntaba si ésta sería la última aurora que contemplaría. El instante que precede á un combate sangriento es siempre solemne : no hay en ese instante, viejos ni jóvenes, todos los hombres son de igual edad ; tan cerca de la muerte se siente el uno como el otro, Antes de la embriaguez de

la pólvora se apodera del ejército un sobreco-
gimiento casi religioso.

Los dos regimientos que componían la briga-
da del general Maurice formaban el ala iz-
quierda. Hasta la media noche había marchado



la víspera, efectuando un movimiento de flanco,
con el objeto de caer sobre el enemigo en un
momento dado. Los soldados estaban rendi-
dos, pero llenos de ardor : comprendían el pa-
pel decisivo que desempeñarían para asegurar
la victoria.

El tiempo era agradable y hermoso. El general apenas había dormido una hora. Sentado en una silla de paja, secaba sus grandes botas enlodadas, al fuego del vivac; sus ayudantes acudían presurosos á su lado; ensillaban los caballos.

Era la aurora de un día histórico, de gloria para la Francia.

Un joven subteniente, imberbe aún, recién salido de la escuela de Saint-Cyr, se presentó en este momento.

—¿Eres tú, Juan? dijo el general tendiéndole la mano con cariño. ¿Qué quieres, hijo mío?

—Padre, besaros antes de ir á la pelea.

—No hay para qué, respondió el general bruscamente, disimulando mal la emoción que invadió su corazón. Hoy no soy tu padre, sino tu general; no tengo ninguna orden que darte: vé á reunirte con tu regimiento.

El joven oficial se ruborizó ligeramente, hizo el saludo militar, y desapareció. Su padre le siguió con la mirada amorosa por algunos segundos: después volviéndose á su jefe de Es-

tado Mayor, un viejo comandante de bigote gris, exclamó :

— Pobre hijo, lo he recibido con indiferencia, pero no es esta la hora para enternecerse ; esta tarde, si estamos vivos los dos, lo besaré por su madre y por mí !

Un toque de corneta repercutió : era la diana. Lentamente las tropas se alinearon. Detrás de la brigada había un pequeño bosque, donde se estableció el hospital de sangre ; los regimientos se colocaron en línea de batalla, ofreciendo á los cañones el menor volumen posible, y se aguardó.

Ya era pleno día. Como sombras se dibujaba la infantería, maniobrando para tomar sus posiciones. A los rayos oblicuos del sol, chispeaban á lo lejos los cascos de una división de caballería ; los sables relampagueaban.

El cañón comenzó á tronar : una bomba pasó silbando por sobre sus cabezas ; después otra estalló á unos centenares de pasos delante de ellos. La artillería enemiga calculaba con más acierto su puntería ; sus primeros disparos, aislados, sirvieron para fijar las distancias. Los

projectiles reventaban ahora en medio de las filas francesas : tres hombres cayeron sin vida : la tierra bebió su primera sangre.

Imperturbable, montado en su caballo que paraba las orejas, el general escudriñaba el horizonte con sus gemelos : esperaba la señal convenida para avanzar. Su alta silueta se destacaba en el extenso llano : tan tranquilo, tan satisfecho parecía que los soldados, contemplándole, no tenían el más mínimo temor ; sus miradas fijas en él, instintivamente sentían que sus vidas se hallaban ligadas con la de su jefe por un lazo misterioso.

Al oír el ruido de las bombas, el general había vuelto la cabeza.

— Id y decidle á los cornetas — ordenó á un ayudante — que echen á tierra su gente ; así estarán menos expuestos á las balas.

El oficial partió al galope.

II.

El valor en la inacción, es el más meritorio de todos. Cuando se avanza, embriagado por

la pólvora, no se percibe uno del fantasma de la muerte que se agita sobre los ejércitos; la carrera furiosa hacia el enemigo destruye la pasión de vivir que crece en el corazón humano á medida que aumenta el peligro. En el reposo, al contrario, viendo alrededor los heridos, la energía se afloja; se tiembla al oír silbar las balas, toda la fuerza de alma de que se es capaz se necesita para esperar, sin moverse, el desenlace desconocido y terrible, el porvenir que puede durar solamente unos segundos.

A la orden de echarse en tierra, los soldados obedecieron; todos se agacharon, levantando apenas la cabeza para ver así al enemigo. Los que pertenecían á familias del campo, encontrando apacible aquella especie de lecho, aspiraban de cerca el olor punzante de la tierra reciénmovida por las carretas, soñaban con sus hogares: su pensamiento nostálgico retornaba al pueblo humilde que habían dejado sin saber si lo volverían á ver jamás!

Los oficiales, de pié, reflejaban en sus rostros la calma. Delante de cada compañía el capitán, el teniente, el subteniente, se paseaban

con paso lento pero firme ; algunas veces se detenían y con la punta del sable hacían saltar los guijarros : la dignidad, la responsabilidad se revelaban en ellos ; sus almas heróicas estaban orgullosas de dar la vida por la patria.

El general buscaba siempre la señal para lanzar la brigada. Con su anteojo seguía las peripecias del combate que se libraba en una casucha de campo situada á poca distancia.

Una columna la asaltaba, esforzándose por quitarle al enemigo aquel baluarte defendido con el furor de la desesperación. Como racimos de hombres parecían los soldados ; escalaban el muro aspillerado que vomitaba metralla mortífera. De este punto dependía la decisión de la fortuna.

Tantas luchas diplomáticas antes de la guerra, tantos preparativos militares, tantos soldados, tantos cañones, tantos esfuerzos intelectuales y materiales, para que todo se resolviese en esta pregunta : “¿Será ó no conquistado el muro?” El albañil modesto cuya mano inconsciente construyó aquella casucha, no podía adivinar que su obra tosca tendría un lugar en

la historia de los pueblos, y que su cuchara de obrero había sido uno de los instrumentos que decidirían los destinos del mundo.

De pronto el general hizo un gesto. Acababa de distinguir la señal convenida.

— ; En pié ! ordenó. Los regimientos saltaron como si fuesen un solo hombre. Al fin iba á hablar la pólvora. Los soldados, excitados, encontraban el paso de carga demasiado lento.

III.

El general Maurice miró hacia donde él sabía que estaba su hijo, para convencerse de que no lo habían herido.

Lo contempló radiante, en espera de la gloria, espada en mano, y se enorgulleció de aquel hijo heredero de su nombre y de sus estrellas. En su mente volvió á presentársele el pasado : vivió otra vez su juventud, su primavera. Entre las brumas de los recuerdos, sonreía la cuna de su hijo tan amado ; la emoción se le agolpaba al pecho.

Abrió los labios y exclamó : — ; Adelante ! — Fijó otra vez sus ojos sobre el subteniente. Cla-

vados por el horror, no pudo apartarlos. Una bala de cañón acababa de llevarle las dos piernas al jóven oficial, que sin dar un ¡ay! cayó moribundo.

El general era mudo espectador de aquella escena terrible; moría su hijo, y él sin poder siquiera ir á besarle: seis mil hombres exigían que su semblante, para darles valor, conservara su impassibilidad.

Gruesas lágrimas corrían por las mejillas del viejo soldado, el cariño de padre vencía al estoicismo del jefe. Dos enfermeros conducían al moribundo, el padre inmóvil los veía acercarse. Cuando la fúnebre procesión pasó cerca de él, se descubrió ante el subteniente, y con un acento terrible que no parecía humano, ordenó:

— ¡ Presenten armas !

— ¡ Presenten armas ! — repitieron los coroneles.

La brigada entera rendía al joven oficial que expiraba, los honores debidos á su grado. Aquel que iba á morir por su patria, recibía de ella el saludo más solemne. Después, el general, i-

(30)

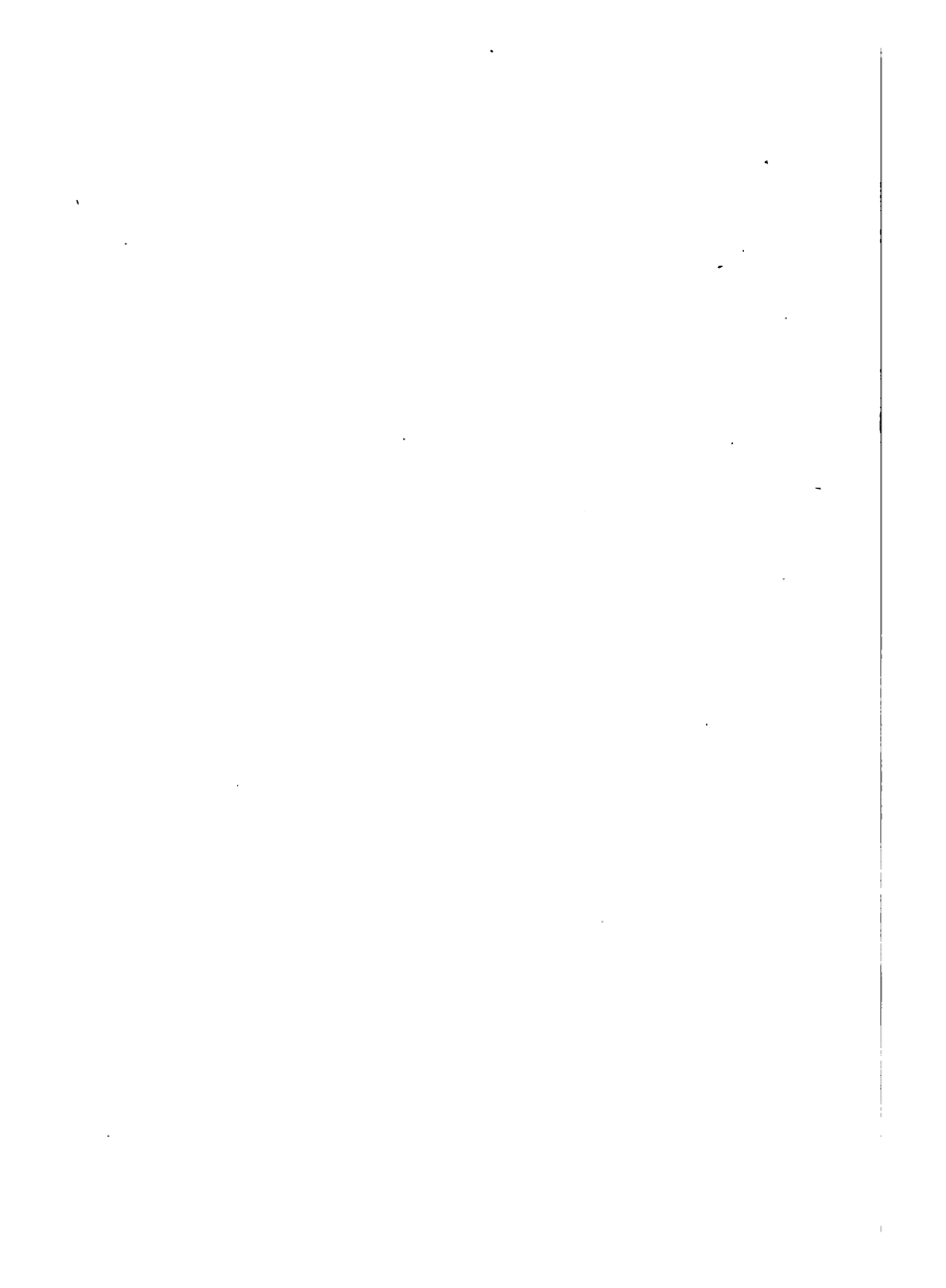
guiéndose sobre sus estribos, ébrio de dolor y de sangre, como un rugido gritó :

— ¡ Adelante, á la bayoneta !

La brigada frenética se lanzó contra el enemigo.



ARDID DE GUERRA.





ARDID DE GUERRA.

(DE EDMOND THERY.)

FUÉ el 15 de diciembre de 1870 uno de los días más fríos de aquel invierno desastroso: á través del cielo ceniciento y triste, tamizaba una llovizna que helaba á los infelices movilizados, á los pobres infantes que tiritaban debajo de sus capas grises, apesar de las grandes hogueras encendidas en todas las encrucijadas del pueblecillo de Saint-Amand (Loiret et-Cher) ocupado entonces por la 2ª división del cuerpo del ejército.

Sin embargo, á nadie se le ocurría quejarse.

“ Los prusianos están muy cerca ”—se susurraba— y esto era lo suficiente para despertar aquella viril energía francesa que tres meses de padecimientos no habían aún podido destruir por completo. Los soldados recibieron aquella mañana doble ración de aguardiente, de carne, de pan y de café; aguardaban con paciencia las órdenes del cuartel general. Una batería de cuatro cañones de campaña, rayados, era la única artillería de la división; estaba colocada debajo de un inmenso colgadizo. Los arcones casi vacíos, las pequeñas piezas medio destruidas, los caballos escuálidos, flacos, hundidos de hijares, todavía enjaezados, comiendo ó más bien devorando un forraje escaso y malo, olvidado por los labradores, representaban al fiel la situación de la Francia en la época nefasta de mi historia.

Un joven sarjento de infantería, sobre una cureña rota, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, estaba sumido en profunda meditación. ¿Pensaba acaso en los horribles infortunios que abrumaban á su patria? ¿Pensaba en su vieja madre . . en su

prometida ? Puede ser que en ambas ; humedecían sus párpados encogidos, dos lágrimas que aljofaraban sus mejillas. De repente la voz de su capitán lo despertó de su ensueño.

—Sarjento Mainberher, le dijo, á caballo inmediatamente y á la Alcaldía.

—Bien, mi capitán, respondió levantándose.

—Allí recibirá usted instrucciones del Jefe de Estado Mayor, pero apresúrese lo más posible ; es urgente.

—Mi capitán, parto ahora mismo.

De una vuelta de mano ensilló el caballo, le puso las bridas, y unos minutos después el sarjento Mainberger saltaba á tierra delante de la casa Consistorial y se presentó al jefe de Estado Mayor,

—Es usted el sarjento encargado del servicio ? le preguntó.

—Sí, mi comandante.

—¿ Es fuerte su caballo ?

—Mi comandante, respondo de él como de mí mismo.

—¿ Ha comido usted alguna cosa ?

—He almorzado, mi comandante.

—Muy bien. Siéntese y espéreme un momento.

El sarjento ató su caballo; después se sentó cerca de una estufa que calentaba la sala de la espaciosa Alcaldía, convertida en despacho.

Poco después el Ayudante de Campo le llamó.

—Hé aquí de lo que se trata, le dijo. Acaban de avisarle al General que una fuerza del ejército alemán ha aparecido inesperadamente en la pequeña aldea de Villedion donde se hallaba de tránsito con su compañía un capitán del Regimiento 30. Según esta noticia, el capitán debe haber muerto y la compañía caído prisionera: pero el enemigo, atemorizado por una falsa alarma, es probable que se haya retirado á escape con los prisioneros, dejando nuestros muertos y heridos en el sitio del combate. Es preciso que las ambulancias, con una escolta de infantes, se dirijan á la aldea. Empero, no tenemos aquí ningún oficial de Estado Mayor ni ninguna caballería para comprobar el hecho, pues la noticia puede ser muy ~~bien~~ un ardid de guerra con el objeto de atrapar á nuestra tro-

pa en una emboscada, asesinarla ó forzarla á rendirse. Es necesario que usted rectifique el parte y averigüe la verdad del hecho, y si nuestros heridos permanecen aún en esa aldea. ¿ Tiene usted el valor suficiente para cumplir esta misión ?

— Mi comandante, la acepto sin titubear, respondió inclinándose el joven sarjento.

— Muy bien, repuso el Ayudante de Campo. el capitán me proporciona excelentes informes de usted : tenga usted buen éxito y será recordado. ¿ Sabe usted leer un mapa de Estado Mayor ? continuó desplegando uno ante sus ojos.

— Sí, mi comandante.

— Perfectamente, consulte éste. Fijese usted. Villethion se encuentra á doce kilómetros, más ó menos, al sudeste de Saint-Amand. Tome usted sus medidas, estudie el camino, oriéntese sin error, y si puede esté aquí dentro de dos horas.

— Bien, mi comandante, respondió el sarjento, y en una hoja de papel trazó la topografía de su ruta.

— Una última recomendación—concluyó el oficial superior al levantarse :—si antes de llegar á vuestro destino se presenta el enemigo, no hay para qué seguir ; trate usted sólo de adivinar sus planes, su marcha y su posición, y sobre todo no fatigue demasiado su caballo á la ida, porque si el informe del Alcalde resultase falso, necesitaría usted de toda su resistencia para escaparse del peligro : vaya, sea usted prudente.

El joven sargento saludó militarmente, bajó á la plaza, montó con agilidad el caballo, y después de asegurar la batería de su revólver y probar el filo de su sable, se lanzó al trote por la calzada de Saint-Amand á Herbault.

II.

La escarcha aguda cortaba el rostro del joven, los pelos de su bigote eran témpanos, sobre sus mejillas violáceas goteaban, de los ojos hinchados por la rapidez de su carrera, las lágrimas pronto á congelarse. Pero era preciso conducir, antes de la vuelta del enemigo, á

(39)

nuestros franceses heridos ; de lo contrario
desenmascarar un ardid.

Durante una hora interrogó alternativamente



el campo y la copia topográfica ; á su diestra
había una colina árida, á su izquierda un llano
sombrio y silencioso, delante un camino lleno

de lodo por donde había pasado, tres días antes, la división.

Atravesó un pueblecito desierto, casi destruido, cuyas ruinas humeantes atestiguaban el paso del invasor.

Al salir del caserío escudriñó de nuevo el horizonte y tomó un camino transversal que iba derecho á Villethion. Desde este punto, si la noticia recibida por el Estado Mayor no era sino un ardid de guerra, el peligro arreciaba.

Después de marchar un cuarto de hora se internó en el bosque al borde del camino: inclinado sobre el cuello de su caballo para evitar las ramas bajas, intentó acercarse gradualmente á la aldea que él creía en los alrededores.

De repente el caballo paró las orejas é hizo un movimiento brusco; á su amo no se le escapó este indicio:

—Hay cerca de aquí lugares habitados— pensó—y conteniendo su montura, acortó las riendas para impedir que el caballo relinchase; al mismo tiempo empuñó con la derecha su revólver.

Nó hay duda; para cargar con valentía en un ataque, para avanzar altivo contra los cañones que aniquilan con sus proyectiles, ó para romper con audacia un cuadro que os diezma, es indispensable un corazón valeroso; pero qué diferencia entre esta bravura, á veces inspirada por el ejemplo, y aquella que impele al hombre solitario que va hacia un enemigo desconocido, invisible; á un hombre que de antemano sabe que nadie presenciara su acción, que no ha de contar sino con sus propias fuerzas!

El peligro del sargento Mainberger era en verdad incierto; pero no hay nada como la incertidumbre para desmoralizar hasta los más atrevidos. Sin embargo, la mano derecha del joven sargento no temblaba.

De pronto oyó el ruido de una fuerza de caballería; marchaban en sentido inverso; escuchó y pudo distinguir el clis-clas de los sables.

—Adelante, adelante!—murmuró entre dientes—es una patrulla que sale de la aldea; prueba de que el enemigo la ocupa y que la noticia es falsa.

La idea de regresar pasó por su mente, pero

su conciencia le gritaba que no había nada aunque confirmase sus sospechas y que se necesitaba al menos ver un casco de punta.

La patrulla pasó.

III.

Continuó avanzando el joven; redobló sus precauciones y vigilancia; deteniase á intervalos para consultar el terreno, siempre observando los movimientos de su montura. Al fin oyó carcajadas y voces. En este instante crítico su corazón latía con violencia; se detuvo y soltó las riendas para comprimirse el pecho. Fatalidad! Su caballo al sentir otros caballos en la vecindad, y no estando sujeto por el freno, relinchó, sacudiendo su bien cuidada crin.

Inmediatamente un formidable *wer da* [quién vive!] resonó á unos cincuenta metros del lugar donde se había detenido.

Los alemanes ocupaban la aldea de Villethion.

Mainberger volteó su caballo, que voló por

el camino recorrido al sentir las espuelas que le clavaban en el vientre.

Por desgracia los prusianos, atentos al resultado de su ardid, estaban listos y alertas. Unos veinte ginetes saltaron en persecución del sargento, cuya nacionalidad, al salir del bosque, en breve conocieron. Entonces comenzó una caza terrible.

Los prusianos, después de disparar sus carabinas, echaron mano al sable y cargaron sobre él.

Mainberger, encorvado para ofrecer menos blanco á las balas, continuaba su carrera desenfrenada, sin contestar el fuego. No obstante el vigor de su caballo, algunos ginetes ganaban terreno, y pronto pudo percibir los corceles piafando. El momento era favorable para usar sus armas, y sin detenerse, dió una media vuelta y diparó su revolver dos veces sobre los asaltantes más próximos.

Un alemán y su caballo rodaron por tierra. La caída hizo venir abajo al soldado que le seguía. Otros tres quedaban persiguiéndole; dos disparos más y uno de ellos mordió el

polvo ; los dos restantes, ahora más prudentes, se incorporaron al grueso del grupo principal, cuyos esfuerzos no conseguían disminuir la distancia que lo separaba del francés.

El joven sarjento se creyó fuera de sus garras y exclamaba mentalmente: ; Victoria ! cuando una terrible barrera le cortó la retirada. Era la patrulla que él había oido partir ; volvía sobre sus pasos, atraída por las detonaciones.

Detrás de él los alemanes daban *hurrahs* estentóreos; delante otros respondían, á derecha é izquierda rodeábanle terrenos enfangados por la lluvia.

No había sino un partido posible, y lo adoptó sin titubear. Los prusianos de la patrulla no se atrevían á tirar temiendo herir á sus camaradas ; Mainberger aprovechó esta ventaja ; con el sable entre los dientes se lanzó como un relámpago sobre el terrible obstáculo ; al llegar á treinta metros más allá, disparó sus dos últimos tiros de revólver sobre la masa compacta, y su caballo, cual una flecha, franqueó el claro que acababa de hacer, echando abajo dos prusianos.

Había atravesado el círculo de hierro, pero el peligro existía aún. La patrulla dió media vuelta y una docena de tiros silbaron alrededor del valiente. Tambaleó sobre sus estribos, pero agarrándose á las pistoleras de su silla, continuó su carrera vertiginosa hacia Saint-Amand.



IV.

Inquieto con el asunto de Villethion, el General, acompañado de algunos oficiales, esperaba á poca distancia en el camino que va á este pueblo; así conocería más pronto la verdad y podría resolver su línea de conducta.

Cerca de un cuarto de hora transcurrió, cuando su Ayudante de Campo, que observaba con un antejo la calzada, anunció un jinete. Algunos minutos después, el caballo de Mainberger se desplomaba á los piés del General.

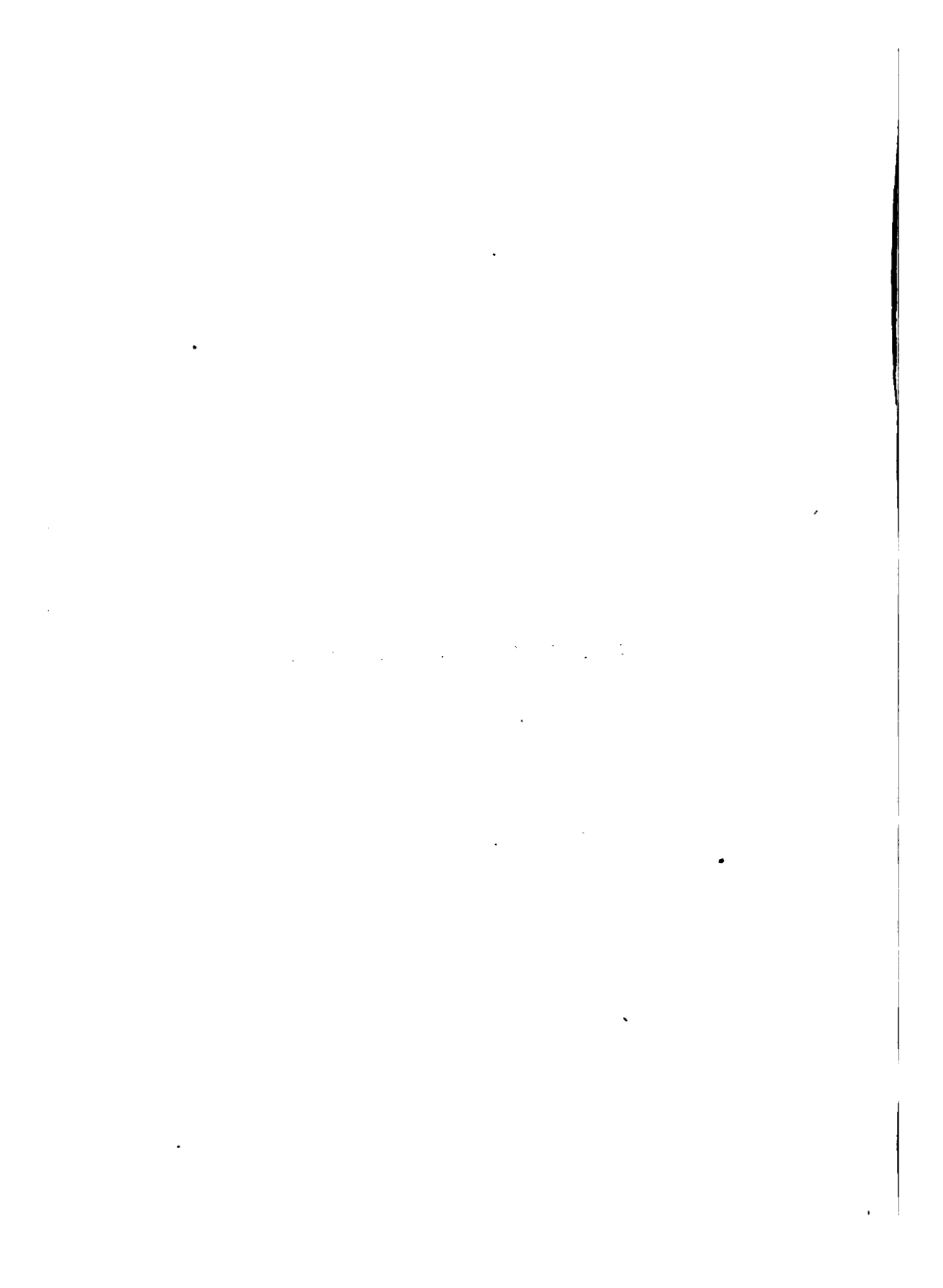
Acudieron á levantar al joven sargento, que espiró exhalando estas tres últimas palabras: " Pueblo . . . ocupado prusianos." Tres balas le habían alcanzado, moría de sus heridas, pero acababa de salvar una compañía entera !

.
El General se quitó la cruz de comandante que condecoraba su pecho y la colocó sobre el cadáver del joven héroe.

—Más que nadie tú la has merecido, murmuró, enjugándose una lágrima furtiva : tú la llevarás al menos en la tumba !



EL CAPITAN LANDRY.



EL CAPITAN LANDRY.

(DE L. BOUSSENARD.)

¿HAS tenido miedo, lector?

¿Por qué nó? Los más valientes lo admiten con lealtad, sin considerarse por eso deshonrados, y uno de los comandantes más intrépidos con que cuenta nuestro ejército, confiesa sin rodeos el lindo susto que pasó en su primera refriega. Empero, si esta confesión no la hacen algunos, es porque se confunde, á menudo y erróneamente, el miedo con la cobardía.

El miedo es un desfallecimiento momentáneo

del cuerpo, un pasmo de la bestia que recula ante el peligro próximo, y de esto triunfa todo ser viril, digno, orgulloso, penetrado de su deber.

La cobardía, es el miedo en el estado crónico, humillante, invencible; es la victoria de la bestia atemorizada sobre un ser bajo, de quien están excluidas las nobles aspiraciones que hacen desdeñar el peligro.

Imposible, pues, identificar estas dos manifestaciones humanas, puesto que la cobardía es incurable. El cobarde no será nunca sino un cobarde, mientras que un débil en la primera hora, puede durante el mismo día portarse como un héroe.

Y lo prueba el cuento siguiente, cuyos detalles bien típicos son absolutamente reales.

.

Fué el 20 de octubre, en las cercanías de París sitiado.

Se trataba de conservar á toda costa aquel reducto de Hautes-Bruyères, tan valerosamente conquistado un mes antes por las fuerzas del general Maud'huy.

Debido á su importancia, se le fortificó, rápidamente, lo mejor posible ; y para evitar toda sorpresa se encargó su defensa á hombres seguros, sólidos, probados, á infantería de marina.

La 5ª compañía del 5º batallón, la del teniente de navío Landry, estaba aquel día de guardia en la primera trinchera.

Soldado dichoso, este bravo capitán Landry había conquistado, cosa rara en la marina, sus grados á fuerza de puño, y escalado desde muy abajo el escalafón, con dificultad igual á su heroísmo, de acción brillante en acción brillante. Al principio simple marinero, casi sin instrucción, supo, después de labor inconcebible cuando ya se es hombre maduro, conquistar el grado de capitán.

Llegó á ser uno de los mejores maniobristas de nuestra marina mercante ; navegó de acá á allá á cuenta de diferentes armadores ; amaba de veras su carrera, considerada por él superior á todas las otras, navegando los doce meses del año, y se sentía lleno de la nostalgia de las olas, y del alquitrán, cuando tenía que permanecer en tierra veinticuatro horas.

Durante la guerra de la Crimea, nuestra marina necesitó de oficiales subalternos, y el ministro concedió grados provisionales á un cierto número de capitanes de barcos mercantes.

Así fué que á Landry, recomendado por magníficas hojas de servicio y muchas acciones de salvar buques del naufragio, le nombraron alférez de navío, á "título de auxiliar." Durante esta larga y ruda campaña, demostró tal ciencia náutica aliada á una intrepidez tal, que le confirmó el grado un jefe que no distribuía de buena gana semejantes recompensas.

Teniente de navío en 1870, mandaba en Lorient una compañía de infantería de marina, cuando recibió la orden de marchar á París, donde iban á pelear, á combatir! . . . Este era su sueño. No solamente por el patriotismo—y Landry era un patriota ferviente—sino porque se presentaba la ocasión de conquistar cierta cintita roja, por la cual suspiraba hacía mucho tiempo.

Aún veo á este esforzado capitán Landry! Alto, enjuto, encorvado un tanto, dando vueltas debajo de su capa muy larga, con su gorra me-

tida hasta la nuca, y la visera inclinada cuarenta y cinco grados.

No muy linda era por cierto aquella cara picada de viruelas, con la barba de azafrán, las espesas cejas fruncidas, los pelos cubriéndole los párpados llenos de líneas á causa del rocío del mar; con reflejos de acero brillaban sus ojos grises; mucha bondad había en su rostro; como fuera de su elemento se hallaba aquel hombre de cuarenticinco años, mezclado con jóvenes de otro mundo, de otra educación; era un marinero con la charretera de oro, conversando el idioma del hombre rudo de antes, tranquilo, disciplinado y resuelto.

El enemigo apreciaba como nosotros la importancia del reducto, quería por su parte tomarlo y con este propósito preparaba sigilosamente un ataque nocturno.

Este ataque tuvo efecto el 20 de octubre á las diez de la noche. La vaga luz de la luna menguante atravesaba la ligera niebla.

De repente los centinelas hacen fuego gritando: "¡A las armas!" y corren y saltan sobre las trincheras. Después un silencio mor-

tal interrumpido por el *tric-trac* de los *chasse-pots* montados con precipitación. Cada marinero de pie, delante de su tronera coloca tranquilo en el talud el fusil de reluciente bayoneta.



Una línea negra, indecisa, movable, se forma en la bruma. Se acerca con ruido sordo que rápidamente va creciendo, y en medio del rumor producido por las pesadas botas alemanas, se oyen algunas órdenes roncadas y un ¡viva! que repercute de la trinchera francesa, firme bajo la lluvia de metal; silba un pito y en un momento la sombría trinchera arde como un torrente de llamas. Estalla una detonación ensordecedora que continúa en forma de chis-

porroteo refrenado y dominándolo todo el estridente desgarramiento de la ametralladora.

Por un segundo se desorganiza la línea enemiga: vuelve á formarse inmediatamente. Los hombres hábiles pasan sobre el compañero muerto ó herido, avanzan con gallardía, vociferan de lo lindo sus salvajes hurrahs.

Más numerosos acaso que nosotros, llegaron haciendo salvas á la trinchera que iban á invadir.

A una ; otra parte acudieron los refuerzos y auxilios: la acción se hizo general.

Pero, ¿ dónde estaba el capitán Landry durante aquel zafarrancho ardiente y trágico? Nadie lo había visto después de la alerta. Sus hombres, inquietos, lo buscaban por todas partes y no ven sino al alférez de navío que debía tomar el mando.

Era de suponerse que alguna bala perdida lo había muerto desde el principio.

El tiempo es breve para reflexiones en medio de las imprecaciones incesantes de los disparos, de las quejas exhaladas por los bayonetazos, de los ronquidos de agonía ó de furor

que arranca la lucha tenaz, cuerpo á cuerpo. Si ha muerto se le llorará más tarde. Ahora cada uno por sí y el deber por todos.

Mientras tanto el enemigo, que creía tomar por asalto la trinchera, no encontraba la cosa tan fácil.

Aunque muy inferiores en número, nuestros marinos intrépidos resistían, con su valor habitual, y podían ser reforzados.

Guardias nacionales, movilizados, y fuerza de línea acudían á su vez. La tercera división entró en combate. Una enorme matanza iba á comenzar . . .

Apenas transcurrió un cuarto de hora cuando los alemanes con la misma precipitación con que habían atacado, cesaron de tirar y se replegaron sin llevarse siquiera los muertos y los heridos.

¿Qué pasaba? ¿Por qué este pánico injustificado hasta entonces?

¿Era acaso una trama y esta huida un ardid de guerra?

Un runrún confuso, un silencio relativo siguió al ruido de la batalla, y se oyeron, á la

izquierda, detrás del enemigo, las notas vibrantes de una corneta francesa ordenando la carga! Después algunos tiros, y una voz con timbre de bronce que gritaba :

— ¡ Adelante ! ; Duro con ellos, marineros !
; Duro, muchachos !

El enemigo, que tiene su línea de retirada cortada, ó lo cree, gracias á un movimiento de flanco que ejecuta con una audacia y una decisión inauditas, huye á toda carrera, dejando el campo libre.

Había algo de fantástico en ésto. . .

A los dos minutos apareció de pronto, á diez metros de la trinchera, destacándose en medio de un haz luminoso proyectado por el aparato eléctrico, un grupo que mueve á prorrumpir en grandes vivas de admiración. Seis hombres : cuatro marineros y un corneta con un oficial al lado, empujando á unos diez soldados de cascos de punta, desarmados, y que caminaban como bestias cogidas en un lazo. Con los pies desnudos, sin gorra y solamente distinguiéndose por los tres galones que adornaban las mangas de su capote hecho trizas, el oficial sacude brusca-

mente y hace entrar en línea á un gigante de la Pomerania que se resiste.

— ¡ El capitán Landry ! — exclaman entusiasmados los marineros de la quinta compañía, al reconocer á su jefe.

El almirante Ponthau llegaba en su caballo bayo. Vió al teniente de navío y lo comprendió todo.

— ¡ Bravo , Landry . . ! ¡ Landry , bravo ! Mi antiguo compañero, le dijo con aquella dulce voz criolla que vibraba tan terrible á veces, es magnífico lo que acabáis de hacer y os habéis ganado la cruz. Los soldados tendrán la medalla. . . .

— ¡ Almirante . . ! — balbuceó el oficial bajando la cabeza, — gracias en nombre de ellos . . . son dignos de la recompensa . . . sí, es verdad . . . En cuanto á mí . . jamás ! nó, jamás . . !

— ¿ Qué diablo queréis decir ?

— Merezco ser fusilado, — respondió Landry con esfuerzo, acercándose al almirante.

— ¡ Cómo ! . . ¿ estáis loco ? ¡ Fusilado ! . . porque solo, sin órdenes, es verdad, pero sin

ninguna fuerza habéis cometido esta heroica locura que, engañando al enemigo, le hizo creer en un movimiento de flanco ?

— Almirante . . . perdón . . . digo lo que digo, y yo me entiendo.

— ¡ Vamos ! no hay que dar falsa interpretación á vuestros deberes. Vuestra conducta ha sido soberbia y debe ser premiada. Os espero mañana al medio día en el cuartel general . . . sin falta, eh ! ; y gracias en nombre de la división que tengo el honor de mandar.

* * *

Aquellos que á la mañana siguiente vieron á las once y media á Landry dirigirse á la fábrica de Groult, donde se encontraba el cuartel general de la sección novena, no sabían el por qué de su aspecto sombrío, triste, desdichado.

Muy pálido, con los ojos bajos, los hombros caídos, no hablaba una sola palabra para responder á las felicitaciones que le prodigaban

todos sus compañeros, pues no había uno que no lo quisiese.

Cuando un ordenanza lo introdujo cerca del almirante, inclinado sobre un gran mapa, sus piernas flojas como la estopa le temblaban.

— Mi querido, — dijo el jefe al darle la mano — el gobernador de París, á propuesta mía, os condecora por acción de guerra. Vuestros hombres reciben medallas y . .

— Almirante, — interrumpió Landry con voz tan seca como cascada, — muy bien en lo que se refiere á los marineros . . son unos valientes . . en cuanto á mí no se puede . . francamente, esta cruz sería . . . robada . .

— ¿ Rehusáis ? — exclamó el almirante estupefacto.

— Oh, nó ! . . — dijo — solamente que soy indigno. Ah! si lo supiérais todo !

— Pero, qué ? . . . vamos, hablad . . . lo ordeno.

— Puesto que lo mandáis, hablo . . . sois mi jefe.

— No solamente vuestro jefe, Landry, sino vuestro amigo. ; Vive Dios ! Os estimo, Lan-

dry, y no de hoy. Os he visto á la obra, en la Reunión, cuando arrancásteis de segura pérdida á tres navíos. Os he admirado en Bonarsund, en Odesa, en Sebastopol . . .

—Sois muy bondadoso en acordaros de eso, Yo hice todo lo que pude, entonces . . . pero hoy . . .

—Sois como de antaño, un bravo entre todos . . . y sé de lo que hablo.

—Pues en eso os equivocáis, almirante; puesto que soy el cobarde más abominable de las tres armas.

—¿ Vos ?

—Hasta el punto de que á mis propios ojos me he deshonrado y me haré marcar el rostro en la primera ocasión.

—¿ Acaso habéis tenido miedo ?

—Sí . . . un miedo cerval . . . absurdo . . . innoble !

—No es posible ! contadme. Debe ser curioso.

—Lo haré ! Y que la confesión de mi propia debilidad á un marino como vos, sea mi castigo.

He aquí como fué. A los primeros disparos de los centinelas, me encontraba solo en la pequeña cabaña de tablas, en el extremo de la trinchera. Acababa de quitarme las botas . . . unas malditas botas nuevas que machucaban los piés. Truenos! Se baten . . . pronto á mi puesto! Trato de ponerme las botas condenadas . . . me inclino, con los tirantes tiro de un lado, empujo del otro . . . imposible! Bah! me batiré con los piés desnudos. Y héme afuera en el momento en que empezaban á silbar las balas. Nunca había oído su música y me produjo un efecto extraño. He estado en muchos combates de artillería . . . yo conocía eso: del tronido del obús . . . del obús mismo, me cuidaba yo como de una patata cocida. Pero yo no sabía como diablo hacían todos estos *piiis*! . . . por donde quiera *piiis*, que me cantan al oído, me mortifican, me atolondran. Camino veinticinco pasos y mis piernas se entorpecen, de modo que no puedo seguir. Al mismo tiempo, mis ojos pestañean . . . mi corazón late . . . hasta los huesos se me enfrían . . . me ahogo . . .

voy á caer! Naturalmente yo me doy de coces, y me digo: "Vamos, Landry! valor viejo: á pelear, y de duro! Adelanto diez pasos más, cayéndome, y de vientre me tiendo . . . después me clavo allí como una bestia espantada, detrás de algo que apenas distingo . . . me parece un espadón . . . un terrero . . . yo no sé qué . . . un abrigo, en fin! Y héme resoplando como una foca, sin poder moverme, á pesar de mí mismo: "A los otros los matan allá abajo . . . y tú, su jefe, ¿qué haces aquí? En pié! cobarde . . . en pié y adelante!" Ah! sí, adelante! Apenas me pude levantar á medias, para caer otra vez como un paquete de carne, muerto! Traté de arrastrarme sobre los codos . . . sobre las rodillas . . . Imposible! . . . Estoy paralizado . . . hechizado . . . Un dolor intenso me comprime el corazón, y siento los ojos arder con las lágrimas, al considerar que mis soldados cumplen con su deber, con la patria que exige mi sangre, con la bandera que yo no me atreveré más nunca á contemplar! Muy pronto una rabia loca se apodera de mí. Me abofeteo de duro,

y grito con una voz de pesadilla : “ Cobarde ! Cobarde ! . . . es preciso que te mates ! Matarme ! Ni de eso soy capaz . . . Mi mano tiembla. Mis dedos están muertos. No puedo sacar el revólver de la pistolera de cuero. Vamos ! Ya he concluído ! Pero yo volveré á encontrar tarde ó temprano el uso de mis miembros, y entonces me levantaré la tapa de los sesos. ¿ Cuánto duró aquel desfallecimiento asombroso ? Quizás una hora . . . Quizás cinco minutos . . . Lo ignoro. De pronto, siento en la oreja un dolor agudo. Algo tibio corre por la mejilla. Sangre probablemente: una bala acababa de rasguñarme. Cosa rara que me cambió : este arañazo y la sangría consiguiente, me despertaron á la vida. Mi respiración tornóse más libre . . . mi cabeza se despeja . . . mis piernas se vigorizan. Ya estoy en pié, un poco agitado, pero con todo enhiesto en medio de las balas que piaban, aspirando con deleite el humo de la pólvora ; en una palabra, salvado . . . resucitado. Ahora me haré matar allá abajo ! Y parto al galope, furioso, desesperado, riéndome de los lingotes

de plomo como de un chaparrón de cuentos embusteros ! Corriendo sin rumbo, tomo á la izquierda y topo con el puente del camino de hierro, gritando con todos mis pulmones : ; Adelante ! Allí está mi corneta Leonec que espera órdenes y cuatro hombres de mi compañía prontos á tirotear. Sin ocuparme de ellos, con la única idea de que me rompan la cabeza, me lanzo hacia la línea enemiga. Los cinco marineros me siguieron sin titubear é íbamos tan resueltos que llegamos á la vista de la trinchera alemana. La sangre fría me acompañaba ; formé mis planes : Echarnos sobre la trinchera, eso sería asesinarlos nosotros mismos sin provecho. Entonces me viene una idea. Como estamos detrás del enemigo, ¿ quién nos impide atacarlo por retaguardia ? Sin más consideraciones le quito á Leonec el fusil y le digo :— Ordena la carga, y ustedes marineros, fuego al montón. Si no hubiese estado tan trastornado por mi aventura anterior, cómo me hubiera reído al ver el pánico de los alemanes cuando oyeron los disparos y la algazara endemoniada. Creyéronse

entre dos fuegos, cogidos en aquel movimiento de flanco que conocían tan bien y viraron proa á toda vela para buscar puerto en su trinchera. . . . no os digo más ; Continuamos adelantando, echando abajo á derecha é izquierda á cuanto nos encontramos y sin atrapar un rasguño . . . ; un milagro ! En medio de este pánico dimos de boca con un pelotón de rezagados . . . una docena de holgazanes que recogimos . . . El asunto estaba terminado . . . Esto es todo, almirante, y gracias del fondo de corazón por la indulgencia con que habéis tenido á bien escucharme.

El-almirante Ponthau durante la relación se tiraba de la barba gris, señal en él de viva emoción; se levanta, abre un cofrecito, saca una cinta descolorida, toma un alfiler clavado en el mapa, se acerca al oficial atónito, le pone la cruz en el reverso de su capote y le dice :

—Landry, esta es mi vieja cruz de caballero; la que el almirante Duperré colocó en otros tiempos sobre mi pecho . . . una reliquia muy cara. Aceptadla y llevadla como prueba dé la

amistad que me profesáis, yo no podré jamás ofrecerla á uno más valeroso ó más digno.

El capitán de navio, lívido, temiendo no fuese cierta esta prueba de consideración de un hombre de aquella talla, murmuró :

— Almirante, ¿es verdad que me estimáis siempre apesar de ese maldito pavor que deshonraría al último hala-bolina ?

— Mi querido compañero, repuso sonriendo el almirante, no tenéis que hablar más de un desfallecimiento tan heroicamente rechazado. Y luego al valor de la reacción añadís el más difícil, que el de de confesarlo. De lo otro, tranquilizaos; en esta enfermedad que calificaria de pesadilla de un hombre despierto, no se reincide. Veréis en la primera oportunidad.

* * *

El capitán Landry probó después que su jefe no se equivocaba. En el combate de la Gare-aux-Boeufs, en el bombardeo de la meseta de Avron, en la sangrienta batalla de Champigni, fué héroe, entre los héroes que componían el batallón sagrado de la defensa de París.

1. The first part of the document discusses the importance of maintaining accurate records of all transactions and activities. It emphasizes that this is essential for ensuring transparency and accountability in the organization's operations.

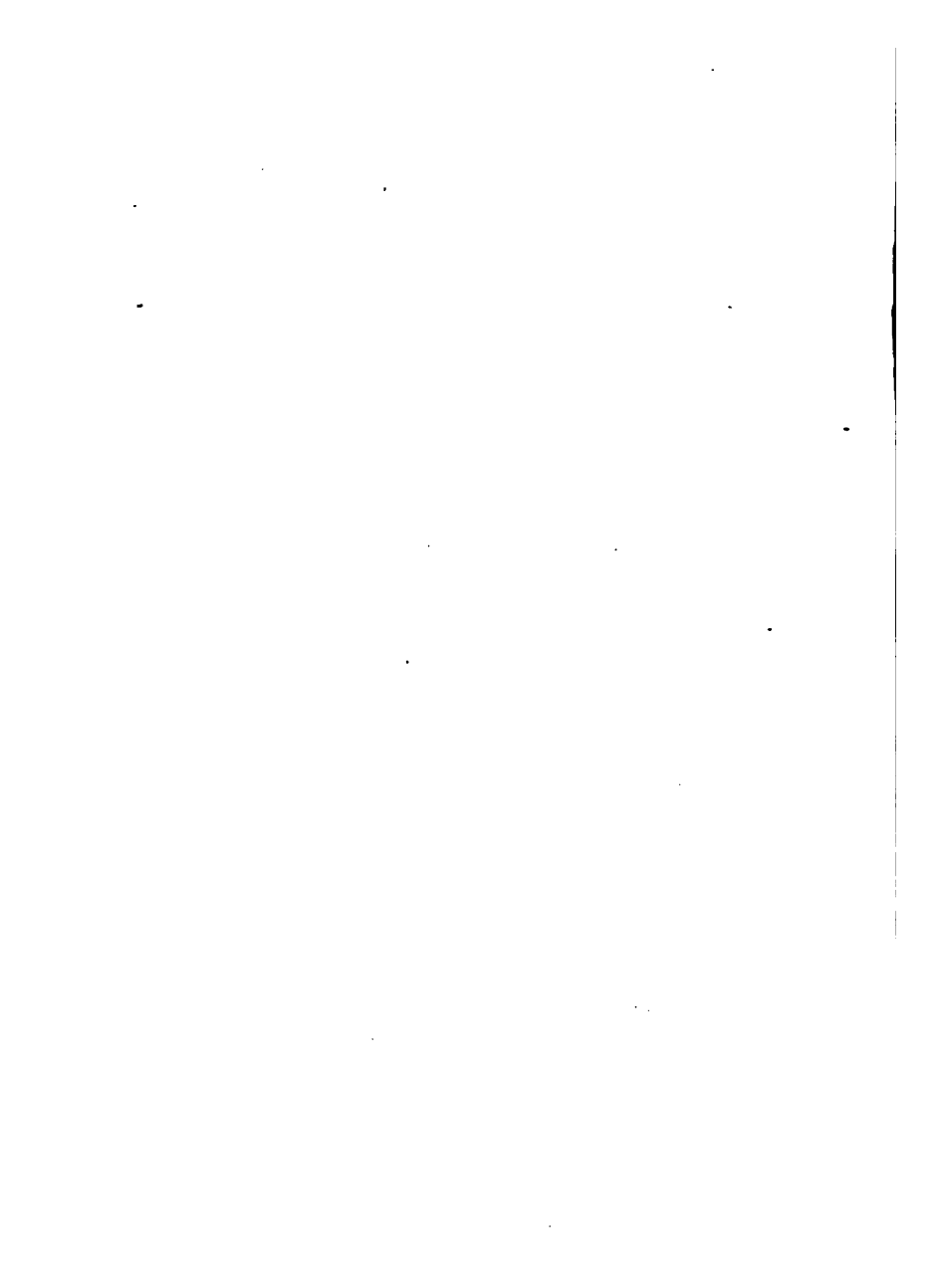
2. The second part of the document outlines the various methods and techniques used to collect and analyze data. It highlights the need for a systematic approach to data collection and the importance of using reliable sources of information.

3. The third part of the document focuses on the analysis and interpretation of the collected data. It discusses the various statistical and analytical tools that can be used to identify trends and patterns in the data.

4. The fourth part of the document discusses the importance of communicating the results of the analysis to the relevant stakeholders. It emphasizes that clear and concise communication is essential for ensuring that the findings are understood and acted upon.

5. The fifth part of the document discusses the importance of monitoring and evaluating the effectiveness of the data collection and analysis process. It highlights that this is an ongoing process that requires regular review and adjustment.

EL BAUTISMO DEL TURCO.





EL BAUTISMO DEL TURCO.

(DE L. BOUSSENARD.)

GONTRA un lindero, acurrucado, con el fusil atravesado debajo de sus rodillas, ligeramente encorvadas, un turco presenciaba el lamentable desfile del ejército en retirada hacia Orleans.

Con el turbante metido hasta las orejas, el cuello desnudo saliendo del chalequillo azul celeste, los brazos colgantes, el africano, insensible al viento del norte que hinchaba sus pupilas y mordía sus mejillas, contemplaba pasar aquellas tropas que, después de tres días

de heroico combatir, se replegaban ahora ante fuerzas inmensamente mayores.

Molidos, deshechos, desesperados, los de línea, los marineros, los cazadores y los movilizados marchaban bajo el peso de sus mochilas, arrastrando los zapatos por el camino cubierto de nieve, mientras que á derecha y á



izquierda, en los campos, sobre los surcos endurecidos por el frío, se movía penosamente, acompañada de los monótonos crugidos de las ruedas, la artillería que arrastraba caballos tísicos, protegidos por su abrigo natural de invierno. Como espectros rojos, á los flancos, se deslizaban en lontananza algunos *spahis*

envueltos en sus albornoces, y que á galope rápido socorrían los grupos arrollados por la caballería enemiga.

¡Qué confusión en los fosos! Los lisiados estirando sus miembros, llenaban de aire sus pulmones. Éste con un brazo mutilado pendiente del capote vuelto; aquél con la frente atada con un pañuelo se apoya sobre el fusil como si fuera una muleta, y lanza furtivamente hacia atrás miradas furiosas llenas de angustia. De cuando en cuando un alegre canto repercutía pronto á extinguirse arrastrado por el viento; sinembargo, á pesar de lo corto que era, daba á los pobres soldados un poco de vigor y evitaba que se dispersasen por el momento.

Después los jefes de las compañías y de las secciones daban órdenes breves:

—Estrechen las filas! Estrechen! Estrechen!

Después de cruzar la aldea de Saint Lye, el ejército penetró en los bosques.

Inmovil, como si el frío lo hubiese petrificado, el turco fijaba sus ojazos negros en los batallones tan cruelmente diezmados, en los cañones mudos, en los hombres secos, en los

caballos sin aliento, y de rabia le rechinaban los dientes.

Un gracioso,—en todas partes los hay,—le gritó al pasar :

—Oye, ¿ qué haces allí? Esperas á tu buena amiga ?

Al oír las risotadas que promovió este chiste de dudoso gusto, un sarjento de cazadores añadió :

—Vamos, camarada, adelante ! Los prusianos llegan.

El turco hizo un gesto con la cabeza, rehusando, y no respondió.

Un capitán de movilizados al ver á este hombre solitario, le echó una mirada desconfiada, y dijo :

—¿ Acaso aquel pájaro tendrá ganas de desertar ?

El africano sonrió con soberbia y pronunció estas palabras en su voz gutural :

—¡Macache desertor ! Yo buen soldado. Sí, ciertamente ! Un buen soldado. Y mientras que las últimas filas trataban de conservar el orden en las líneas, él evocó en algunos se-

gundos pasajeros y solemnes, su vida, desde aquel día en que su regimiento partió para la frontera invadida.

Wissembourg y la gloriosa matanza de los tiradores algerinos . . . Reischoffen y la lucha implacable, sin cuartel, donde fué pulverizado el ejército de África . . . Sedán ! La rabia del cautiverio, la fuga, la incorporación al ejército del Loire, el combate de Artenay, las escaramuzas de todos los días . . . aquella herida que sangraba aún en el hombro, en fin, la terrible batalla de la víspera ! Vió en medio del humo, al través de los rayos de pólvora y el huracán de la metralla, volver á alinearse á hombres que llevaban un uniforme del mismo corte que el suyo, pero de un matiz más claro, que se batían como leones. El jefe, coloso de cabello rubio, de mirada de águila; los soldados, jóvenes altivos, caían alrededor de una bandera de seda blanca, arrasados por las descargas. ¡ Los Zuavos ! . . . Charette ! . . .

Aunque él no conocía bien el uniforme ni la enseña, se colocó en las filas. Fraternalmente lo acogieron los voluntarios del Oeste. Charette

gritó: Adelante! . . . y la tropa se lanzó.

Se vió al fin por la tarde con el batallón á la mitad, acribillado de balas ; la bandera, á la cual presentaba armas, con una mancha de sangre; con el corazón repleto de dolor y de orgullo.

Sí, un buen soldado aquel niño turco de veinte años, ahora sólo en aquel camino, orillado por los árboles del bosque.

Sólo! El grueso del ejército francés estaba ya lejos; los rezagados y los heridos también habían desaparecido.

Entonces un ruido sordo se empieza á oír hacia el norte, allá donde está el enemigo. El ruido aumenta. Una línea oscura, sobre la cual brilla como una cinta de acero, se destaca del horizonte blanquecino. El ruido ya es más claro. Es una especie de redoble cadencioso, cuyo ritmo conocen los oídos del soldado africano. Tropa de infantería que marcha, regimiento prusiano amartillando con sus talones de hierro el camino, cuya sonoridad es aún más grande por la congelación. Sí, es eso sin duda! . . .

Un regimiento entero !

El turco al fin se levanta ; carga su fusil, afirma la bayoneta al cañón, se encara al enemigo, y tranquilo espera su venida.

A quinientos metros apunta, hace fuego, y da un grito salvaje de alegría al ver caer un hombre. Tan prudente como intrépido, se mete inmediatamente en el foso, se parapeta detrás de su mochila parada, carga de nuevo su fusil y continúa el fuego.

Cae otro hombre.

El turco oye algunas sílabas roncadas, una orden dada por el jefe, que se repite de línea en línea. El regimiento se detiene.

Al principio sorprendidos, después realmente inquietos, los alemanes se preparan á rechazar una agresión en masa. Temen una emboscada ; no pueden concebir esta heroica locura de parte de un hombre que ataca á dos mil.

Allá abajo repercutió de nuevo, rápida y seca, la detonación del fusil, acompañada del siniestro silbido de una bala mortal.

El turco coloca sus cartuchos sobre la nieve para tenerlos á mano. Tira otra vez, se em-

briaga con la nube de pólvora que lo circunda; murmura algunas maldiciones árabes.

La angustia, más bien que la cólera, se apodera de los alemanes.

Reconociendo que era la tentativa aislada de un hombre, furiosos al verse puestos en jaque por aquel adversario mezquino, que asesina sus primeras filas, el coronel resuelve concluir con él. Ordena una descarga cerrada.

Quinientos disparos estallan á la vez.

Las balas silban y rebotan alrededor del turco. Agujerean su mochila, los guijarros vuelan por todos partes, la tierra le salpica. Por casualidad inaudita, milagrosa, sale sano y salvo, con su fusil intacto.

La detonación seca del fusil responde al trueno de la descarga cerrada, como una bravata insolente y suprema.

Un prusiano rueda por la calzada.

El coronel, exasperado, acude á los grandes medios. Puesto que aquel combatiente solitario se comporta como un cuerpo de tropa, se le atacará como si así fuese y según las reglas de la estrategia.

(79)

— Cincuenta hombres á la izquierda ! . . .
cincuenta á la derecha ! . . . veinticinco de
frente ! . . .



La orden **se** obedece, con aquella precisión
maravillosa, característica de las maniobras del
ejército alemán.

Los ciento veinticinco hombres se lanzan á

través del bosque y se desplegan en tiradores, de modo que pueden cubrir por los tres costados al turco. El cuarto queda libre.

Muy pronto los tiradores empiezan á hacer fuego.

El turco se ve perdido, y lanza un prolongado grito de desafío, al que responden con hurras los alemanes.

Una bala le quiebra el brazo derecho.

Con la mano izquierda carga el fusil y dispara sobre el grupo compacto del regimiento.

Los tiradores, atónitos, contestan precipitadamente, y fallan.

Insensible al dolor, perdiendo sangre, aprovechando las últimas fuerzas para vender cara la vida, lleva al hombro su arma, mal que bien, y tira del gatillo.

Las balas llueven á su alrededor, sin tocarle, felizmente ; los tiradores, como sucede siempre en casos semejantes, apuntan mal.

Él, á cuya rabia fría acompaña una pasmosa serenidad, en tres disparos hace tres nuevas víctimas.

Los tiradores han llegado tan cerca de él, que le pueden hablar.

A pesar de su enojo, el oficial que los manda siente al contemplar á aquel héroe una admiración irresistible.

— Rendíos, valiente, le dijo, con aquella consideración que inspira el valor de un enemigo leal.

El turco respondió:

— Macache !

Después, sangrando, furioso, sublime, rechinándole los dientes, el ojo encendido, el rostro convulso, estalló en una risa, que más bien parecía ahullidos.

Se incorporó á medias, con el brazo mutilado hizo un gesto de amenaza, asió el fusil é intentó apuntar al regimiento.

— ¡Fuego ! mandó el oficial.

El turco, acribillado, se desplomó en el foso, donde quedó inmóvil, rígido, muerto

El regimiento, detenido durante tres cuartos de hora, se puso en marcha.

Al pasar delante del cadaver del turco, cuyos

ojazos abiertos amenazaban todavía, el coronel alemán lo saludó con el sable, y la tropa presentó armas; honrándose á sí mismos al rendir homenaje al soldado caído, al soldado enemigo, muerto en el cumplimiento del deber . . . más que del deber.

Piadosas manos recogieron los restos del héroe anónimo y le dieron sepultura; la comisión para socorrer los heridos militares de Loiret le levantó un monumento, en el cual están grabadas estas palabras dolorosas, que recuerdan una historia conmovedora:

“AQUI, EL 5 DE DICIEMBRE DE 1870,

Sucumbió, defendiendo á la Patria,

UN TURCO.

Sólo, resistió cinco descargas sucesivas,

Y detuvo un Regimiento Prusiano. †

Con el brazo derecho roto,

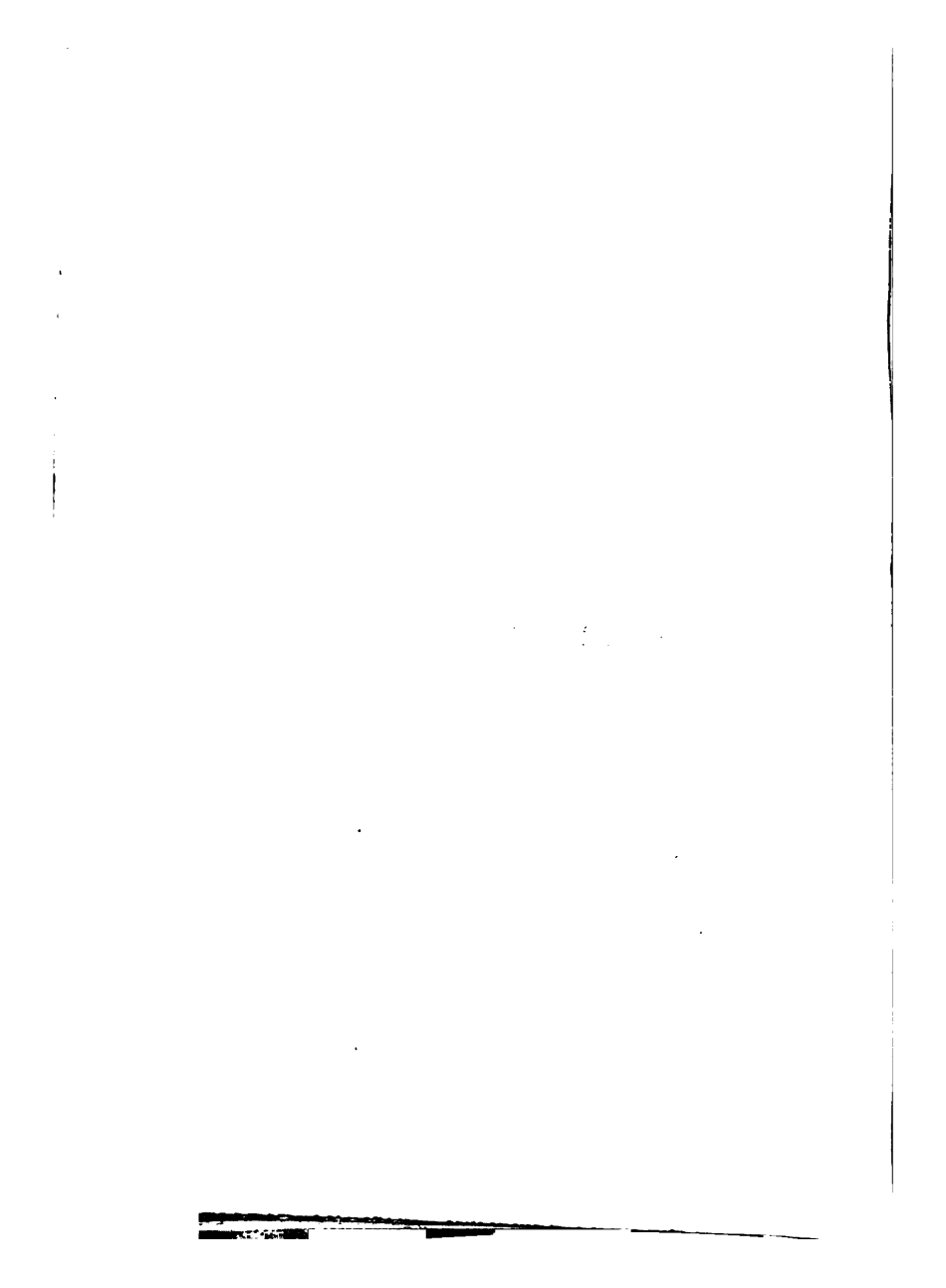
Hizo fuego cuatro veces más

Cayendo después acribillado por las balas.

EL HEROISMO ES UN BAUTISMO.

Dios lo tenga en su misericordia.”

EL CORONEL MAILLARD.





EL CORONEL MAILLARD.

(DE HENRI DE NOUSSANNE.)

I.

HABIA hecho todas las guerras del Segundo Imperio, y se decía ya de él, cuando desembarcaba en 1830, en Sidi Ferruch «El teniente Maillard es un bravo.»

Dos años antes de la campaña contra Alemania, sus viejos dolores le pedían cuenta á su arrojo. El teniente Maillard se había convertido en viejo y en coronel; un bravo siempre, pero con el corazón solo intacto. Una bala

por aquí, un casco de metralla por allá, habían formado en todo su cuerpo agujeros rojos, pero los cinco galones de mando y las cintas de las condecoraciones desde hacía mucho tiempo le habían cerrado maravillosamente sus cicatrices; al fin se retiró y vino á vivir á Balau, á las puertas de Sedán, su pueblo natal, á dos pasos de Bazeilles.

Habitaba una casita de reluciente blancura, rodeada de un jardín. Su aposento daba al campo. Divisaba desde allí el campanario de la iglesia ; más lejos, al fondo del valle, el río Mosa, y á la derecha Sedán, el viejo castillo y las chimeneas de las fábricas. Cultivaba el jardín, iba al pueblo, relataba sus campañas, y á ratos agrupaba todos los documentos curiosos que podía desenterrar acerca de Turenne, su compatriota, su modelo, su Dios. En su conversación con las damas se mostraba amable, pero invariablemente concluía discurriendo sobre Juana de Arco, ó Mme. de Sevigné, otros dos objetos de su culto : Juana por el valor, y Mme. de Sevigné por su hermosa carta á propósito de la muerte de Turenne.

En 1869 perdió su jovialidad ; sus dolores se agravaron ; el porvenir se oscurecía. Salía menos. Le venían á ver ; una buena vieja cuidaba la casa y, de vez en cuando combina-



ba para algún amigo una comida delicada. El coronel hacía traer una botella de vino añejo, y de pronto, remozado, empezaba un cuento de guerra.

«Acabábamos de tomar el Fuerte Emperador . . . »

O bien :

«Yo estaba enfrente de mis mozos al escalar á Malakoff, cuando vi delante de mí, á tres pasos . . . » Y el amigo escuchaba ; replicaba ; hacía coro en los pasajes de valor ; relataba á su turno algún hecho notable ; la táctica entraba en juego. Entonces, las dos barbas canosas, con cuchillos y tenedores, si estaban á la mesa, en la arena del jardín, con sus bastones, si se paseaban, dibujaban reductos, posiciones y cambios de frente, el úno decía : Aquellos eran los buenos tiempos ! . . . Jamás volverán . . . Y así, hasta que el otro exclamaba : «Vamos á jugar á los cientos ; » y la partida comenzaba, rociada con la buena cerveza de Lorena, cuya ligera espuma acaricia los labios antes de refrescar el paladar.

I I

El tiempo pasaba.

El coronel Maillard, á pesar del reumatismo

crónico que padecía, se conservaba bien ; no era muy viejo.

Había pasado los sesenta por un año ó dos, nada más, cuando los rumores de guerra contra la Alemania ; y él que dirigía la vista amenudo hacia el Rhin, y que conocía el enemigo, fué de los primeros en presentirla.

«Sadowa ! decía él, sí, perfectamente, soberbio . . . se han fortalecido . . . La Francia no es el Austria, felizmente . . . no tenemos miedo, pero sí mucho cuidado . . . »

En el fondo abrigaba la convicción de que éramos invencibles ; sin embargo, después de su retiro, los vaticinios de los pesimistas, las aseveraciones de algunos hombres públicos lo habían hecho dudar : era de temperamento justiciero ; no negaba nada á causa de preven- ciones.

Transcurría agosto ; la guerra acababa de estallar. Fué un choque para él, como para todos. Se entusiasmó ; habló de partir, pero sus dolores minaban sus fuerzas, el alma única- mente estaba libre, y caliente el corazón. Mucho le costó resignarse á esperar noticias.

Se gritaba en las calles : todo irá bien, nada faltará. ¡ El enemigo en Francia, el Emperador en Sedán, el ejército prisionero ! . . .

Entonces el coronel Maillard, atacado de parálisis general, en los últimos días de agosto, sintióse morir.

Se peleaba al rededor de Sedán . . . El Emperador no era ya más que un cuerpo sin alma, el ejército un cuerpo sin jefe. Los alemanes se apoderaron de las alturas que dominaban la aldea.

Quisieron sus amigos llevarse al Coronel, arrancarlo de aquella casita expuesta á la metralla, que era como centinela avanzado, del campo donde iba á ser la lucha. No hablaba ya ; estaba en cama, pálido, transformado, distraído, la frente sombreada por la muerte. Empero, cuando vió que se trataba de forzarle á dejar su casita, sus caros recuerdos, sus armas, sus libros, en una palabra, su vida entera, los ojos le chispearon, y con un esfuerzo inaudito exclamó : « Nó. » Aquel « Nó » fué terrible. El viejo soldado quería morir en el campo de batalla ; allí quedó.

La buena vieja se fué. Desde la montaña los alemanes, dueños de las afueras de Sedán, demolían el pueblo, y ante Bazeilles se combatía enérgicamente. Las metralas reventaban en Balau.

III

A medida que se acercaba la batalla, parecía que el coronel recuperaba sus fuerzas. Él oía mal : de pronto, una bomba cayó en el camino, á veinte pasos ; los vidrios saltaron en pedazos en su casita ; oyó entonces mejor los pasos, los gritos, las corridás desenfrenadas, las detonaciones y los golpes sordos . . .

Disparan en el jardín : las balas entran en su aposento ; el techo se desploma sobre su cabeza. Entonces mejoró más de su dolencia ; pudo moverse, extendió un brazo, después una pierna, y como un autómeta, se levantó. Con una especie de hopalanda pudo cubrirse maquinalmente. No padecía ya ; su parálisis había volado, respiraba el olor de la pólvora, relámpagos pasaban por el aire . . . Llegó á la ventana.

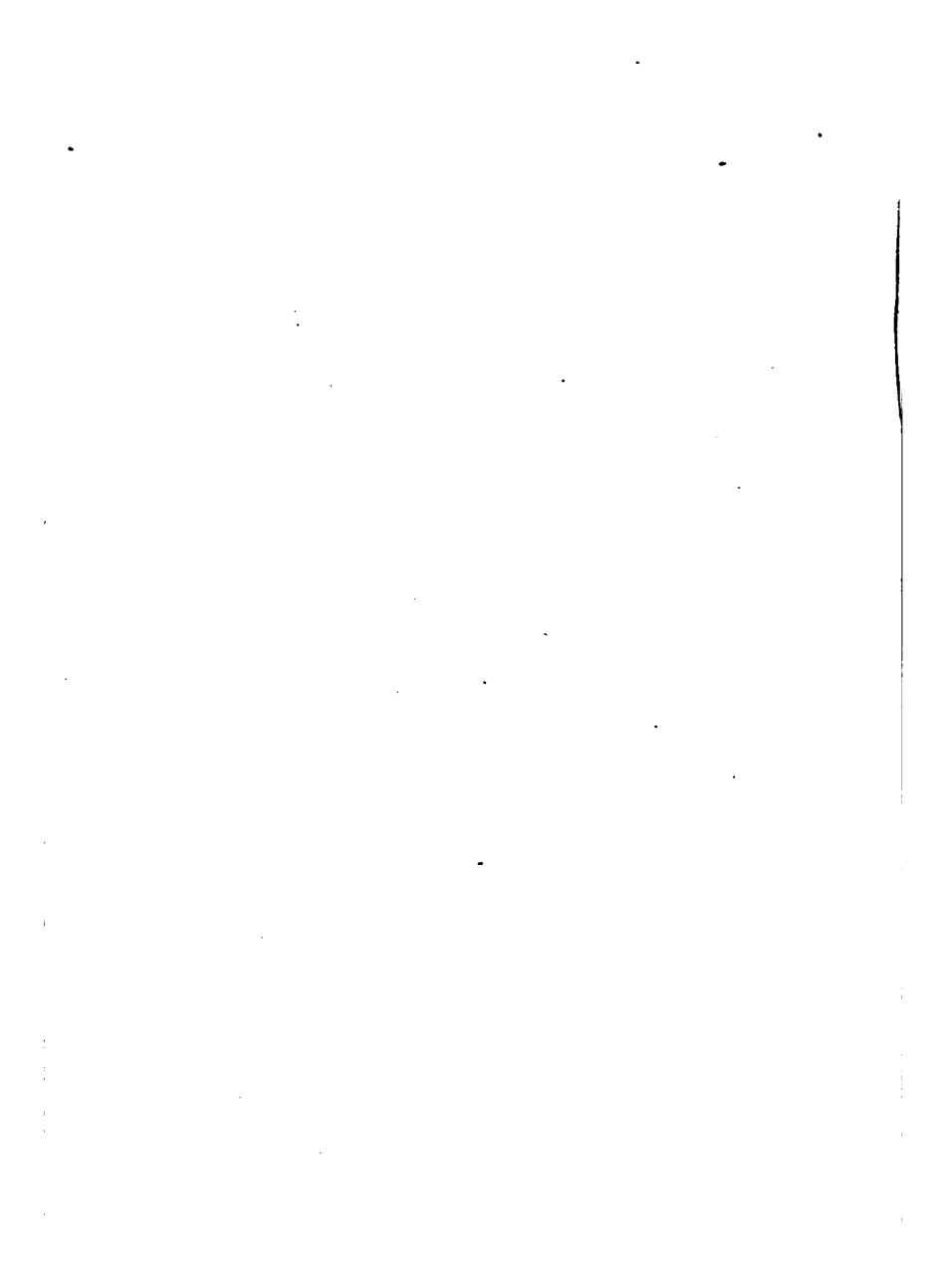
Pero de súbito se desploma en su sillón de enfermo, cerca de la mesita cargada de pociones. Allá abajo, flamea Bazeilles, y en los campos, por donde quiera, fuego, humo, cascos, soldados, bávaros, franceses.

De repente aparecen los húsares rojos, los sables desenvainados ; rojos corrían á las llamaradas rojas. . . El coronel Maillard se puso en pie . . . Buscó á su alrededor un arma. La carga era furiosa . . . Echó á un lado la mesa, alzó el brazo que en otro tiempo empuñara la espada, y gritando « ¡Viva Francia ! » cayó.

El coronel Maillard había muerto.



LA HIJA DEL MARABÚ.





LA HIJA DEL MARABÚ.

(ADAPTACION)

DE S D E hace algunos meses acampamos á la sombra de las fortificaciones de Kairouan; y esta vieja ciudad musulmana, vírgen de todo contacto extranjero antes de nuestra llegada— la recorren ahora nuestros soldados : visitamos sus mezquitas misteriosas; paseamos sus calles solitarias.

Hoy, á las cinco de la mañana, las murallas de la ciudad santa repercutieron al golpe de sorda detonación : era un marabú que fusilábamos.

Escondido en su albornoz se encontraron algunos cartuchos de revólver franceses, y sospechándose que no los había podido procurar sino por medio del crimen, la autoridad militar lo encarceló.

Ante su silencio imperturbable se le impuso, según la costumbre del país, el castigo de cien bastonazos que sufrió delante del campamento entero, con valor intrépido ; pero esto no le hizo revelar su secreto ; se desmayó y no dijo una sola palabra.

Pronto se averiguó la procedencia de los cartuchos, y el marabú fué condenado á muerte.

Esta mañana contemplé su cuerpo sin vida ya y rígido sobre el polvo.

Hé aquí lo que ocurrió ;

Reiduab, cabo furrier del ejército, acostumbraba todos los días salir del campamento para trabajar en el despacho de su compañía, instalado en el interior de Kairouan, en una vivienda de un jefe rebelde.

Reiduab solía subir á la azotea de la casa ; allí fumaba su pipa, y su mirada soñadora y curiosa vagaba por aquella masa de azóteas

que se seguían las unas á las otras como serie de cuadrados planos, hasta los muros aspillerados de las afueras.

En las ciudades orientales no existen alamedas ni calzadas, la mejor distracción es subir al techo de las casas, y ya que en las calles estrechas y tortuosas no se puede gozar del aire, respirar allí la brisa de la tarde.

Cuando divisaban las mujeres de las azoteas circunvecinas á nuestro furrier, corrían á esconderse ; agitaban sus trajes ligeros, que flotaban y desaparecían cual plumaje multicolor de pájaros espantados.

Una, sin embargo, no huía con tanta ligereza; alzaba su velo y sus ojos negros parecían y deleitarse con una última y larga mirada.

¡ Y qué ojos tan profundos ! Al mirarse en aquel espejo creíase llegar hasta el corazón mismo de la joven.

Yo muchas veces me dirigí á la azotea y admirado de la belleza de la flor africana, dejó de sorprenderme que inspirase una pasión tan ardiente á Reiduab. Tenía quince años, y á esta edad en ese país la mujer es más arrebatadora

(98)

que nunca. Anillos de plata adornaban sus pies desnudos, y un collar de coral se enroscaba á su cuello. Ondulaba su talle bajo los pliegues descuidados de la única tela que lo cubría, el



capricho del aura ceñía á veces sus formas perfectas.

Las ondulaciones de su cintura, unidas á la languidez de sus hermosos ojos, atraían á Rei-

duab hacia ella de un modo incomprensible, algo así como las curvas armoniosas de la serpiente hacen que se precipite y perezca en ellas la paloma fascinada. Con todo, el furrier distaba mucho de ser una paloma. Él sucumbió á la magia de aquellas ondulaciones lánguidas, de aquellas miradas más lánguidas aún.

Al principio le llamó la atención que la joven se detuviese en la azotea á pesar de los hábitos contrarios de sus compañeras y de ser prohibido por las inexorables leyes musulmanas. Pero este hecho, lejos de examinarlo con juicio, pronto dejó de preocuparle al latir reiterado de su corazón. En breves días Reiduab se volvió loco de amor.

¡ Loco de amor ! él, el desengañado ; él, que á los veinticuatro años no creía ya en los sentimientos puros é ideales, sino en los placeres materiales : en el vino, en el canto, en su caballo en su pipa !

¡ Sí, loco de amor ! y su romanticismo de otros tiempos, que siempre le extravió, volvió á hacer de él lo que había sido, y Reiduab forjó un nuevo idilio. El hombre es un abismo de in-

consecuencia : el hastiado del amor, el excéptico de la vida, tuvo fé en esta hija del Africa, que se presentaba ante sus ojos encantados como vaso de licor misterioso que quizás le deleitaría con dulzuras orientales, ignoradas por él hasta entonces.

Lo desconocido le atrajo.

“ Ella me ama también, pensó, puesto que solamente la pasión la haría desafiar el enojo de sus vigilantes. ” En efecto, Haidja respondía á sus sonrisas ; durante largos ratos fijaba la mirada en su rostro, como implorando la libertad que en la existencia árabe se le niega á la mujer, que no es más que una esclava.

Reiduab, por su parte, interpretó de este modo aquel idioma mudo ; soñó con darle la libertad de Francia á la criatura ideal cuya belleza irradiaría únicamente en las tinieblas del fanatismo musulman, en las cadenas de un marido brutal, ó en las cadenas de oro de un Harem. Aquí ó allá sería en una prisión donde los ojos bellos y grandes de Haidja se iban á apagar dentro de poco.

Haidja adivinó el efecto que producía, y es-

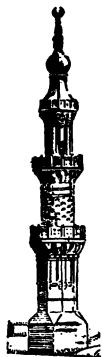
forzábase en aumentarlo. A las horas que no le era posible subir á la azotea, se agitaba detrás de las celosías de madera esculpida, á través de las cuales relampagueaban sus ojos.

Otras veces, al ir á sacar agua del aljibe, cerca de una higuera verde que crecía en el centro del patio de marmol blanco, enviaba sus cariños al enamorado infatigable que olvidaba su trabajo, que abandonaba el despacho y á cada instante venía á la azotea donde contemplaba la beldad primitiva de aquella planta salvaje del desierto.

Tanto desatendió el servicio, que su capitán se vió obligado á reprimirlo é imponerle ocho días de prisión. En una tiendecita delante del campamento, cerca de un puesto de guardia, pasó aquellos días entregado á sí mismo, sin más perspectiva que un llano, como el mar, sin límites.

Esta soledad empeoró su mal. Sin tener otra cosa en que ocuparse soñaba con Haidja con toda la impetuosidad de su imaginación enfermiza, Con la ausencia del objeto de su culto crecía su amor.

Haidja era hija de un Marabú llamado Myloud, viejo árabe cuya barba corta y dura servía de marco á un rostro moreno, de frente arrugada y ojo de chacal.



Tres veces al día, Myloud, ascendía al minarete en lo alto de la mezquita de Sidi-Okba, agitaba una bandera con los colores del profeta, alzaba la voz lentamente, como si se quejase, é invocaba después, con un sonido gutural y prolongado, á Allah.

Esta invocación estallaba sobre las casas, las mezquitas, las fortificaciones, en medio del cielo y en medio del silencio profundo que reina en los campamentos dormidos ; á las tres de la mañana, aquel grito estridente despertaba al ejército, aquella oración misteriosa lo sobresaltaba ; se oía la voz apagarse en el espacio, y después de ser repetida por todos los otros minaretes se perdía en el desierto.

Cuando Myloud llamaba á los musulmanes fieles á la plegaria, Reiduab en su prisión lo escuchaba con una especie de placer melancó-

lico; era la voz del padre de Haidja; sus acentos eran como la evocación de la joven, como una parte de ella, y esto le consolaba y le robustecía la paciencia.

Al concluir los ocho días, el furrier regresó al despacho y reapareció en la azotea tentadora, bajo el cielo de inmutable azul.

Haidja vino también, más ligera, más comunicativa, más lánguida, más hermosa que nunca. Sonaban alegremente los anillos de plata alrededor de sus piés desnudos; los rayos ardientes de un sol de fuego caldeaban la atmósfera de pasión en torno de la gentil africana. Ella veía las tribulaciones del furrier, y más y más alentaba su locura.

¡ Pobre corazón del hombre, que la mujer puede trastornar así, y que en su embriaguez insensata olvida la razón luminosa, la fuerza, la sabiduría ! De rodillas, como un vencido, está delante del ídolo efímero. Nó, éste no es ya un hombre, porque ya no es el rey de sí mismo. Por último, á fuerza de miradas, de suspiros, de dudas, de esperas, se acercaron de azotea en azotea, hasta poderse hablar, separados única-

mente por un pequeño parapeto á lo largo del cual las raras lluvias de ese país corrían para ir á depositarse en los aljibes de los patios enlozados.

Por medio de señales, en una lengua mitad árabe y mitad francesa, se comunicaron : lo que se decían no era más que el poema eterno de los bohemios, más violentos mientras más pasajeros ; poema que comienza por sonrisas, continúa con los tormentos, y demasiado amenudo termina en la desgracia, la desesperación ó las amarguras del olvido.

La tarde de su última cita bajo el cielo cuajado de estrellas, acordaron la fuga. Reiduab no quería faltar á su deber como soldado, sino procurar á Haidja la libertad desconocida para la mujer árabe. Para esto la pondría en salvo, en Sidi-el-Hani, y al terminarse el servicio, con ella iría á donde pudieran ser felices.

— ¡ Con que yo me convertiré en francesa ! y podremos amarnos sin temor ! , decía la joven árabe entrecortando las palabras con gracia y haciendo aún más profundos sus grandes ojos. ¡ Oh ! qué dicha ir contigo y ver lo que existe más allá del desierto !

—Sí, Haidja, nos amaremos y tú serás francesa. Antes de nacer el sol, cuando Myloud suba al minarete, tú te reunirás conmigo detrás de las tunas del aljibe de los Aglabitas, en la zaouia solitaria ; y allá prepararemos nuestra partida y tu seguridad.

La joven sonriendo llevó la mano de los labios al corazón ; después ambos se separaron.

A las tres de la mañana el silencio reinaba aún en el desierto, nada daba señal de vida en sus vagas profundidades ; de pronto el Marabú de Sidi Okba alzó la voz ronca ; un temblor estremeció el aire ; se sentía acercarse la alborada. Los camellos y los jumentos de las caravanas que habían llegado la víspera para entrar en la ciudad, que descansaban en espera de la apertura de las puertas, empezaron á moverse, los arrieros se desperezaban y sacudían sus vestidos empolvados.

Respirábase un fresco delicioso.

El furrier salió en medio de la tranquilidad del campamento, esquivó las fortificaciones, tomó el camino arenoso de las tunas. Un árabe vestido de harapienta túnica estaba in-

(106)

móvil á la sombra de un olivo. Reiduab, acostumbrado á ver así á los árabes, soñadores y silenciosos, no se fijó en él. Llegó al aljibe



monumental de los Aglabitas, lo traspasó, y en un instante estaba en la zaouia derruída. De amor y de emoción se le henchía el pecho. En el dintel, sola, estaba Haidja.

Ni para sonreírle, ni para hacerle una señal siquiera se detuvo ella; entró precipitadamente. El furrier, sin titubear, la siguió; abrió los brazos para estrechar á la jóven. De repente, sin darle tiempo para que comprendiese lo que iba á pasar, dos árabes forzudos lo arrojaron al suelo, y le ligaron con solidez.

Un cuarto de hora después terminaba la oración del minarete; entonces se presentó Myloud el padre de Haidja.

— Francés, le dijo, eres mi prisionero. Acabo de apoderarme de tu revólver y de tus cartuchos, pero esto no es bastante; nuestras tribus se hallan en guerra y mal armadas con sus moukalas; queremos conocer vuestros fusiles y los cartuchos con los cuales nos alcanzáis desde tan lejos. Nos son indispensables los modelos. Si te comprometes á hacernos llegar algunos, te pongo en libertad. ¡Que Allah te aconseje!

El furrier, indignado, no pudiendo librarse de sus ligaduras, escupió el rostro del Marabú, y lleno de desprecio respondió:

— ¡Jamás!

Su sueño de amor loco había volado.

En esta hora suprema, la visión resplandeciente de otra amada se presentó ante su vista :
¡ La Francia ! Sintióse orgulloso y consolado al ofrecerle su último pensamiento, su muerte. Respondía con el tono vibrante del deber que no sabe nunca hacer traición : « Jamás ! jamás ! »

Después cayó atravesado por puñales árabes.

.....
Nunca se supo—tan impenetrable es el corazón de ciertas mujeres—si Haidja estaba realmente enamorada ó si era traidora. Lo cierto es que después de fusilar al Marabú, á la hija no se le vió más en las azoteas bañadas de sol, de Kairouan.



LA CARTA DEL HERIDO

LA CARTA DEL HERIDO.

(DE ADRIEN BORDERIE.)

I

AL declararse la guerra entre Francia y Alemania, el señor de Sauves se hallaba en el interior, en su castillo de los Ardennes. Sangraba su corazón presenciando nuestros reve- ses ; á todas horas del día, y aún de la noche, iba en busca de noticias, y cada vez regresaba más desalentado : la derrota seguía á la derro- ta ; algunas veces se encontraba con destaca- mientos batiéndose en retirada, consumidos, deshechos, muertos de hambre ; los invitaba al

castillo, les hacía comer y beber, y hasta en el instante de partir les deseaba conmovido mejor suerte.

Una tarde, un jóven oficial de artillería tocó á la reja del parque. Durante todo el día el cañón había tronado á algunas leguas del lugar ; nuestras tropas se condujeron con valor, heroicamente resistieron el choque de las masas enemigas, pero, como siempre, abrumadas por el número tuvieron que ceder, no sin antes causar serias pérdidas al ejército alemán. El oficial era de las tropas que acababan de batirse con tanto arrojo ; cuando sus compañeros de armas se dispersaron, recordó que un amigo de la familia, el señor de Sauves, poseía un castillo en los alrededores, y resolvió ir donde él por algunas horas para recobrar fuerzas antes de incorporarse al grueso del ejército y continuar la lucha.

Y también—¿ por qué no decirlo ?—esperaba ver no solamente al señor de Sauves sino también á la esposa de éste, por quien abrigaba un amor profundo, sincero, y sin duda, ¡ ay ! sin esperanza. Al sacrificar la vida por la patria

quiso volver á contemplar á aquella por quien latía su corazón,

Muy calurosa fué la acogida. Como se le abren á un hijo, el señor de Sauves le abrió los brazos, y cordialmente lo estrechó contra su pecho. Después llamó á un criado y dijo :

— A la señora, que el señor Rogerio Moreuil está aquí.

Segundos después, la señora se presentó.

Era trigueña, no muy alta, de mirada dulce, de pestañas negrísimas y largas. Al entrar exclamó :

— Usted Rogerio ! ; Cómo hemos temblado por usted en estos días ! . . . Al fin salió usted sano y salvo de la horrible carnicería !

Cuando desplegaba los labios, la voz armoniosa parecía como una cascada de besos. Todo era en ella dulzura, caricias.

Rogerio había sido su camarada de juventud; ella seguía tratándolo con franqueza. Mientras el joven estaba en París estudiando en la Escuela Politécnica, donde se graduó de oficial del ejército, el señor de Sauves se enamoró de su amiga Elena Leprieur, hija de un

rico fabricante de los Ardennes, á quien la pidió en matrimonio; cuando se volvieron á ver, Elena no era ya libre.

Ella no tardó también en comprender que lo que antes no había sido sino una amistad de juventud se había convertido en su corazón en un sentimiento más vivo, más tierno. Al verle, cuando se encontraron por la vez primera, después de su enlace, hubo en ella una verdadera revelación. Un estremecimiento febril recorrió todo su ser; al tocar la mano del joven oficial creyó desmayarse.

Rogero no pudo disimular la sensación que experimentaba. Una tarde, conversando con ella, estuvo á punto de declararle su pasión, ella lo detuvo muy pronto, diciendo :

— Sepamos ser amigos buenos y leales !

Esto ocurrió unos días después de estallar la guerra. Rogero partió. Y ahora, al mes de combates en la frontera oriental, contemplaba otra vez á Elena. Rogero permaneció tres días en el castillo de Sauves.

¡Oh! ¡Qué dulzura tan penetrante la de aquellas horas que pasó cerca de la mujer

amada! Ella le rogaba que le refriese las batallas, las hazañas de sus pobres soldados; en sus ojos se dibujaba como una bruma de lágrimas. Rogerio se sumergía en un estupor creciente. Al fin del tercer día, una fusilería lejana lo despertó. Avergonzóse de aquel reposo en la tranquilidad mientras otros hombres morían combatiendo por la patria. Sin vacilar le dijo adiós al señor de Sauves; conmovido se despidió de Elena y se puso en marcha.

I I

Se peleaba sin cesar en la región. El señor de Sauves organizó un cuerpo de francotiradores, del cual le nombraron comandante; se apostó en los bosques circunvecinos y con sus fuerzas hostilizaba los destacamentos enemigos que pasaban por los caminos. No regresaba al castillo hasta la noche; algunas veces se ausentaba por dos ó tres días.

Durante una de estas ausencias, á Elena, que vivía en medio de sobresaltos continuos, se le acercó un soldado que rondaba el parque. El

soldado parecía aguardar su venida. Tan pronto como la vió se acercó á ella.



Elena presintió una desgracia.

— ¿ Es á la señora de Sauves á quien me dirijo ?—preguntó el soldado.

— Sí, respondió la joven.

— Bien, señora, he aquí una carta para usted.

Elena extendió la mano y tomó la carta.

Con febril ansiedad rompió el sobre. La carta era de Rogerio, y decía :

“ Elena :

” Voy á morir. Una bala me dió en pleno

pecho, y mis horas están contadas. Ahora te puedo hablar con libertad : es casi la declaración de un muerto la que te llega, y ya nada importará antes de terminar el día. Te amo, Elena ; te he amado siempre. Mi consuelo, antes de morir, es tener fuerzas para escribirte. Ahora, ya puedo irme tranquilo. El valiente que te entregará esta carta, te indicará dónde está el hospital de sangre, á cuyo punto me han llevado ; no está muy lejos del castillo de Sauves. ¡ Ah ! si pudieras venir ! Si me hicieses la gracia suprema de endulzar con tu presencia mi agonía ! Yo moriré, Elena, con tu nombre en mis labios ; si no vienes, mi adiós irá á tí con el último latido de mi corazón.

" ROGERIO."

Elena no titubeó.

— ¿ Podéis conducirme al hospital de sangre, donde se encuentra el señor Rogerio Moreuil ?—le preguntó al soldado.

Éste hizo un signo afirmativo.

— Vamos, pues, vamos pronto—dijo ella.

Estaba á una hora del castillo de Sauves. Elena no quiso tomar carruaje, á fin de no des-

· pertar sospecha alguna ; ella diría á su marido, si él regresaba antes, que ella había alargado su paseo. Y se puso en camino, siguiendo al soldado, que con paso rápido iba por la calzada.

· El hospital de sangre se instaló á una legua del pueblo, en el campo, debajo de un colgadizo. Rogerio hacía una semana que estaba allí. La mañana del día en que lo condujeron, se hallaba con sus hombres á la entrada de un bosquecillo de olmos ; se sostuvieron allí heroicamente, bajo el fuego de la artillería asesina. El enemigo recibió refuerzos. A los franceses se les concluyeron las municiones. De súbito, los prusianos aparecieron, numerosos, é intentaron penetrar en el bosque ; Rogerio abandonó los cañones, y trató de lanzarse sobre el enemigo, sable en mano. Cayó. Una bala le alcanzó. No vió nada más.

Cuando despertó, estaba en una cama. A su alrededor, los enfermeros, un médico y un soldado. Era el hospital de sangre.

Entonces el recuerdo de lo ocurrido se presentó á su memoria. Preguntó al médico si la

herida era grave. El médico trató de alentar-lo, pero le recomendó que no hablase. Los ojos de Rogerio se fijaron en los semblantes de los que estaban á su alrededor ; y comprendió que estaba perdido.

¡ Elena ! La imagen de la joven surgió entonces ante sus ojos. Era á Elena á quien quería dedicar su último pensamiento : huérfano, no tenía en quien pensar sino en ella : ni la pobre vieja deshecha en llanto, ni el rostro austero del padre esforzándose en dominar su dolor, amargaban sus últimos momentos. ¡ Elena ! No veía sino á ella, y experimentaba un agudo placer al considerar que la muerte era bondadosa, puesto que le daba el derecho de declarar su amor en el umbral de la tumba.

Tan pronto como le fué posible, escribió á la joven dama, y encargó á uno de los soldados, á quien dió las más precisas instrucciones, que llevara su carta á la señora de Sauves. Le recomendó que esperara á la puerta del parque; el señor de Sauves no debía saber nada. Cuando la joven dama apareciese sola, yendo á su paseo, sería la oportunidad de darle la carta.

¡Y ahora, allí, delante del lecho, Rogerio veía á Elena! Había venido! Oh, alma querida! Rogerio creía que soñaba. Ninguna existencia ha gozado minutos de dicha tan intensa, de una delicia tan arrebatadora, como aquellos durante los cuales el herido sintió cerca de sí la presencia de la mujer amada. Tenía como alucinaciones que lo llevaban al cielo. ¡Ay! qué agradable le parecía la muerte! ¡qué felicidad aquel lecho, en medio de la fiebre que le torturaba los miembros, con una bala en el pecho y la tumba por horizonte!

De repente Rogerio cerró los ojos. Una dulce sonrisa vagaba por sus labios.

Su mano, que apretaba la de Elena, se enfrió.

La joven, inclinada sobre el herido, se incorporó aterrorizada.

En este momento un enfermero se acercó, y con suavidad, la dijo al alejarla.

— Es preciso que partais, señora.

Elena exclamó :

— ¡Muerto! ha muerto!

— Nó : no, señora ; tened valor, un desma-

yo, pero el herido necesita de calma ; toda emoción le es funesta, debéis retiraros.

Algo repuesta Elena salió del hospital de sangre. Un dolor horrible la estrangulaba. Maquinalmente, como si se hubiese vuelto loca, se dirigió al castillo.

III

El camino atravesaba un bosquecillo. A él llegó Elena. Algunos disparos estallaron : era



un combate debajo de los árboles, á lo lejos. Se oyen gritos, órdenes. Las detonaciones se aumentan. Es una escaramuza entre una avanzada de alemanes y una compañía de tiradores francos,

¿Qué hacer? Debía ella seguir ó volver sobre sus pasos? El peligro está enfrente ó detrás? Sin miedo volvió á emprender la marcha.

De pronto una bala silba entre las ramas. Elena alza los brazos y cae. La bala dió en un blanco.

El combate continúa. Nuevos gritos se oyen; se ve á los prusianos huir derrotados; los franco-tiradores llenos de ardor los persiguen. El campo ha quedado en poder de los franceses.

Uno de los franco-tiradores percibe á Elena tendida sobre el camino.

— ¡Oh, miserables! exclamó. Han muerto á una mujer.

Al inclinarse reconoció á la señora de Sauves.

— ¡La mujer del comandante!

Otros soldados acudieron. Conternados miraban á la señora de Sauves. ¿Estaba muerta? Nó: respiraba aún, acababa de hacer un ligero movimiento.

Del hospital de sangre, sin dilación, trajeron una camilla, sobre la cual, algunos franco-tiradores, la acostaron. Otros, despachados de

antemano, habían ido á avisar al comandante, que con algunos de sus hombres estaba en el castillo, donde se temía un ataque del enemigo.

—; Una mujer herida, comandante !

Los conductores de la camilla se acercaban ; se les distinguía ya en el camino ; entraron en el patio del castillo.

El comandante se lanzó hacia ellos. Dió un grito : la mujer herida sobre la camilla era su esposa.

Con precauciones infinitas, trasladaron á Elena á su aposento.

Se mandó buscar á un médico.

Muy agudo era el dolor del señor de Sauves. Los sollozos le subían á la garganta y lo ahogaban. Estaba arrodillado delante del lecho ; lloraba ; después, para no fatigarla, se alejó un poco, y dejó al médico que le prodigase sus cuidados.

Uno de los franco-tiradores explicaba al señor de Sauves cómo sus compañeros y él habían encontrado á la infeliz mujer.

Sin duda, se paseaba. Sorprendida en el bosque por el combate, quiso huir ; al llegar al

camino, una bala enemiga la había herido.

Elena abrió los ojos; vió al médico. En voz baja le dijo :

— Señor, me muero ; ¿ queréis hacerme un gran servicio ? Os bendeciré antes de espirar.

— Hablad, señora.

— Encontraréis una carta en el bolsillo de mi vestido. Esta carta no la debe leer mi marido. Tomadla y destruidla.

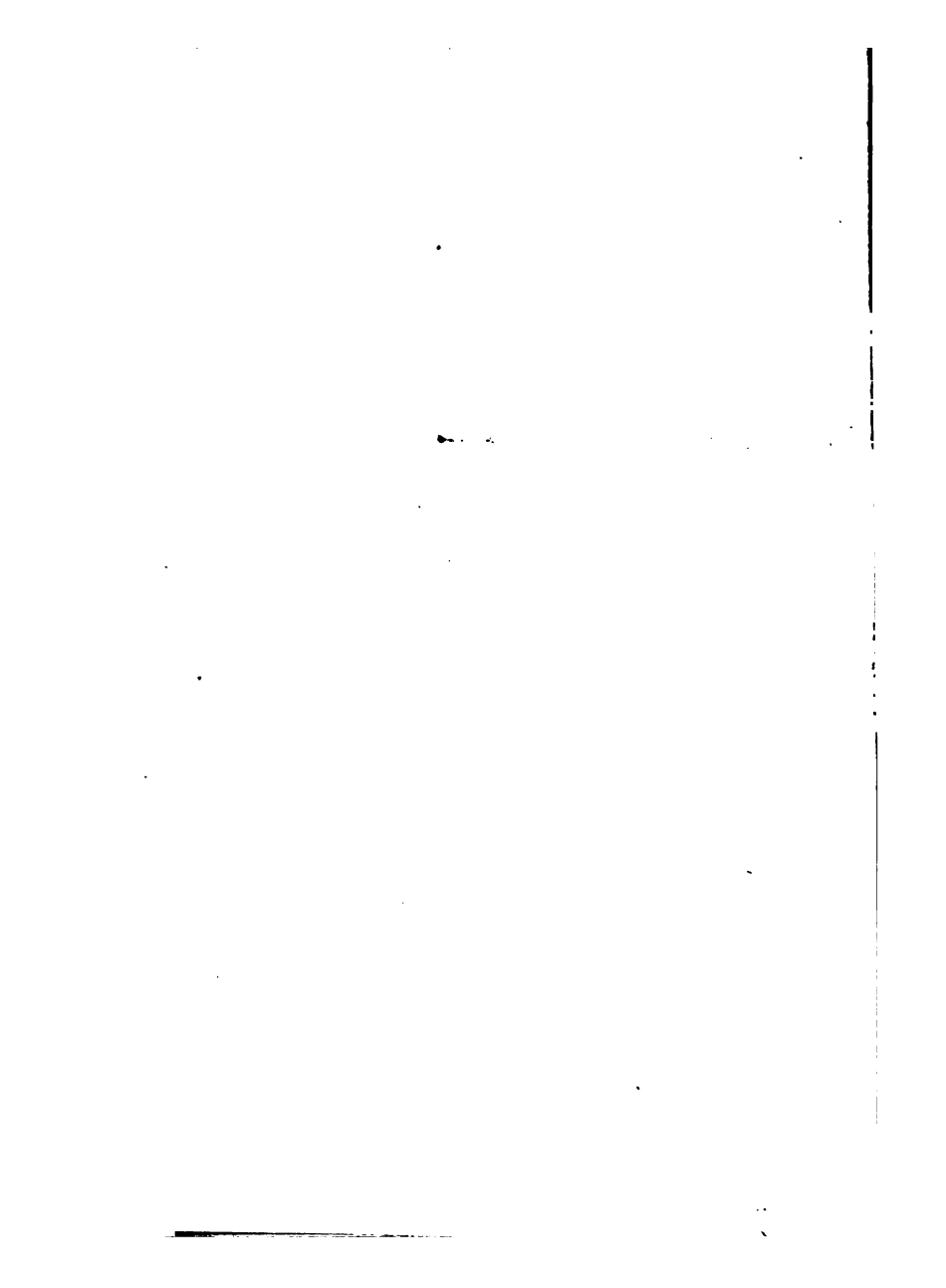
— Basta, señora ; quedaréis satisfecha escrupulosamente.

— Gracias, señor, gracias.

El médico hizo lo que le había pedido Elena. Ésta, rígida, con el rostro pálido, estaba ya tocada por el ala de la muerte. El médico tomó la carta con mano disimulada ; pasó un instante al aposento contíguo, encendió una vela, y quemó el papel ; después volvió cerca del lecho, y dijo con dulzura :

— ; Descansa en paz, pobre mujer !

UN PATRIOTA



UN PATRIOTA.

(DE EDMOND THERY.)

I

—¿QUIÉN vive?

—Francia.

—No se puede pasar.

—Sin embargo tengo que hablar al jefe.

—Esperad.

Este corto diálogo se suscitaba el 14 de noviembre de 1870, á las once de la noche entre el centinela de las avanzadas francesas del cuerpo décimo sexto del ejército del Loire y un joven de veintiseis á veintisiete años.

El centinela avisó al oficial jefe del puesto ; éste con una escolta de cuatro dragones á caballo, llegó unos minutos después.

— ¿ Quién vive ? repitió.

— ¡ Francia. !

— ¿ Qué queréis ?

— Ser conducido á vuestro jefe.

— ¿ Hay acaso serias razones ?

— Serias y apremiantes.

— Bien ; se os va á vendar y conducir á su presencia.

Dos dragones se desmontaron, pusieron un pañuelo sobre los ojos del joven que sin resistir se dirigió, con la escolta, hacia la casa donde estaba el capitán Arquier, comandante del escuadrón que en el pueblecillo de Dambron, fuerte de cien ginetes, vigilaba al enemigo y estudiaba sus diversos movimientos.

El oficial llegó en el instante en que el capitán concluía de dar sus órdenes para la noche y se iba á acostar, vestido y todo, sobre un montón de paja, en el suelo de su aposento.

— ¿ Qué queréis ? le dijo al subalterno.

— Mi capitán — respondió este — os traigo

un campesino que se acaba de presentar en las avanzadas ; desea hablarlos.

— ¿ Para qué ?

— Lo ignoro, mi capitán : pero podéis preguntárselo ; está á la puerta,

— Hacedle entrar.

El oficial condujo al joven y se retiró á una pieza vecina, al alcance de su superior. El capitán permitió al desconocido que se quitase la venda, y por algunos segundos los dos hombres se examinaron en silencio. La fisonomía del desconocido era una de esas que agradan á primera vista. Sus grandes ojos llenos de franqueza inspiraban confianza, y se adivinaba que sus labios, algo gruesos, no se abrían sino para decir verdad.

El capitán tendría cerca de treinta años : en sus facciones enérgicas se leían el valor y el denuedo.

— ¿ Qué deseáis ?—le preguntó al fin.

— Señor capitán— respondió el joven— vengo á comunicaros algo importante.

— Hablad, os escucho.

— Soy el maestro de escuela de T . . . , pe-

queño pueblo á menos de cuatro leguas de aquí, también soy secretario de la Alcaldía. Esta tarde, un destacamento prusiano, el primero que hemos visto, apareció en nuestro pequeño lugar: el alcalde está enfermo y su ayudante ausente, así es que me tocó contestar las preguntas del oficial superior. Después de interrogarme acerca de los recursos del pueblo, el número de fornallas, caballerizas, etc., que contenía, se hizo conducir á la oficina de correo, donde se enteró de las cartas y periódicos, después reunióse á los otros oficiales, en la Alcaldía. Yo estaba presente, tuvieron un conciliábulo que comprendí perfectamente.

—¿ Habláis entonces el alemán ?— interrumpió el capitán,

— Soy de la Lorena, señor, y éste idioma me es bastante conocido.

— Continuad vuestro cuento.

— Por la conversación he sacado que vienen á nuestro pueblo á explorar meramente y que sólo pernoctarán allí: pero apesar de la breve estancia no se ha salvado nuestra infeliz aldea de un impuesto de guerra de cinco mil francos,

y una fuerte contribución de toda clase de víveres.

Me han forzado, señor, á ir de casa en casa á avisar á los moradores que exigen dinero y víveres; mañana han de entregarse en la Alcaldía.

Al principio rehusé enérgicamente, pero amenazándome que de lo contrario saquearían el pueblo, me he visto obligado á obedecer.

No es esto todo: después de reclamar el precio del sudor de nuestros campesinos, la fortuna de veinte familias, se han instalado en las mejores casas y sus propietarios han tenido que servirles lo mejor de sus bodegas y graneros; después principió la bacanal. Y; oh! Desdicha para los hogares en cuyo seno había mujeres jóvenes; desdicha para el hermano que protegía á su hermana; para el marido que defendía á su esposa ultrajada. Los alemanes son crueles por naturaleza; la embriaguez los hace ferozmente brutales. Yo lo he visto, señor, yo he visto á un padre viejo ahuyentado de su propia casa á planazos por querer salvar el honor de su hija de dieciseis años de edad.

Al contemplar aquel infortunado de cabellos canos, con las manos alzadas al cielo, con el rostro lleno de arrugas surcado por las lágrimas impotentes . . . una ardiente rabia me mordía el corazón, Juré vengar á mis infelices compatriotas y evitarles la ruina completa.

Averigüé todas las casas ocupadas por los alemanes, reparé que sus precauciones eran débiles, que la guardia está llena de hombres ébrios ; en una palabra, que sorprenderlos es fácil.

Un guarda rural me informó exactamente la posición de las avanzadas francesas y vengo á haceros mi declaración.

— ¿ Con qué objeto ?—preguntó el oficial.

— Con el objeto de ser escuchado y de enseñar el camino á los que quieran seguirme.

El capitán guardó silencio por unos segundos fijó la mirada penetrante en la cara leal del maestro de escuela. Este rápido examen bastó para convencerle de la veracidad de sus palabras ; sin embargo, era tan grave el asunto que no se podía proceder sino después de seria discusión.

— Pero, amigo mío,— repuso—¿ quién me prueba que decís la verdad? ¿ Cómo podéis creer que partiendo de una simple noticia consienta un oficial en exponer la vida de sus sol-



dados? En una palabra, ¿ qué garantía me dáis ?

— Mi vida, capitán.

— ¡ Vuestra vida ! . . . Supongamos, pues, que todo es cierto, ¿ cómo me demostráis que que los alemanes se dejarán sorprender ? ¿ Conocéis su número ?

— Son treinta y cinco, de los cuales uno es

el oficial superior, repartidos en cinco diferentes casas. Sé cuales son sus intenciones ; abandonarán el pueblo al rayar el día, y en este momento duermen á pierna suelta creyéndose libres de sorpresa. No hay, pues, que titubear, capitán : audacia, y sin disparar un solo tiro los treinta y cinco alemanes serán nuestros prisioneros.

Al pronunciar estas palabras, el maestro de escuela se había transfigurado. Al capitán le pareció entrever uno de esos patriotas excelsos de nuestra gran revolución que marcharon con tanto valor por la senda esplendente de la defensa nacional, iniciada por el heroico Baurepaire. Conmovido, arrastrado por las frases viriles de esta voz vibrante, le tendió las manos, exclamando :

— Sois un buen francés !

Estudió en conjunto la situación. Se dice que el general de brigada, Bonaparte, pidió dos horas para reflexionar, al ofrecerle Barras el mando de las tropas que debían defender á la Convención contra las partidas sublevadas por la contrarrevolución. Aunque no se trataba

aquí de un 13 Vendimiario, el capitán Arquier, perdónesenos la comparación, también tuvo algunas dudas.

Su misión en Dambrón era esencialmente defensiva : vigilar los movimientos del enemigo, pero sus órdenes no rezaban nada de ataque . . . Sin embargo, ¿cómo no aprovechar una ocasión tan hermosa ?

No desconfiaba ya del maestro de escuela : el golpe de mano se presentaba muy favorable ; el escuadrón saldría sin pérdidas graves. ¿Se reunirían otra vez tantas circunstancias ?

— El que no se expone nada gana : *audaces fortuna juvat*, murmuró, y llamando al sarjento, que se había retirado á un aposento contiguo, le dijo con voz tranquila y firme :

—Haced tocar bota-sillas en el pueblo, y avisad á los oficiales que dentro de media hora montamos.

I I

LA SORPRESA.

Anunciaba el viejo reloj de la iglesia la media noche, cuando un destacamento de cincuenta dragones salió del pueblo.

Los mandaba el capitán Arquier con un teniente de segundo, tres sargentos y cinco cabos; el teniente actuando como jefe, el subteniente y el resto del escuadrón permanecieron en Dambrón, listos para montar á la primera señal.

La columna, precedida de una pequeña avanzada con algunos exploradores á los flancos y seguida de la retaguardia, tomó un camino transversal lleno de fango á causa de las lluvias.

Fría y triste era la noche; una lluvia helada, que las ráfagas del Norte lanzaban sobre el rostro de los ginetes, hacía aún más penosa la marcha; sin embargo, se avanzaba sin vacilaciones; el maestro de escuela con el capitán y el sarjento á sus costados, dirigía la columna en la oscuridad.

Cuando el camino lo permitía, los ginetes iban al trote; después de dos horas de difícil andar, el guía anunció el pueblo de T . . . El capitán ordenó; alto! y pasando rápidamente por las filas, les recomendó el más estricto silencio.

— No useis vuestras armas de fuego, les dijo en voz baja ; si se necesitan, sablazos, pero ni un solo disparo sin mi orden.

A quinientos ó seiscientos metros del pueblo se hizo otra parada ; el capitán escogió cuarenta dragones, que saltaron á tierra con él, y el maestro de escuela ; los otros diez formaban la reserva al mando del teniente, y cuidarían los caballos de sus compañeros.

Los soldados de á pie colocaron sus carabinas á la granadera y sable en mano avanzaron hacia T . . . con el capitán y el maestro de escuela á la cabeza.

La primera operación, y la más peligrosa, consistía en apoderarse del puesto de guardia : la pequeña tropa se dirigió allí primero. Un puesto siempre debe estar cuidado por un centinela, á quien se releva cada dos horas ; el alemán que lo desempeñaba en este momento estaba en su lugar, pero dormía sobre una piedra como un bienaventurado. Sin transición pasó del sueño á la muerte : una estocada lo clavó á la pared de la casa. Los dragones penetraron en seguida en la sala, donde diez

alemanes de servicio roncaban bajo la influencia de amplias libaciones : se despertaron desarmados y prisioneros.

El capitán les dijo por medio del joven lorenés que sus vidas dependían de su sumisión. Un sarjento y seis números, con las carabinas preparadas, quedaron cuidando esta primera captura : las armas pasaron inmediatamente á la reserva.

De las cinco casas que ocupaba el enemigo, cuatro fueron desalojadas de sus huéspedes con idéntico éxito. Llegaban al aposento donde dormían los prusianos ; empezaban por apoderarse de sus armas y después los despertaban. Embrutecidos por el sueño profundo que sigue á la borrachera, soldados y oficiales no ofrecían la menor resistencia. Media hora después de entrar nuestra fuerza, veintinueve alemanes [sin contar el muerto] estaban prisioneros en el puesto de la guardia, cuadruplicada ahora.

La última casa indicada por el maestro de escuela se encontraba al extremo del pueblo. Al llegar allí, nuestros ginetes advirtieron luz adentro, oyendo risotadas y exclamaciones.

Cerca de la puerta vieron el cadaver de un hombre. El joven lorenés se inclinó y dió un grito de horror . . . Aquella casa era la del pobre viejo á quien los prusianos habían ahuyentado á planazos.

El infortunado, al pensar que su hijita estaría en manos de aquellos soldados llenos de alcohol, regresó á su hogar. No pudo entrar; la indignación, el dolor, la rabia, produjeron un derrame de sangre en su cerebro y una apoplejía fulminante que lo mató.

A una orden del capitán, un soldado metió el hombro á la puerta, cerrada interiormente, la que cedió. ; Qué espectáculo tan nauseabundo !

La sala en desorden atroz, los armarios trastornados, los muebles deshechos, la mesa cubierta de vasos, de platos rotos, de botellas vacías ; en los golletes ardían las velas humeantes ; el suelo lleno de inmundicias, todo atestiguaba los actos más innobles . . . pero esto no era lo más terrible de la escena ! . . . En una esquina de la sala, cuatro alemanes ébrios se disputaban á la infeliz niña ; su cuerpo her-

moso revelaba las marcas de violencias inhumanas.

La pobre niña ya no resistía, al contrario, reía de las obscenidades de sus verdugos, pero su risa simulaba la vibración de una plancha metálica y su mirada había perdido su expresión lúcida . . . Sí, la desdichada estaba loca de terror.

Los pantalones rojos despejaron á los alemanes. Estos soltaron la víctima para apoderarse de las armas ; el capitán esperaba su oportunidad ; á una señal ocho detonaciones resonaron, los brutos rodaron por el suelo, y su sangre se mezcló con sus deyecciones . . la niña y el abuelo estaban vengados.

III

EL REGRESO.

A las seis de la mañana, el capitán Arquier formó su columna ; colocando los prisioneros en el centro les dijo que si trataban de huir se les fusilaría. Sus armas en una carreta, y los cinco cadáveres en otra, seguían á la avanzada. Dos labriegos alistados habían partido ya con

los treinta y cinco caballos capturados. Empero, según la declaración del maestro de escuela, había un prisionero de menos. En efecto, veintinueve vivos y cinco muertos daban un total de treinta y cuatro, mientras que por la cuenta del maestro de escuela eran treinticinco y para más seguridad los treinticinco caballos probaban la precisión de su suma.

Era claro que un prusiano faltaba ; todas las pesquisas para encontrarlo fueron infructuosas. El capitán supuso que el fugitivo se habría reunido á las avanzadas enemigas. Esta reflexión le hizo acelerar la partida, pues si era así, los alemanes prevenidos no dejarían de volver pronto en gran número. Antes de abandonar el pueblo, el capitán quiso llevarse con él al valiente lorenés.

— Venid á nuestro campamento, mi joven amigo, le dijo. Aquí estais amenazado por las represalias enemigas, en medio de nuestro ejército estareis salvo.

— Os agradezco vuestro ofrecimiento, respondió el patriota, pero hoy, más que nunca, mi deber está en T . . .

(142)

— Habeis hecho bastante por vuestro país y mereceis vuestra recompensa. Venid á Dambron, os presentaré al general en jefe.



— Imposible, capitán ; debo permanecer aquí.

— Pero exponeis vuestra vida.

— Cumpló con mi deber.

— Vuestro deber era evitar la ruina de vuestros conciudadanos ; ¿ no lo habeis alcanzado ?
¿ Qué más quereis hacer ?

— Velar por la pobre loca que los prusianos han dejado huérfana.

El capitán no insistió más, apretó contra su pecho al heroico joven, después montó á caballo y dió la orden de partida.

La pequeña columna tomó otra vez el camino de la noche anterior. Los franceses entraron á Dambron con sus prisioneros, sin haber perdido un solo hombre, á las diez de la mañana. A la misma hora, una fuerte tropa alemana, avisada por el fugitivo que los franceses no habían podido encontrar, llegó á T . . .

IV

LAS RECOMPENSAS.

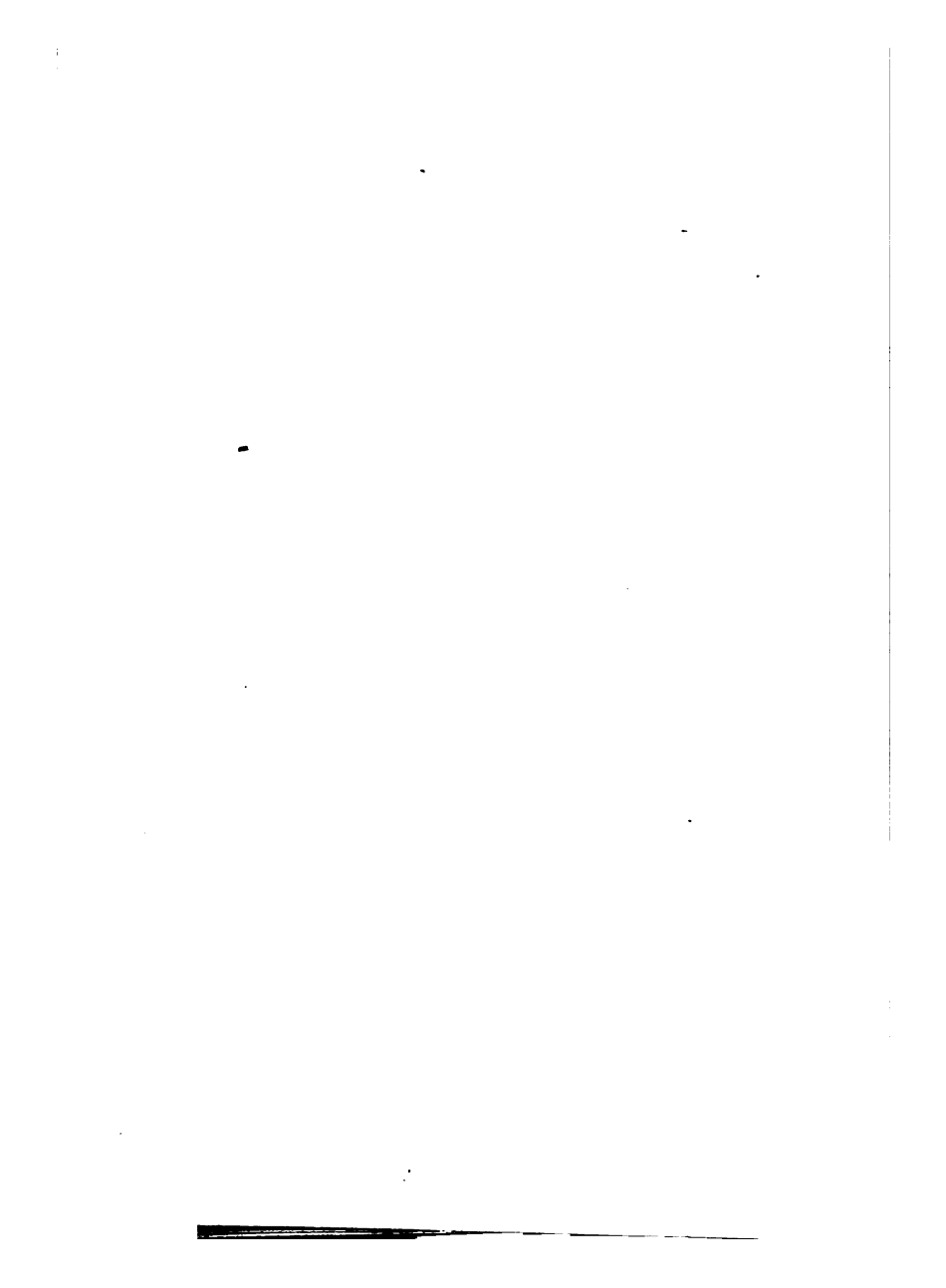
El capitán Arquier fué ascendido á jefe de escuadrón, condecorado con la Legión de Honor y le citaron en la orden del día del ejército. El maestro de escuela, denunciado por un miserable muchacho del campo, fué juzgado

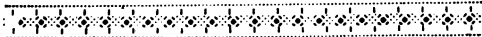
por un consejo de guerra alemán y condenado á muerte.

El mismo día en que el capitán recibía el premio de ese triunfo, el heroico lorenés bajaba la frente, acribillado por las balas prusianas. Un mártir más contaba la patria.



EL NIÑO ESPÍA.





EL NIÑO ESPIA.

(DE ALFONSO DAUDET.)

SE llamaba Stenne, el pequeño Stenne. Era un niño de París, enclenque y pálido, que podía tener diez años de edad, quizás quince, con estos ratones nunca sabe uno á qué atenerse. Era huérfano de madre; su padre, antiguo soldado de marina, cuidaba una plazoleta en el barrio del Temple. Los bebés, las nodrizas, las viejas inválidas, las madres pobres, todo el París pedestre que se pone á salvo de los vehículos, en los jardines rodeados de aceras, conocían al tío Stenne y lo adoraban. De-

bajo de aquel bigote rudo, espanto de los perros y de los rezagados en los bancos, se ocultaba una tierna sonrisa, de bondad casi paternal, que retozaba en sus labios con sólo decirle al buen hombre :

— ¿ Cómo está su chiquito ?

¡ El viejo Stenne amaba tanto á su hijo !

¡ Qué dicha experimentaba por la tarde, cuando después de las clases lo venía á buscar su chiquito y los dos daban la vuelta por los pasillos deteniéndose en cada banco para saludar á los abonados y corresponder á su amabilidad.

El sitio de París desgraciadamente lo cambió todo. Cerraron la plazoleta del tío Stenne, depositaron allí petroleo y el pobre hombre obligado á vigilar todo el tiempo, pasada la vida en los cuadrados de flores desiertos y destruidos ; solo, sin fumar, sin su hijo hasta que anochecía, ya muy tarde y no en su casa. ¡ Era de verle el bigote cuando hablaba el viejo de los prusianos! . . . El pequeño Stenne por su parte no se quejaba mucho de la nueva vida.

; Un sitio ! ; Es tan divertido para los pilluelos ! Vacaciones sin límites, y la calle una feria . . . El muchacho se quedaba fuera corriendo hasta después de puesto el sol. Acompañaba á los batallones del barrio enviados á las fortificaciones, prefiriendo los de buena música ; en este punto el pequeño Stenne era irreductible. Os decía con razón que la música del 96 no valía gran cosa, pero que la del 55 era excelente. Otras veces contemplaba á los movilizados hacer el ejercicio.

Con el cesto al brazo se colocaba en las largas líneas que se formaban en las mañanas sombrías de invierno, sin alumbrado, enfrente de las rejas de los carniceros y de los panaderos. Allí, con los pies en el agua trababa amistades, discutía sobre política, y como hijo de M. Stenne, cada uno le pedía su consejo. Pero lo más divertido del caso eran las partidas de *buchon*, el famoso juego de los zuecos, que lo movilizados bretones hicieron de moda durante el sitio. Cuando el pequeño Stenne no estaba en las fortificaciones ni en las panaderías, de seguro que lo encontrarían en el juego

de lo zuecos de la plaza de Chateau d'Eau. Por su puesto, él no jugaba. se necesitaba mucha plata ; se contentaba con mirar á los jugadores, y con qué ojos !

Uno sobre todo excitaba su admiración. Era alto, de blusa azul, apostaba sólo piezas de cien sueldos ; cuando corría los escudos sonaban en el fondo de su blusa.

Un día al recoger el pequeño Stenne una pieza que había rodado hasta sus pies, el alto le dijo en voz baja: ¿“ Eso te agrada eh ? Pues bien, si quieres, te diré donde hay.

Se concluyó la partida ; lo llevó á un rincón de la plaza y le propuso fuera con él á vender periódicos á los prusianos ; treinta francos por viaje. Al principio Stenne rehusó muy indignado ; y del golpe permanecio tres días sin volver á la partida. Tres días terribles ! Sin comer, sin dormir. Durante la noche veía montones de zuecos que se levantaban al pie de su cama, y piezas de cien sueldos relucientes. La tentación era muy poderosa. El cuarto día retornó á Chateau d'Eau ; vió otra vez al alto, y se dejó seducir.

Partieron una mañana de nieve, con un saco de lona á la espalda, y los periódicos escondidos debajo de sus blusas. Cuando llegaron á la puerta de Flandes apenas amanecía. El alto asió al pequeño Stenne de la mano, y acercándose al soldado de centinela, un bravo sedentario que tenía la nariz roja y el aire bonachón, le dijo con voz hueca :

— Dejadnos pasar, mi buen señor. Nuestra madre está enferma, papá muerto. Mi hermanito y yo vamos á recoger unas patatas en el campo.

Lloraba Stenne, avergonzado, y bajó la cabeza. El centinela los miró por un momento, escudriñó el camino, desierto y blanco.

— Pasad pronto!— les dijo alejándose. Y hélos en dirección d'Aubervilleer. El alto era quien reía !

* * *

Confusamente, como en un sueño, vió el pequeño Stenne las fábricas convertidas en cuarteles, las barricadas en abandono, llenas de trapos húmedos, las elevadas chimeneas que penetraban en la niebla y subían al cielo, vacías, desportilladas. De trecho en trecho,

un centinela, oficiales encapotados reconociendo con sus anteojos de larga vista, y tiendecitas empapadas por la nieve derretida al calor de fuegos moribundos. El grande conocía los caminos, atravesaba los campos para evitar los puestos. Sinembargo, llegaron, sin poderlo evitar, á una numerosa guardia.

Los franco-tiradores estaban allí, con sus capotes y capuchones de lana, acurrucados en el fondo de un foso lleno de agua, á lo largo del camino de hierro de Soissons. Esta vez el grande intentó recomenzar su historia; no lo quisieron dejar pasar. Entonces, mientras que él se lamentaba, de la casilla del guarda-tren salió á la vía un viejo sargento, canoso, arrugado, que se parecía al tío Stenne.

—Vamos, no lloren más! le dijo á los muchachos, os permitirán recojer patatas, pero antes calentaos un poco. Ese pilluelo está helado!

¡Ay! no era de frío de lo que temblaba el pequeño Stenne, era de miedo, de vergüenza! En el puesto encontraron algunos soldados entumidos, alrededor de un fuego pobre,

un verdadero fuego de viuda, en cuyas llamas deshlaban algunas galletas en las puntas de sus bayonetas. Apretáronse para hacer lugar á los muchachos, Les dieron un trago y un poco de café. Mientras que bebían, un oficial vino á la puerta, llamó al sargento, le habló en voz baja y se fué muy pronto.

—Muchachos! dijo el sargento entrando lleno de alegría. . . . habrá tabaco esta noche! Hemos sorprendido la contraseña de los prusianos; creo que esta vez tendremos el desquite, vive Dios!

Estallaron los bravos y las risas. Se bailó y se cantó; calaron los sables-bayonetas, y aprovechando el tumulto, los muchachos desaparecieron. Una vez franqueadas las zanjás, no había sino el llano, y al fondo un largo muro blanco, agujereado de asesinos. Era á aquel muro donde iban, deteniéndose á cada paso para pretender que recogían patatas.

—Volvamos; no sigamos más! exclamaba sin cesar el chiquito Stenne.

El otro encogía los hombros y avanzaba siempre.

De súbito oyeron el tric-trac de un fusil que preparaban.

—Acuéstate, dijo el grande, echándose á tierra.

Después de acostarse, silbó. Otro silbido respondió sobre la nieve. Siguieron adelante arrastrándose. En el muro al nivel del suelo, aparecieron dos bigotes rubios debajo de una mugrienta boina. El grande saltó la trinchera al lado del prusiano.

— Este es mi hermano ! le dijo, mostrándole su compañero.

Era tan pequeño Stenne, que al verlo el prusiano se echó á reir y tuvo que tomarlo en sus brazos para que llegara á la brecha.

Del otro lado del muro había grandes terraplenes, árboles tumbados, hoyos negros en la nieve y en cada hoyo la misma boina mugrienta y los mismos bigotes rubios burlones

En una esquina, la casa del jardinero atrincherada, el piso principal lleno de soldados que jugaban á la baraja y preparaban la cena en un gran fuego. Buen olor tenían las coles y el tocino ; ¡ qué diferencia al vivac de los franco-tiradores !

En los altos, los oficiales tocaban el piano, destapaban botellas de champaña. Cuando los parisienes entraron, un hurra de alegría los acogió. Entregaron sus periódicos; después les dieron de beber y los hicieron hablar. Todos estos oficiales tenían el semblante orgulloso, pero el "alto" los divertía con su charla callejera, su vocabulario de pilluelo. Ellos reían, repetían después de él sus palabras, se revolcaban con delicia en aquel lodo de París que les traían.

El chiquillo Stenne hubiera querido hablar, para probar que él no era un tonto; pero algo le molestaba. Frente de él, separado de los demás había un prusiano, más viejo, más serio que los otros; leía, ó mejor, parecía leer, puesto que sus ojos no se quitaban del niño. Revelaba aquella mirada ternura á la vez que reproche, como si aquel hombre tuviese en su tierra un niño de la misma edad que Stenne y se dijese para sí:

— Preferiría la muerte antes que ver á mi hijo en un oficio semejante!

Después de este momento, Stenne sintió co-

mo una mano puesta sobre su corazón que le impedía latir.

Para escapar de esta angustia empezó á beber. En breve todo daba vueltas á su alrededor. Oyó vagamente, en medio de las risotadas, á su compañero que se mofaba de los guardias nacionales y de su manera de hacer el ejercicio, imitaba una toma de armas en Marais ; una alerta nocturna en las trincheras. En seguida el alto bajó la voz, los oficiales se acercaron y los rostros tornáronse graves. El miserable iba á avisarles del ataque de los franco-tiradores.

El chiquito Stenne no pudo más, se levantó furioso, despejado.

— Eso no, yo no lo quiero !

Pero el otro lo que hizo fué reir y continuar. Antes que hubiera terminado, los oficiales estaban de pie. Uno de ellos le indicó la puerta á los niños :

— En marcha, les dijo.

Y comenzaron á hablar entre sí, muy pronto, en alemán. El alto salió, orgulloso como un duque, sonando la plata, Stenne le siguió,

cabizbajo ; cuando pasó cerca del prusiano, cuyas miradas tanto le habían molestado, oyó una voz triste que decía :

— No es bonito eso . . . no es bonito !

Las lágrimas le saltaron á los ojos.

Una vez en el llano, los muchachos se pusieron á correr, regresando rápidamente. El saco estaba lleno de patatas que les habían regalado los prusianos ; con ellas pasaron sin inconveniente á la trinchera de los francos tiradores. Estos se preparaban para el ataque nocturno. Las tropas llegaban silenciosas y se agrupaban en masa detrás de los muros. El sargento viejo estaba allí, ocupado en colocar sus soldados, tan feliz ! Cuando los muchachos pasaron, los reconoció, y sonrió bondadosamente. Oh ! como le dolió esa sonrisa al chiquillo Stenne ! Durante unos segundos, tuvo ganas de gritar :

— No vayais allá abajo, os hemos hecho traición.

Pero el otro le había dicho : “ ¡ Si hablas, nos fusilarán ! ” y el miedo le contuvo.

En la Courneve, entraron en una casa aban-

donada, para dividir el dinero. La verdad me obliga á decir que el reparto se hizo honradamente, y que oyendo sonar aquellos lindos escudos debajo de su blusa, y pensando en las partidas de zuecos en perspectiva, el chiquillo Stenne no halló su crimen tan espantoso.

Pero cuando estuvo solo el desgraciado niño, cuando después de pasar las puertas el alto lo dejó, entonces sus bolsillos empezaron á volverse pesados, y la mano que le apretaba el corazón lo hacía con más fuerza que nunca. París no le parecía el mismo. Los transeuntes le miraban con severidad, como si supieran de dónde venía. La palabra « espía, » él la escuchaba en el ruido de las ruedas, en el redoble de los tambores que se ejercitaban á lo largo del canal. Al fin llegó á su casa, y muy contento de que su padre no hubiese todavía entrado, subió pronto á su aposento á esconder debajo de su almohada los escudos que le pesaban tanto.

* * *

El viejo Stenne nunca se sintió tan dichoso

como al regresar aquella tarde. Acababan de llegar noticias del interior : las cosas mejoraban. A medida que comía, el viejo soldado miraba su fusil colgado de la pared, y le decía al muchacho con su sonrisa placentera :

— ¡ Si fueras grande, como irías tú á pelear contra los prusianos !

A las ocho, se oyó el cañón.

— ¡ Es en Aubervilliers, se batan en Bourguet ! exclamó el buen hombre, conocedor de todos los fuertes.

El chiquillo Stenne palideció, y pretextando el cansancio, se fué á acostar, pero no durmió. El cañón tronaba siempre. Él veía los francotiradores llegando en medio de la noche para sorprender á los prusianos, y los contemplaba cayendo en una emboscada. Se acordaba que le había sonreído, y lo vió muerto sobre la nieve, y cuántos otros como él ! El precio de toda aquella sangre estaba escondido allí, debajo de su almohada, y el culpable era él, el hijo de Stenne, de un soldado ! Las lágrimas lo ahogaban. En la pieza del lado escuchaba á su padre caminando, abriendo la ventana.

Abajo, en la playa, tocaban llamada ; un batallón de movilizados se numeraba para partir. ; Una verdadera batalla ! El infeliz no pudo retener un sollozo.

— ¿ Qué tienes tú ? le dijo el anciano Stenne, entrando.

El niño no podía más ; saltó de su cama, y se arrojó á los piés de su padre : al hacer este movimiento los escudos rodaron al suelo.

— ¿ Qué es eso ? Tú has robado ? preguntó el viejo, temblando.

Entonces, en un mismo aliento, el pequeño Stenne, contó cómo él había ido donde los prusianos, y lo que había hecho. Conforme hablaba, se aligeraba el corazón. Le consolaba acusarse. El padre Stenne, con el rostro terrible, lo escuchaba. Al concluir, escondió la cabeza entre sus manos, y estalló en llanto.

— ¡ Mi padre ! mi padre ! balbuceaba el niño.

— El viejo lo rechazó sin contestarle, y recogió el dinero.

— ¿ Eso es todo ? preguntó él.

El pequeño Stenne hizo una señal afirmati-

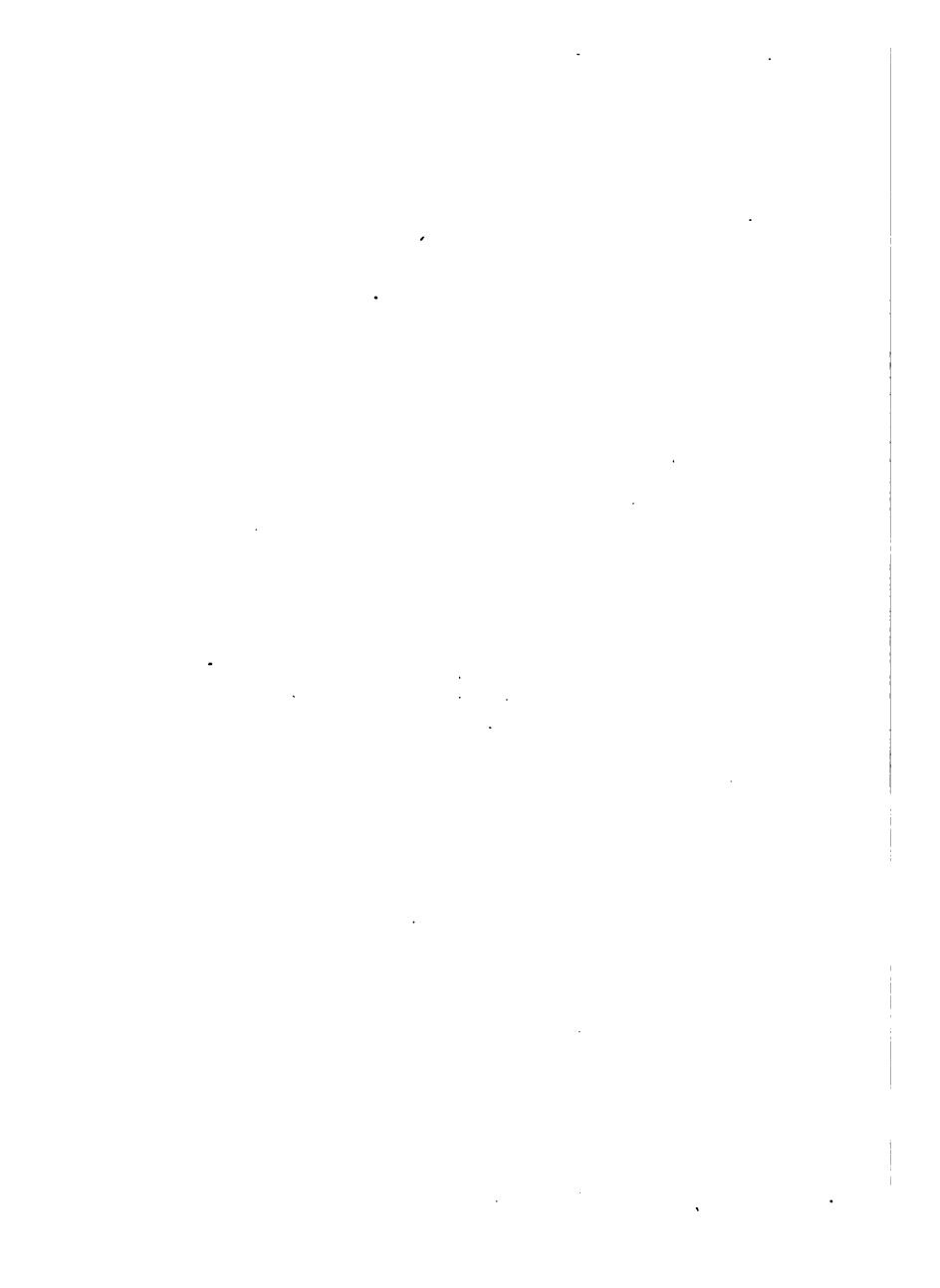
va. El viejo descolgó el fusil y la cartuchera, y metiendo el dinero en la faldriquera :

— ¡ Está bien ! le dijo, voy á devolvérselo !

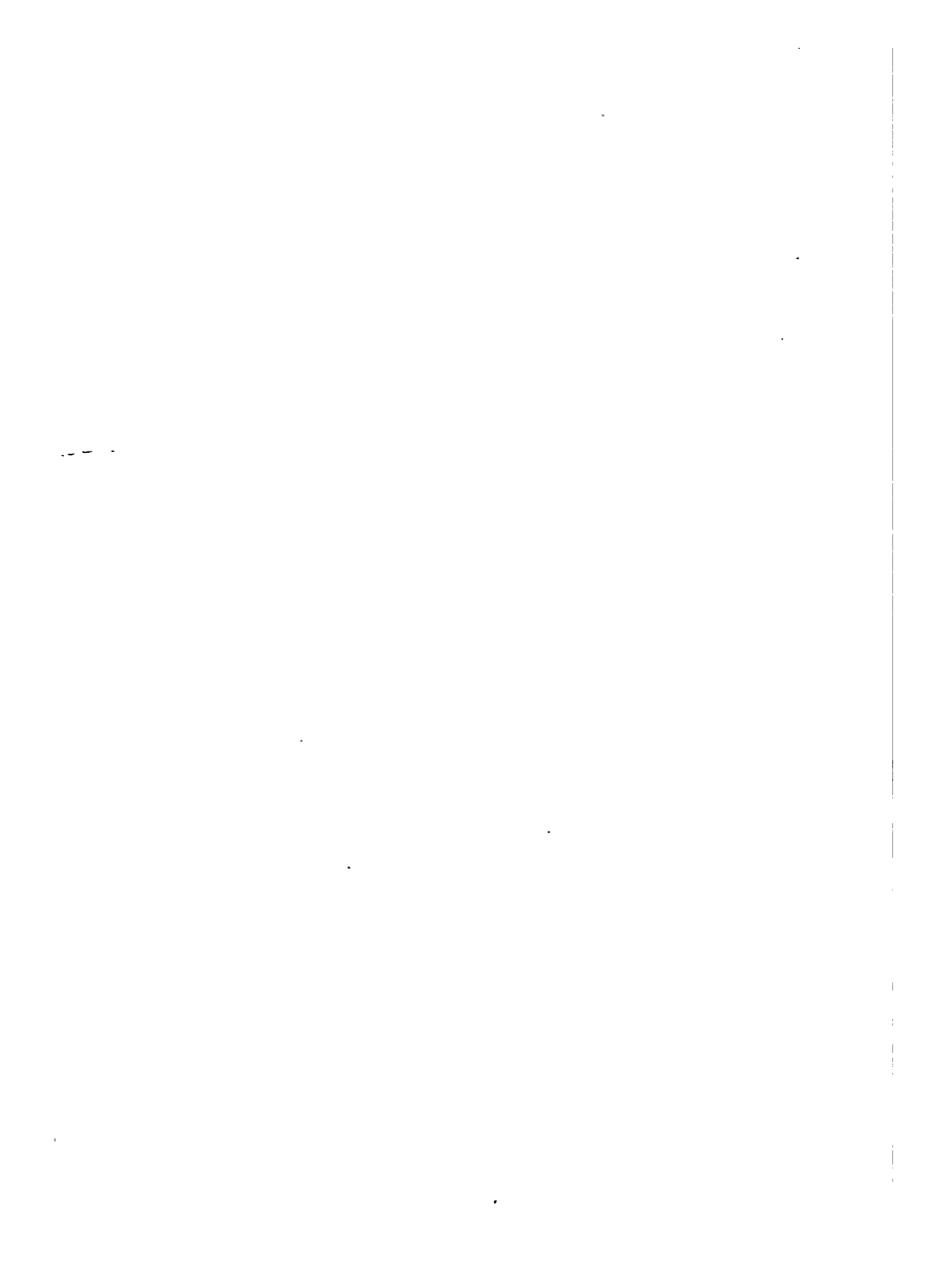
Y sin una palabra más, sin volver siquiera la cabeza, bajó á la playa, se confundió con los movilizados que partían en medio de las sombras de la noche.

Jamás se le volvió á ver.





UNA FALTA.



UNA FALTA

(DE GEORGES D'ESPARBES)

EL general Marteaux era un hombre de cincuenta años, apasionado, de mediana inteligencia, valiente. Había sido carpintero; la Revolución lo nombró capitán. En esa época la vida no duraba mucho. En dos años, la depuración frecuente de los Estados mayores, lo elevó al grado de general en jefe. Herido en el muslo por una bala, que no se le pudo extraer, cojeaba un poco.

Su avanzada llegó desde el alba del 14 de

septiembre á Forbach. La saludaron con la metralla.

—¡ Bueno !—dijo él,—bueno

Viéndose á descubierto, ocultó sus tropas detrás de los pinos de un abismo. Tres generales respondieron á la orden, y se consultaron.



—La posición es insostenible,—dijo Marteaux.—Y repetía: “Es insostenible es insostenible,” sin que le viniese á la mente una sola idea. Cerca de él los generales agitaban los sables.

— Estos reductos están bien guardados.

— Es preciso batirse en retirada.

— Esa es mi opinión ; el reconocimiento, después de todo, nos servirá. Volveremos más tarde.

Un diputado se acercó :

— Esos reductos se pueden atacar ; los hombres están frescos, tenemos artillería.

Y alzando la voz, se dirigió á los granaderos :

— Una fuerza victoriosa arrastra á la nación.

El general se encogió de hombros.

— No se toman trincheras como tú subes á la tribuna. Yo conozco á mis soldados, yo los amo ; es preciso replegarse.

— Hay peligro en persistir en el ataque, observó uno.

— Nos matarán inútilmente.

— ¡ Qué importa si nuestra muerte es la salvación del pueblo ! General, yo represento la República.

— ¡ Tu República la defienden nuestros fusiles !—gritó Marteaux, furioso. Montado ya, ordenó la retirada, cuando de repente se oyeron estas palabras :

— ¡ Salud, fraternidad !

Y apareció un hombre. Tenía la voz clara; la cabeza, como les gusta á las mujeres : la cabellera abundante, finísima, y los ojos claros y bellos, ojos que pensaban.

— ¡ Hola ! de Coudercq, — exclamó Marteaux.

El oficial, sin apresurarse, se unió á su jefe. Este taciturno ayudante de Estado Mayor acompañaba hacía cuatro meses al general. Donde se veía á Marteaux, se divisaba á de Coudercq. Para el viejo soldado la batalla no era sino una lucha al sable ; cargaba las emboscadas á cabezadas. Muchas veces él y su división habrían perecido, si de Coudercq no hubiese ordenado la victoria. Para lanzar los hombres á los grandes peligros bastaba decir en las filas : “ de Coudercq lo quiere,” ó bien “ de Coudercq cree que ganaremos la partida.” Este hombre no se reía, hablaba poco, y su entusiasmo no era mayor, pero la victoria estaba en sus manos. Con un amor apacible, obediente, lo amaban los soldados, como los sitiados aman su plaza fuerte y los sitiadores sus

trincheras. De todos, Marteaux solamente había alcanzado á comprender aquella alma de fondo tempestuoso, y jamás elogiaba á su oficial para que no se lo echasen en cara. Desde que principió la campaña, antes de los primeros tiros, ellos conferenciaban á la sombra de un árbol ó de un muro, los puños sobre los planos: era un consejo de guerra de cuchicheos entre los dos.

— ¿ Has oído ?

— Sí.

El estado Mayor, desde lejos, los observaba.

— ¡ Qué animal es este " padre de las leyes " —murmuró Marteaux. Puedes creer que quería que insistiese yo en el ataque ?

— Tenía razón.

La cabeza de Marteaux sacudió sus cerdosos cabellos. Palideció, y sus pupilas se dilataron.

— Tú no sabes entonces cuál es la fuerza de los aliados.

— Sí ; pero es necesario concluir. El triunfo no nos abandona.

Después de un momento de silencio, Marteaux irguió el cuello.

— Entonces dime pronto . . . ¿Qué hay que hacer? No hay que perder un minuto.

Agitado de la cabeza á los pies, de Coudercq apretó los puños. Así era como él reflexionaba.

— Dividir las masas.

— Bien.

— En tres columnas.

— Bien.

— Dirigirse con la primera sobre Shachberg, atravesando la hondonada de Blumelsthal.

— Bien.

— Darle la del centro al general Freytag que remontando por el valle la dirigirá contra el pueblo. El general Lequoy torcerá á la izquierda.

— Bien . . . ¿eso es todo?

— Eso es todo.

Marteaux colérico espoleó su caballo, prorrumpió en invectivas contra el Estado Mayor, y desapareció entre sus soldados. En breve se oyó el rumor de armas, el deslizamiento entre las ramas . . .

La ofensiva recomenzaba.

Las tres columnas azules afrontaron el fuego enemigo. La de la izquierda se detuvo un instante, como para respirar en aquel huracán de artillería prusiana, llegó á la hondonada profunda de Steingrund y se vió obligada, para poder avanzar, á reunirse con las columnas del centro. Las otras dos, al paso de carga, arrastradas por el 14.º de dragones y el 9.º de cazadores, iban á entrar en el pueblo y apoderarse de él, cuando de repente los batallones de Kalkstein, ocultos á la izquierda, y la brigada del príncipe de Baden que apareció á la derecha, batieron la línea á cañonazos, y marcharon inesperadamente contra ellos.

— ¿Qué dices tú, Coudercq, de todo esto ?

El general Marteaux no había visto nada hasta encontrarse al pie de las murallas de Permasens. Al ver aquel fuego cruzado el estu- por lo clavó á su montura.

— ¡ Es preciso replegarse !

Pero detrás de él, Coudercq, lívido, gritaba :

— ¡ Forzad el centro !

— ¡ Vamos á hacernos matar !

— ¿ Y si no qué ? Una retirada con los flan-

cos extendidos, pero ya eso es la derrota !
¡ Avancen !

Marteaux miró á su oficial . . . Alzó la cabeza de toro indomable en medio de las balas; lucía terrible ante el fuego del enemigo, y preguntó suavemente :

— ¿ Es que ves claro en nuestro asunto ?

— Nó, general, nosotros estamos en peligro. La topografía del terreno y la posición de las tropas no nos permiten ya retroceder ; he cometido una falta, pero no es tiempo de huir. Haz que marchen : yo te esperaré aquí.

— ¿ Por qué ?

La tristeza cubrió el rostro del oficial que contestó :

— Ya no tengo derecho á seguirte.

— Está bien, dijo Marteaux ;—este de Coudercq siempre loco . . .

Recogió las riendas y abriose un poco el uniforme.

— ¡ Adiós camarada !

Un tiro le llevó el sombrero.

— No tengo ya necesidad de hacer el saludo.

Lo que siguió fué espantoso. No tuvo tiempo sino para lanzar una carcajada. El caballo se encabritó, con las patas en cruz hacia el cielo, se dobló sobre las ancas, y saltó como un rayo en carrera vertiginosa. Se oyó extinguirse en la distancia la risa al diapasón de las balas, y en desorden las tropas se lanzaron siguiendo el galope del jefe.

Fué el último esfuerzo, Marteaux mismo de- tuvo su caballo delante de los cañones. Dos baterías le hicieron fuego y no le tocaron, pero las columnas deshechas por la descarga, intentaron huir. Las barrancas sobre que se apoyaban los flancos cerraban el paso á medida que convergían hacia Permasens ; era imposible desplegarse. De Coudercq, hombre de buen sentido, debía haberlo previsto. Ahí estaba su falta. Marteaux, como en un vértigo, estalló cual bomba entre los fugitivos.

— ¡ Muchachos ! ¡ Muchachos ! Nó ! ¡ Soldados ! Volved la cara ! ¡ Vive Dios ! ¡ Qué hacéis ? ¡ Adelante por la República !

Hizo girar su caballo pero mientras trataba de contener la desbandada, dos ríos de hom-

bres en fuga, se agitaban contra sus botas, á su derecha y á su izquierda, tumultuosos, desordenados, gritando como locos.

— ¡ Pueblo de perros! ¡ Nación cobarde!
¡ Ah! mujeres miserables, mujeres nerviosas,
mil diablos! tú . . . sí, . . . tú . . . Pasa tu
fusil!

Un hombre que corría, arrojó el arma y la cartuchera sin detenerse.

Entonces Marteaux, que permaneció inmóvil en su caballo, á la cabeza de los fugitivos, empezó á tirar al montón que formaban. Las olas de éstos se empujaban, y se cerraban el paso. Era la derrota, *un sávese el que pueda*, un galope de terror! Sus balas eran inútiles en el desorden, al acaso . . . un hombre caía después de otro, y otro, y otro más; tan de cerca le rodeaba á veces el torrente de los fugitivos, que cambiando de puntería con el arma entre las piernas, y el cañón hacia abajo, disparaba contra ellos.

— ¡ Dioses y mil dioses! Ahí va eso para enseñaros á huir.

Y apuntaba á otros.

— ¡ Y tú ! Y tú ! Y tú !

Cuando no le quedaron cartuchos ; llamó á de Coudercq, aullando ; á saltos de garganta gritaba lleno de desesperación ; pero todo se había acabado.

Los hombres habían desaparecido. Marteaux se quedó solo, en la llanura, formidable, en medio de las últimas bombas.

* * *

En este momento, en Hornbach, de Coudercq, rodeado de fugitivos, escogía cuatro hombres y un sargento.

Uno á uno les fué tocando el pecho y les dijo :

— Tomad vuestras armas, seguidme. Eran cuatro viejos, de belfos peludos, cuatro corazones de niño. Llegaron á una cerca lejos de las tropas ; los hizo sentar sobre la huerta, y él permaneció de pie, humildemente.

— Yo me llamo Juan Francisco de Coudercq. Soy capitán agregado á los ayudantes de Marteaux, general en jefe del cuerpo de los Vosges. Algunos hechos brillantes se deben á mí, y por

ellos la nación me ha recompensado, pero esta mañana he cometido una falta.

Los soldados no respondieron.

— En vez de aconsejar la retirada, insistí en continuar el combate; soy la causa del desastre.

El sargento, inquieto, dijo:

— Capitán, á nosotros no nos toca oír eso; tú deberías ir á ver á los diputados.

— Os he escogido, dijo el oficial, y sois mi Consejo de Guerra.

De un salto, los cuatro soldados estaban en pie.

Dos lloraban; uno dijo, temblando:

— Me marchó.

— ¡ Yo soy vuestro capitán !

— ¿ Por qué no te hiciste matar ?

— Yo no merezco la muerte á manos del enemigo.

De Coudercq asió al sargento, y ordenó:

— ¡ A derecha, alineamiento !

Esta voz superior conmovió á los cuatro hombres; inmediatamente se pusieron en fila.

— ¡ Cargad vuestros fusiles !



Los soldados doblaron la frente, mordieron el cartucho ; después á diez metros el oficial los vió vaciar la pólvora, apretar, cerrar, llevar el arma á la izquierda, colocar el cartucho, sacudirlo, tirar la baqueta, hundirla en el cañón hasta la empuñadura, atacar

En este momento de Courdercq gritó :

— ¡ Preparen !

— ¡ Apunten !

Sin pensar, velados los ojos, apuntaron.

— ¡ Fuego !

La descarga estalló, pero entre el humo, fuera de sí, surgió de Coudercq ! Cayó de su cabellera una guedeja quemada. A de Coudercq, al salvarse de la muerte, le pareció que una mano lo arrancaba de un abismo. Sin embargo, él quería morir.

— ¿ Y así se me obedece ?

Tomó su pistola, la amartilló, y les dijo :

— No importa, si no me acabais ahora, os mato.

Por segunda vez el oficial se irguió, y mientras los soldados cargaban de nuevo, exclamó :

— Como ningún diputado ha previsto mi

crimen, y no existe ninguna ley para castigarme, yo invento una :

“ Todo jefe que por una falta suya, haya sido causa de la pérdida de las tropas que la nación le haya confiado, será pasado por las armas.”

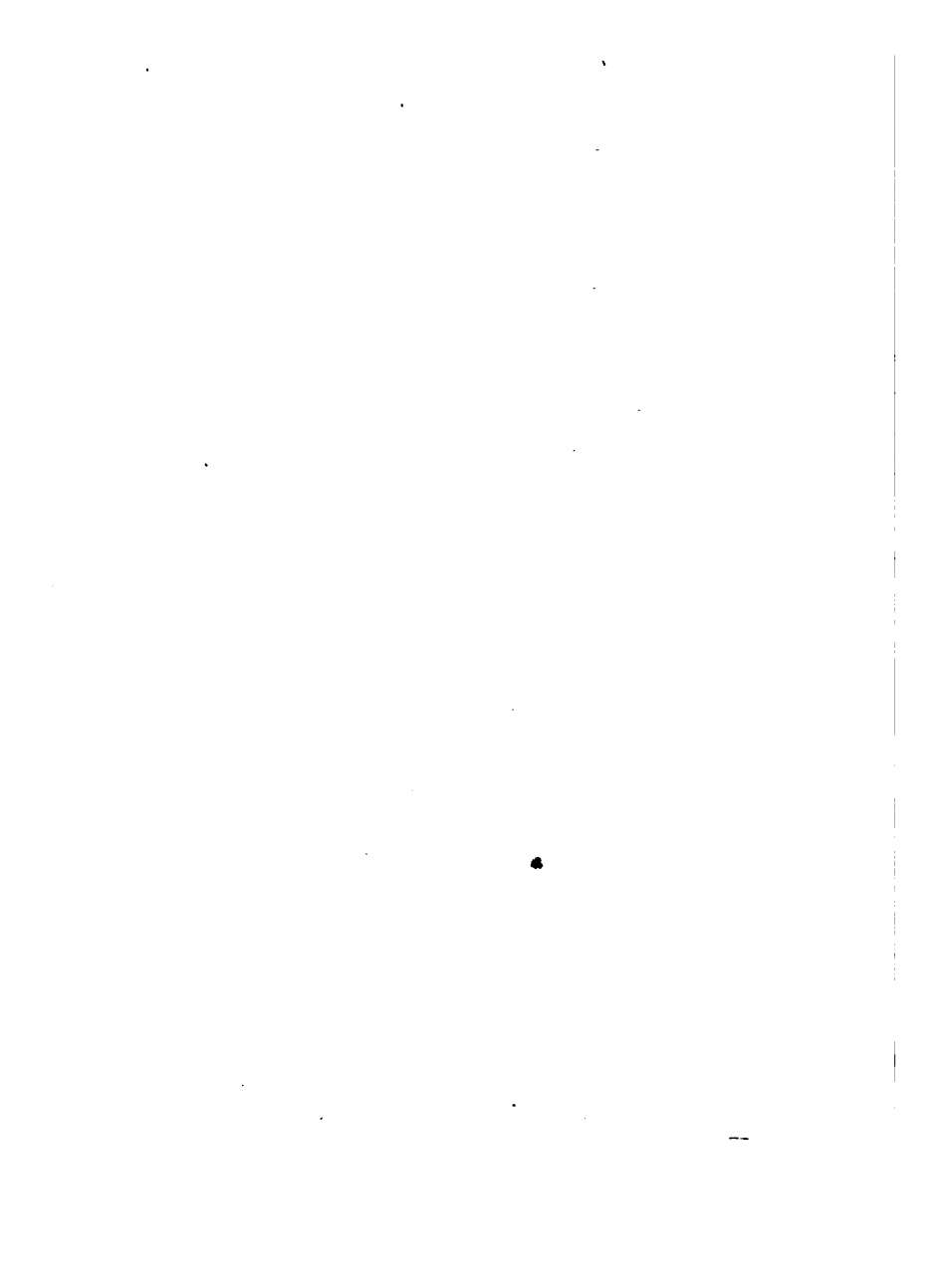
Y de Coudercq añadió :

— Agréguese al Reglamento.

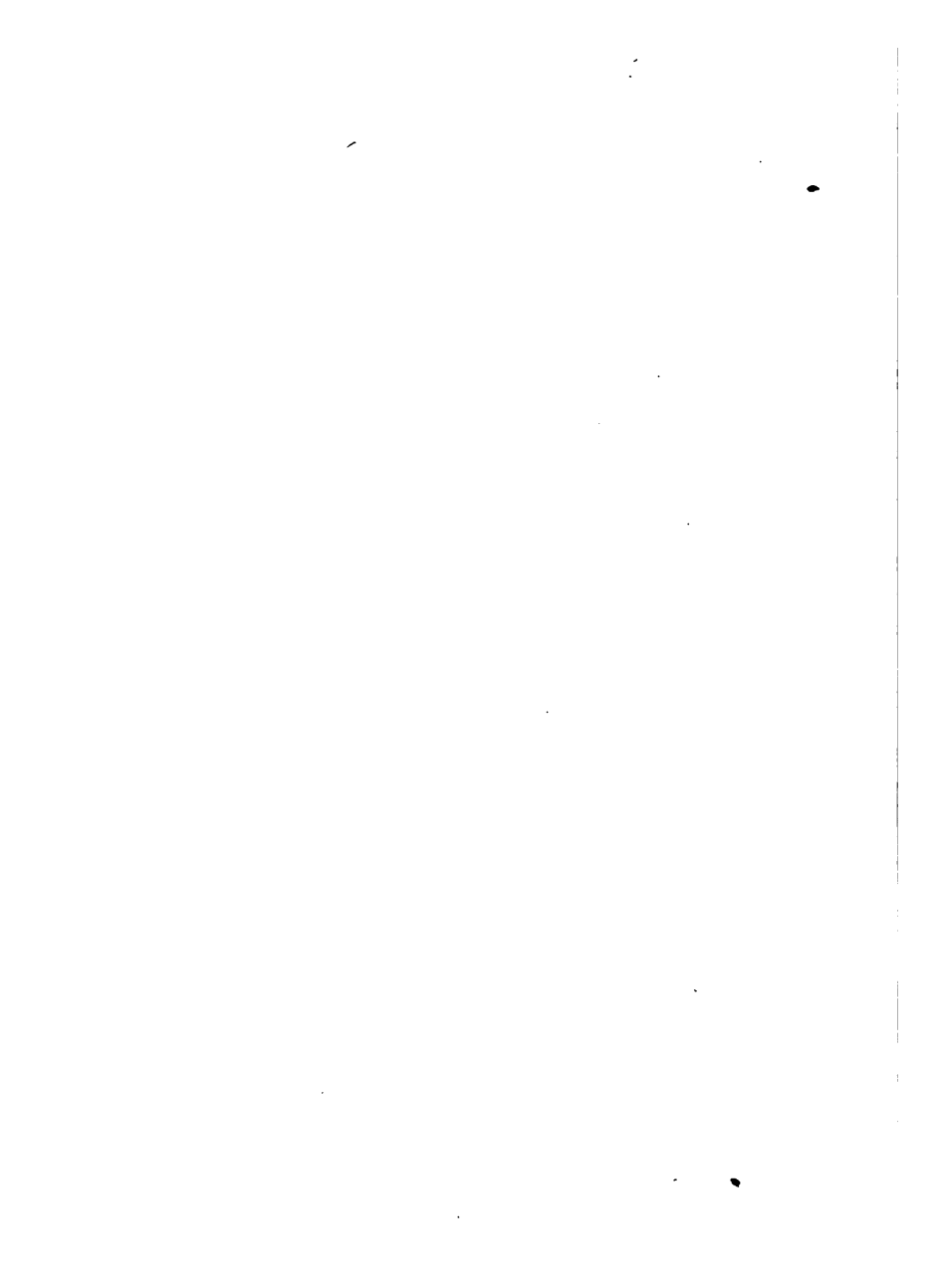
— ¡ Fuego !

Y cayó, con el corazón despedazado.





ALMA HUMILDE





ALMA HUMILDE

(DE L. BRETHOUS-LAFARGE)

MUCHOS años hacen de la guerra, y sin embargo el recuerdo de aquella pesadilla no me abandona ; al pensar en aquellos días fatales páreceme que otra vez sueño y como que desfila nuevamente el cortejo de sangrientas visiones. Empero, todas las ideas de gloria, de honor que se esforzaron en inculcarme en mi infancia, se han cambiado radicalmente ó se han modificado. Donde me enseñaron á hallar lealtad y valor no encuentro casi siem-

pre, sino el egoismo y la cobardía ; y donde no contemplaba sino pequeñeces ó indiferencia, suelo descubrir la nobleza y la grandiosidad de alma, algunas veces hasta el heroismo ; y entonces, imágenes pequeñas, humildes, misteriosas, se animan y se aclaran en medio de aquella noche de angustia, y acuden á mi memoria consoladoras y esplendentes.

Ahora mismo una se adelanta y me pide un recuerdo ; voy á tratar de reproducirla.

I

Es una vieja toda arrugas, una pobre mujer del norte, picada de viruelas, infeliz, decrepita, para quien la guerra es aún más dura que la paz. Tiene quizás cincuenta años, ponle sesenta, aumentádos si os place, lo permiten, en efecto, la cara enflaquecida, consumida por sinsabores más que por el tiempo, cubierta como de una red de arrugas profundas, y apenas iluminada por dos ojos casi extinguidos que no expresan sino dos sentimientos : pena y temor.

¿ Por qué misterio de la vida un cuerpo tan frágil, tan minado, se sostiene, y por cuanto

(185)

tiempo resistirá todavía? ¡Pobre mujer ! Al ver-



la no más se dice uno: existe como un sér dege-

nerado, humano apenas, conducidas solamente por el instinto, víctima de la desgracia, digna de lástima ; y comprende que debajo de aquella frente estrecha y deprimida se agitan siempre las mismas cuatro ó cinco ideas, en que no se vislumbra más que la miseria, la resignación, el sufrimiento, el olvido.

Vive en pleno campo, en una casucha tan pobre como ella, y que, como ella, se desploma en ruinas.

Fué allí, donde, con algunos soldados, me alojé una noche, estableciendo un puesto de guardia como subteniente que era. El resto de la compañía estaba acuartelada á cerca de dos leguas, en un villorio cuyo nombre nunca he podido averiguar,

Llegué cuando anochecía ; á la mañana siguiente era necesario emprender la marcha.

Cuando hube desempeñado mis deberes de jefe de cuerpo y nos habíamos asegurado de toda sorpresa, me puse á buscar albergue para la noche y toqué á la puerta de aquella casucha que hubiera creído desierta á no ser que la alumbraba una luz triste y mezquina.

La labriega me acogió con un diluvio de palabras que al principio no entendí, á causa de su volubilidad extrema y de su acento casi bárbaro.

Cerró la puerta precipitadamente, me desembarazó de lo poco que llevaba sobre mí ; acercó á la chimenea un escabel, y arrojó en el fuego casi extinguido, virutas y ramas húmedas que me cegaban sin darme calor alguno. Durante todo este tiempo no cesaba de farfullar palabras, acompañándolas de gestos fuera de lugar, algunas veces hasta ridículos, Me pareció entender en sus palabras que se rataba de nieve de infórtunio, de frío y de soldados, ¿ qué sé yo ? Adopté el partido de hacerme que no comprendía nada ó lo que era mejor, de no escuchar. Sinembargo, comencé á ver más claro en aquella jerga de forma bastante correcta, pero que me parecía siempre de un acento detestable.

Después de todo, si yo no le prestaba atención era porque otras ideas se agolpaban al cerebro.

Sufría, desde la mañana, de una herida ya

vieja. Al principio de la guerra, un casco de bomba me traspasó el pie derecho y, durante casi un mes, tuve que guárdar cama. La herida al fin cicatrizó, pero las marchas excesivas fatigaron, poco á poco, el miembro enfermo, una hinchazón creciente me hacía temer una recaída. Me quité las botas, y durante un buen cuarto de hora me froté con aguardiente alcanforado. Mientras tanto la pobre mujer iba y venía, mirándome á hurtadillas; ella volvía, revolvía, avivaba el fuego, me acercaba los carbones y las brazas, charlando siempre pero con una voz que me parecía cada vez más inquieta.

Al terminar mi operación hice la ronda y regresé una hora después.

Me senté cerca del fuego, y la buena mujer recomenzó sus quehaceres. Iba, venía, revenía, atizaba el fuego, refunfuñaba, corría á decha y á izquierda, como si estuviese apuradísima, sin hacer, empero, la menor faena. Desarrégló un viejo baul; registró en todos sus escondites, sin dejar jamás de pensar en alta voz, ó mejor dicho, quejarse, murmurando incesan-

temente : “ ¡ Ay, qué desgracia ! ¡ Oh, Dios mío ! ”

Desde mi llegada, yo no le había dirigido la palabra ; lo más que había hecho era responderle.

Todo mi pensamiento era para mí, padecía, me sentía extenuado. Me recosté á la pared ; pronto al influjo del reposo y del calor mis ojos se cerraron por sí solos.

I

— ¡ Señor ! . . . ¡ señor ! . . . me susurró al oído una voz débil y suplicante.

Me desperté sobresaltado.

De pie y delante de mí estaba la campesina en su mano entreabierta tenía un pedazo de pan negro y una tablilla de chocolate.

¡ Señor ! repuso ella con un acento acongojado, que jamás podré traducir, excusadme, os lo ruego, pero ésto es todo lo que yo tengo, no os puedo dar otra cena !

Me levanté de un salto.

Gracias, gracias, buena mujer, respondí, conmovido profundamente por su confesión, y

explicándome al fin el motivo de su desasosiego, tranquilizáos, no me falta nada : aquí tengo todo lo que necesito.

Y tomé el cesto de víveres que un soldado acababa de traerme.

Aquella figura, antes tan triste, tan dolorosa, se iluminó de súbito como con un rayo de alegría.

— Oh! señor! señor! qué dicha! repetía la pobre mujer; y yo tanta pena que experimentaba al no poder ofreceros nada! . . . Pero, ¿deseais que os ayude? Dejadme, 'estoy acostumbrada.

Inmediatamente ella arregló una mesa que cojeaba, y sin por un momento callarse, se puso á la obra. Del baúl viejo sacó un pedazo de tela gruesa que tendió como mantel, colocando encima algunos objetos pequeños y un vaso. Más confiada, hasta contenta, ella se volvió hacia mí y me dijo sonriéndose:

— No temáis, señor, no temáis: todo irá bien, ya veréis.... Pero, os lo ruego, no os fijéis demasiado. . . no soy muy rica que digamos... no tengo sino un tenedor. . . y es de hierro, . .

La cuchara es de madera. . . . tenía un cuchillo; me lo tomó. . . . un mendigo, un viejo casi ciego. . . . Parecía tan infeíz. . . . no importa, pero él debió haberlo dejado. . . .

Entonces fué mi turno de interrogarla. Le pregunté cómo podía vivir así, lejos de todo vecindario humano, en una tierra que me parecía estéril,

— Bien, muy bien, me respondió, al menos cuando no hay guerra. Voy al pueblo, y allí trabajo. Ayudo en el jardín, lavo la losa. . . . Pero hoy todos se han ido, y nadie me necesita. Qué quereis que haga? Esa es la desgracia !

En ninguna de sus palabras pude sorprender una sola queja contra sí misma.

Mientras disponía la mesa, yo hacía recalentar la comida.

Cuando estuvo lista, la quise compartir con ella.

— Oh! no, gracias, mi buen señor, gracias, me dijo, yo no necesito de nada; guardadlo para vos, yo he cenado.

Con dificultad conseguí que aceptase un poco

de pan y jamón. A cada bocado de pan, ella me miraba con una sonrisa tan agradecida, tan tierna, que se me apretaba el corazón.

— Oh ! el pan ! señor ! el pan ! decía con una voz conmovida, no, nadie sabe lo que es eso ! . . . El mío es bueno también pero es duro ; qué queréis, señor ? hace más de ocho días . . . Y, después de todo, es mi culpa si no tengo ya dientes . . .

Y este pan de que me hablaba así, se lo llevaba á la boca con una especie de respeto.

— Señor, repuso ella, poco después, no tengo más hambre Lo permitís ? guardaré lo que me queda . . . ya he comido.

¿ Qué se pasaba en mí ? Sí, estoy seguro de ello, me moría de hambre, cuando me senté á la mesa, y de pronto al oír esas palabras se me quitaron las ganas.

— Sí, le contesté, tomadlo todo, yo tampoco tengo hambre. He comido muy bien. Guardad los restos, si no se perderían.

Se confundió en excusas y gracias. Lo recogió todo, pedazo á pedazo, mendrugo á mendrugo, y encerró su tesoro en su baúl con un

cuidado casi piadoso. Su semblante, el chispazo de sus ojos, me dieron á entender que su vida estaba asegurada, por lo menos por ocho días. Sí, lo declaro ingenuamente, fui muy feliz aquella noche.

Mientras que ella despejaba la mesa, yo calentaba el café. Le eché en el vaso. No creía á sus propios ojos, su mano temblaba, parecía que iba á derramarlo. . . .

— Oh! señor! señor! decía con un contento y una risa de niño, es posible! Qué generoso! Café! Es tan bueno! Dos veces lo he tomado, hace mucho tiempo. . . . primero, cuando me casé. . . .

— Ereis casada? dije.

— Sí, señor, lo he sido; pero dos años después de nuestro matrimonio mi hombre murió: qué Dios guarde su alma! Éramos muy felices. Pero la dicha no dura. Así lo he oído decir. Mi marido murió, yo me quedé sola con mi hijo.

— Y qué es de vuestro hijo? le pregunté.

— No sé, señor. A los dieciseis años me dejó y se fué á París; desde entonces no he reci-

bido noticias de él. . . . Me dicen que volverá. . . . Yo no lo creo. . . . Volver: para qué? La existencia aquí es difícil, y si me ha olvidado es porque andará en malos pasos. . . . Algo me lo dice. . . . El alcalde también opina lo mismo. Reflexionó un instante y, como si más bien contestase á sus pensamientos, dijo: regresar él? . . . no, sin duda ha muerto. . . . ¡Y, quién sabe si es mejor, que así sea!

Y discurriendo de esta manera, bebía su café á pequeños tragos, cubriéndome de una mirada indefinible.

Inmediatamente la dejé para hacer mi última ronda.

La noche era glacial, pero hermosa y estrellada; todo hacía creer, como sucedió en efecto, que el enemigo, lejos de nosotros, no tenía la intención de atacarnos aquella noche.

Cerca de la media noche retorné. La pobre mujer aprovechando mi ausencia deshizo su cama, compuesta de un colchón malísimo y de paja, y lo colocó cerca de un buen fuego, en que había amontonado todas las ramas y virutos que pudo reunir.

(195)

Esta vez protesté enérgicamente y le insté que tomara su cama.

— No, señor, no, me respondió humillada, al rehusar yo su ofrecimiento, cómo si lo atribuyese á motivo de repugnancia, eso me pro-



porciona tanto placer ! Os lo pido, señor, acostaos. . . Yo ya estoy arreglada también. Allá estaré perfectamente.

Y me mostraba un cobertor en una esquina, sobre un montón de hierbas secas.

Seguramente la hubiera lastimado desairán-

dola. Me quité las botas, vestido me eché sobre aquel lecho improvisado.

La pobre mujer se retiró á una esquina y me miraba, inmóvil, media escondida en su cobertor.

El sueño me rendía. A penas me acosté, un sueño profundo cerró mis parpados, no tanto ni tan pronto, para que no me dejase entrever, á la vaga luz de la lumbre, á la noble mujer, levantarse furtivamente, acercarse en puntillas y cubrirme las piernas suavemente con su única manta.

III

Me desperté á las cuatro, hora en que debíamos regresar. Traté de alzarme; mis esfuerzos fueron inútiles: el pie se había hinchado mucho durante la noche y estaba como insensible. Qué hacer? En el estado en que yo me encontraba, no podía pensar en conducir mis hombres. Entregué, pues, el mando á un sub-oficial, encargándole que me enviara un carruaje tan pronto como llegasen.

Los soldados partieron, yo me quedé solo.

Esperé cerca de dos horas, comenzaba á amanecer, el día se presentaba encapotado, lívido, de vez en cuando, animado por la irradiación de la nieve que cubría el campo.

Me impacientaba ya, cuando la campesina, que había salido hacia algunos instantes, entró, pálida, inquieta.

— Señor! . . . señor! exclamó con una voz que se esforzaba en vano en serenar, venid á ver — allá, de este lado! . . .

Me puse en pié, y me llegué á la puerta dando saltos.

Era muy cierto: á nuestra izquierda, por la calzada, bajaban una colina poco distante, dos exploradores prusianos, y se dirigían rápidamente hacia nosotros, en diez minutos á lo más debían llegar á la casucha. . . . Qué hacer? Esconderme? Era imposible; huir? tampoco.

La pobre mujer, al ver mi tribulación, con conciencia plena del peligro, me contemplaba con estupor y temblaba en todo su cuerpo.

— Sin embargo, señor, dijo al fin, si pudiérais! si tratáramos! Hay un camino transversal. . . . aquí. . . . delante de nosotros, por

este camino de seguro que no nos verán. . . .
y después, enseguida de la cuesta, se ve la aldea. . . .

— Sí, sí, exclamé, enseñadme el camino inmediatamente, partamos!

Con cuanto trapo encontré, me envolví el pié, y tomé un bastón para apoyarme.

— Eso es, señor, eso es! repetía la buena mujer, llena de contento y más apurada que nunca, partamos, yo os voy á conducir. Hay alguna distancia de aquí á la cuesta, no importa, nos apresurarémos más!

Atravesamos rápidamente el camino y nos internamos en un estrecho sendero que daba á un campo.

Caminaba, bien que mal, cojeando un poco, pero sin mucha molestia ó sufrimiento.

— Vamos, señor, vamos! exclamaba mi guía á cada instante, valor, nos acercamos! Trescientos pasos aún! Aquí no nos sucederá nada; de allá no nos pueden ver; pronto estaremos en la cuesta. . . . No importa, no está lejos.

Era cierto, miré hacia atrás: habíamos de-

saparecido en un pliegue del terreno. Avanzábamos en silencio.

— Ya hemos llegado, señor, ya hemos llegado, dijo de súbito, con cierta agitación: la cuesta! Vamos pronto, señor, vamos pronto!...

Y bruscamente se me acercó.

Ella caminaba, preocupada, inquieta. Dos ó tres veces en el intervalo de algunos segundos, me pareció que volteaba la cabeza, mientras subíamos una pendiente algo elevada.

De repente me asió del brazo.

— Ya!... ya! exclamó ella, mirad! allá abajo! en el fondo! el carruaje... Sí! el carruaje! repuso ella, pero con una voz cuyo acento contrastaba singularmente con la noticia que me anunciaba.

En vez de mirar hacia adelante, yo miraba hacia atrás. Entonces comprendí perfectamente lo que quería decir al hablarme de "la cuesta:" caminábamos á la descubierta.

Los prusianos se detuvieron á trescientos metros y nos escudriñaban, con el fusil en mano. Treinta ó cuarenta pasos nos separaban aún de la cresta del monte.

— Desgraciada! cuidaos! le dije á la pobre mujer, que sin ningún motivo aparente me habia asido del brazo, huid! puede ser que disparen! . . .

— No, señor, no, respondió, acercándose más, no temáis, . . . y . . . quién sabe? puede ser que no tirarán!

— Pero no, os digo que me dejéis! — y traté de alejarla — abandonadme, podrían mataros!

— Mi buen señor, caminad, seguid siempre, respondió, acercándose aún más; en cuanto á mí no importa. . . Y quién sabe? quién sabe? puede ser que no disparen!

Pero, en ese instante mismo, dos detonaciones estallaron detrás de nosotros, y una bala rebotó en la nieve á nuestros piés.

— Oh! señor! señor! baluceaba la pobre mujer, tratando de arrastarme precipitadamente, oh! los málvados, señor, los málvados! quién lo hubiera creído, han disparado! Pero ya no nos falta mucho! Ya llegamos! dijo, con un suspiro de satisfacción. . . Estabamos en el otro declive de la cuesta.

Al vernos desaparecer, los exploradores, suponiendo, sin duda, alguna trama, volvieron sobre sus pasos. Los soldados nuestros, prevenidos por el ruido, acudieron á la carrera.

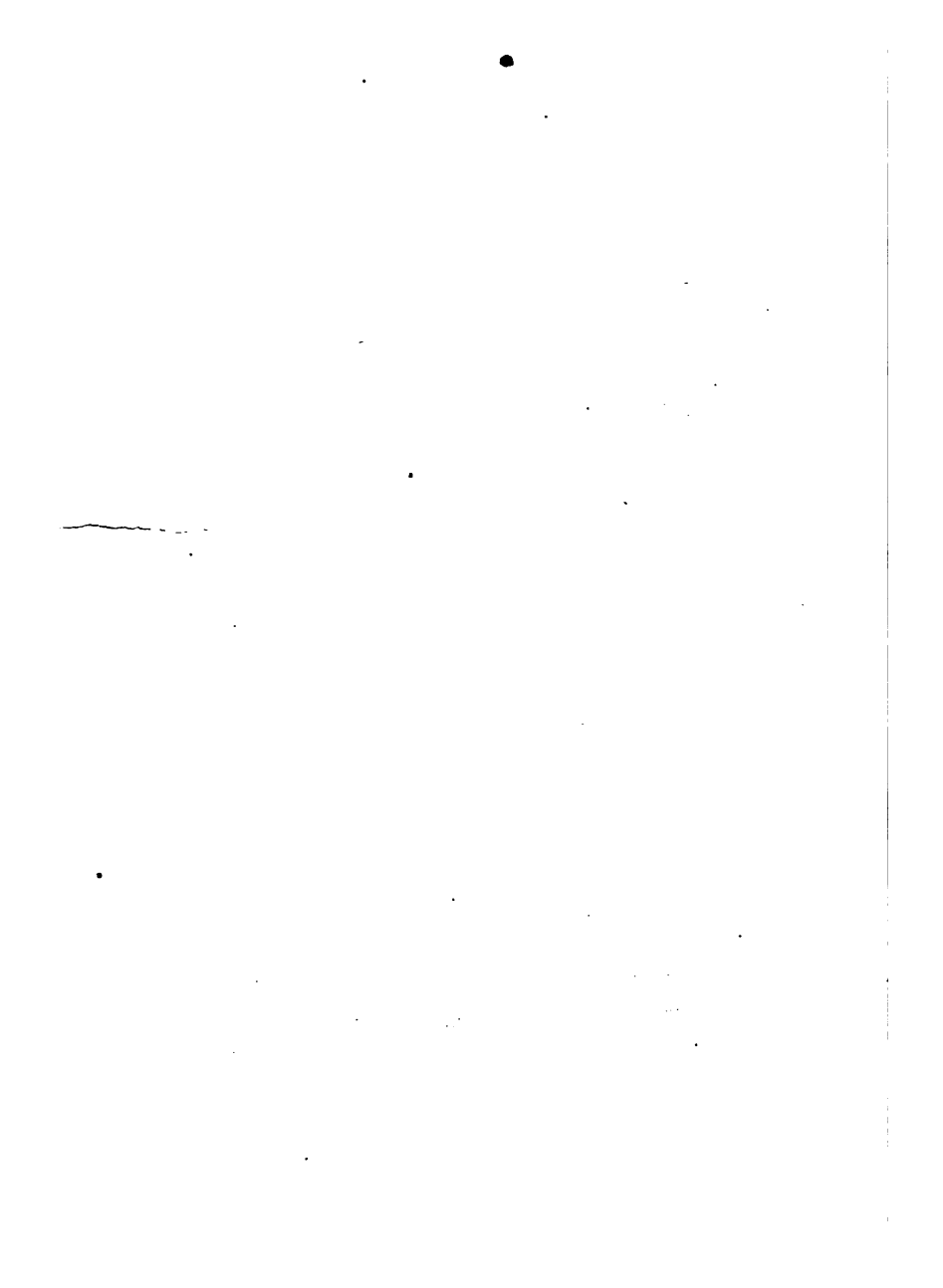
Antes de subir al carruaje, no pude dejar de abrazar á aquella valiente mujer que acababa, con tanta sencillez, de realizar un acto de heroísmo. Ella se quedó sin saber lo que le pasaba, no comprendiendo el por qué de mi ternura; no cesaba de apretarme las manos y repetía :

— Oh ! señor, qué bondad ! Gracias, señor, gracias !... Y sin embargo, pensar que pudieron haberos muerto ! Oh ! los malvados !... Adiós, mi buen señor, gracias otra vez, y que Dios os conserve !...

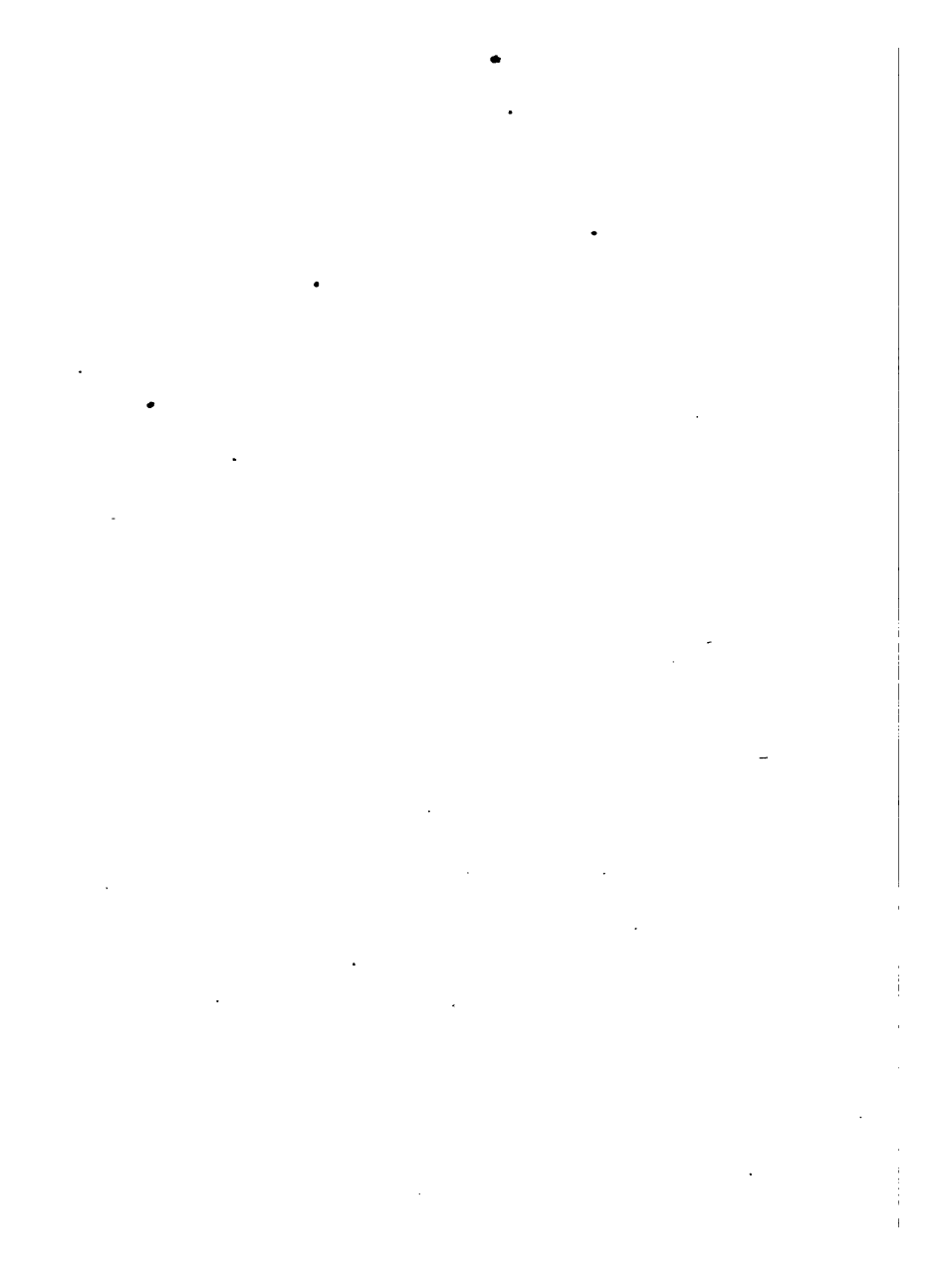
Y emprendió de nuevo tranquilamente el camino que acababamos de seguir.

Monté, dos latigazos vigorosos y los caballos saltaron; dejaba aquel país donde jamás he vuelto, y que no podría reconocer, perdido como está en mi memoria y más aún en Francia.

¿ Pero, que ha sido de la pobre y noble mujer ?



EL REGRESO



EL REGRESO

(DE JEAN NIHILUS.)

I.

HIPÓLITO Morlé era un patriota probado, entró en el servicio voluntariamente; se había batido con denuedo en Italia en la Crimea, en México, en Africa; en suma, regresó á sus lares con los galones de ayudante y la medalla militar.

No tardó mucho en casarse; no era su temperamento para vivir aislado y él guardaba en su corazón de soldado, sobre todo, un gran lu-

gar á Blanca, una vecina á quien prometió matrimonio.

Hipólito Morlé cumplía sus promesas.

El más sencillo y honrado de los hombres, Morlé no se separaba del retrato de Blanca, que viajó á través de las trincheras de Sebastopol y los llanos de Algeria.

Pobre retrato, usado por el frote del traje, amarillento á causa del calor tórrido de Africa, con las esquinas roídas, pero sobre el cual encontraba siempre los contornos de un rostro tan amado !

Cuando se juntaron para ir á la alcaldía, Blanca tan graciosa, debajo de su velo blanco, le dijo á su futuro:

— Al menos, señor Hipólito, cuando estemos en nuestra casa, Vd. no hablará demasiado de sus campañas, ¿ no es verdad ?

— Y, ¿ á qué viene esto, señorita Blanca ? os atemoriza la guerra ?

— No. Pero basta lo que he sufrido durante vuestras terribles ausencias, y quiero concluir con esos dolores ! Sin embargo, si esta exigencia contraría mucho á mi esposo. . . .

—Basta, señori. . . ah! Puedo decir “señora,” cuando no faltan sino minutos para la ceremonia.

Y, aprovechando que se hallaban sólo, asíó apasionadamente la mano, aún desguantada de Blanca y la cubrió de besos.



— No, nunca más te hablaré de batallas; pero por ejemplo, si algún día es necesario batirse otra vez, entonces á no ser que esté paralizado de brazos y de piés, iré! . . . sobre todo, si es del lado del Este! sí. . . . iré, puesto que la patria es sagrada!

Como los príncipes y las princesas de los cuentos de Perrault, los señores de Morlé vivieron dichosos y tuvieron. . . . cuatro niños, dos varones, el sueño de Morlé, y fuertes! Mil trompetas!

Qué guardias harían! Coraceros, por lo menos! Rolando, sobre todo. Este era el ma-

yor. Morlé lo había bautizado **intencionalmente** con el nombre del valeroso paladín, aquél bravo que no esquivaba el **deber**, un patriota de los tiempos antiguos !

II

La guerra estalló como una bomba.

Después de Sarrebrück. ¡ Oh ilusión de un despacho ! Woerth, Reischoffen. . .

Ah ! cuando él supo de este desastre, Morlé no pudo contenerse.

— Tu ves, le dijo á Blanca, si no vuelvo á la pelea me muero de rabia y de consunción; ya ves, morir por morir, más vale que sea empuñando el arma !

— Insensato ! Qué fiebre de sangre te enloquece así ? Y tus hijos ? . . .

— Mis hijos tendrán en mí un buen ejemplo; esto ya es algo.

— No te retengo más. Puesto que es tu idea, vé ! Entra en un cuerpo de franco-tiradores, bátete ! A cada uno su deber, según su conciencia ; para tí los sables, para mí los hijos !

Y como quiera que la voz de Blanca se enterneció al pronunciar esto, Morlé repuso, muy conmovido también:

—Sufro cruelmente, créeme, por la pena que te causo; pero yo no podría vivir dentro de estas cuatro paredes, mientras que otros corren al peligro, al deber! Le he avisado á mi jefe, él comprende estas cosas. Él te pagará mis sueldos íntegros durante mi ausencia; y, si quién sabe? me sucede alguna desgracia, no temas, he tomado mis medidas!

Unos días después de esta explicación, Hipólito Morlé salió de París con una compañía de franco-tiradores que se incorporaron á la fuerza del general Faidherbe.

Al principio, sus cartas llegaban con regularidad, pero de repente cesó la correspondencia. París se vió sitiado, sin comunicación alguna, durante los pocos meses de asedio. A penas de vez en cuando, alguna paloma mensajera traía á los enmurallados una misiva lacónica. Morlé pudo hacer llegar á los suyos, un poco antes del bombardeo esta:

“Hasta pronto: siempre vivo.”

Después, nada.

III

Al fin, el armisticio se firmó, los preliminares de la paz.

Nuestros enemigos entraron en París por la Avenida de los Campos Elíseos, sin entusiasmo, y bajaron hasta las Tullerías, donde permanecieron parapetados como lobos.

¿Qué era de Morlé ?

Una tarde al regresar Blanca del Ministerio de la Guerra, cansada de correr de despacho á despacho, en busca de noticias de su esposo, sin duda prisionero en Alemania, tocaron suavemente á la puerta de la escalera. Sin perder tiempo en quitarse el sombrero y abrigo, abrió. Un hombre !

— Hipólito ! exclamó. . . tú. . . vivo !

Y sin mirarle más, le echó los brazos alrededor del cuello.

— Sí, mujer querida ! . . . y los niños ?

— Duermen. Será mañana, al despertar. Quésorpresa ! De dónde vienes ?

— De Spandau. De una fortaleza donde

toda comunicación con el exterior me estaba prohibida. Esto me ha hecho sufrir más, por que en cuanto al el resto. . . .

— Qué llamas el resto ?

— Cara esposa, ¿ no has visto que tengo un brazo de menos ! ya me he acostumbrado. Y tu harás lo mismo, no es verdad ? Es el izquierdo el que falta : importa poco !

— Por eso no te amo menos.

— Sí, me lo amputaron, al otro lado del Rhin, no muy mal, por cierto ! Pero me es igual ! Si supieras lo que he llorado pensando que podría morirme sin besar á los míos ! ; No hablemos más de esto ! Desde mañana vuelvo á mi trabajo con mi jefe, como convenimos.

— Un hombre digno ! Te esperaba siempre ! Morlé no es de los que están destinados á morir, decía, lo volverémos á ver !

Antes de comer el menor bocado, Morlé quiso ver á los niños que dormían ya. En puntillas, se deslizó en el cuarto, sin despertarlos y con mucha ternera, les besó en la frente. Después, se reunió con Blanca, que precipitadamente arregló la cena.

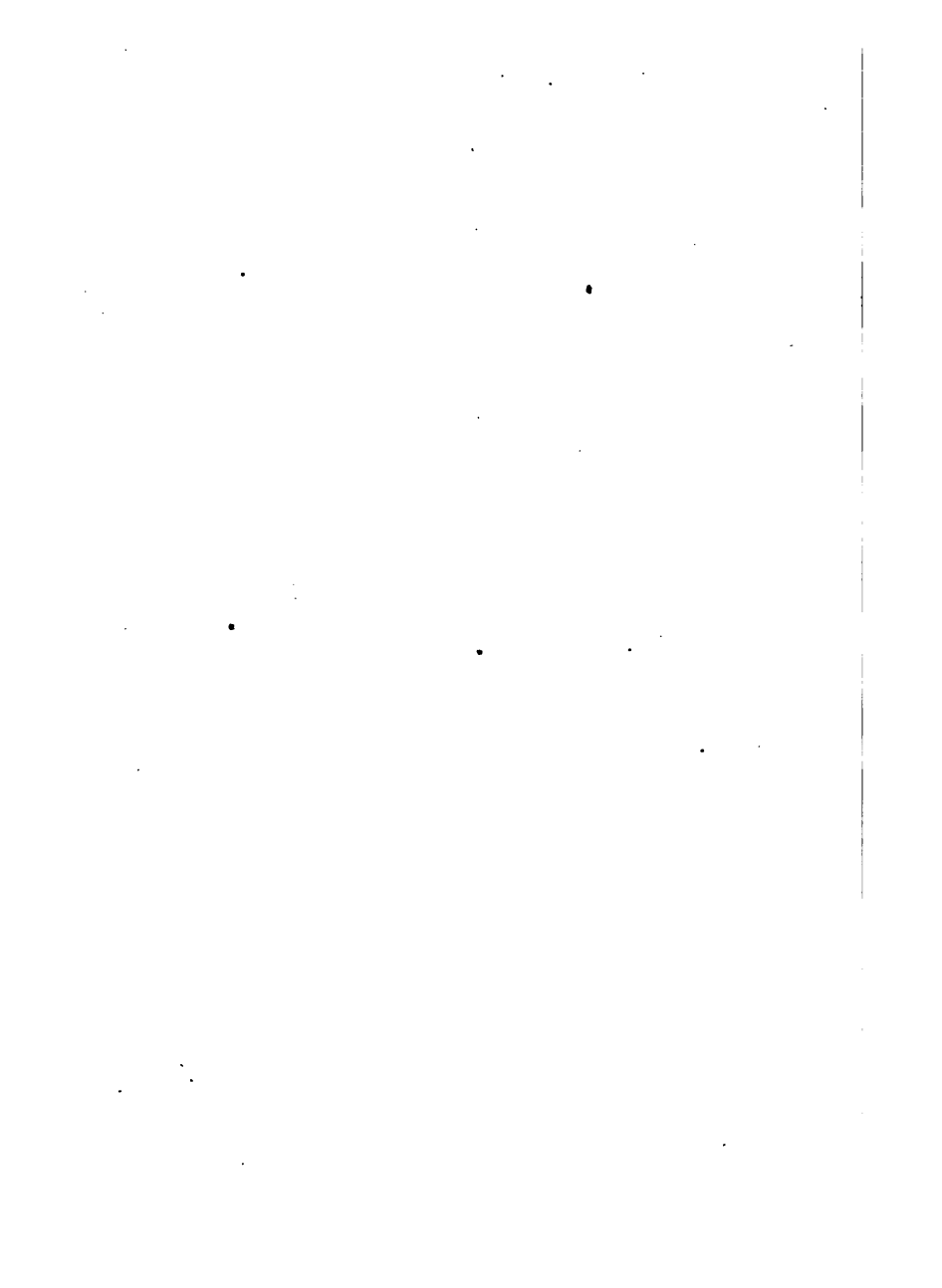
— Ahora puedes hablarme de batallas, dijo ella, esos cuentos no me atemorizan más, puesto que has vuelto á mi lado,

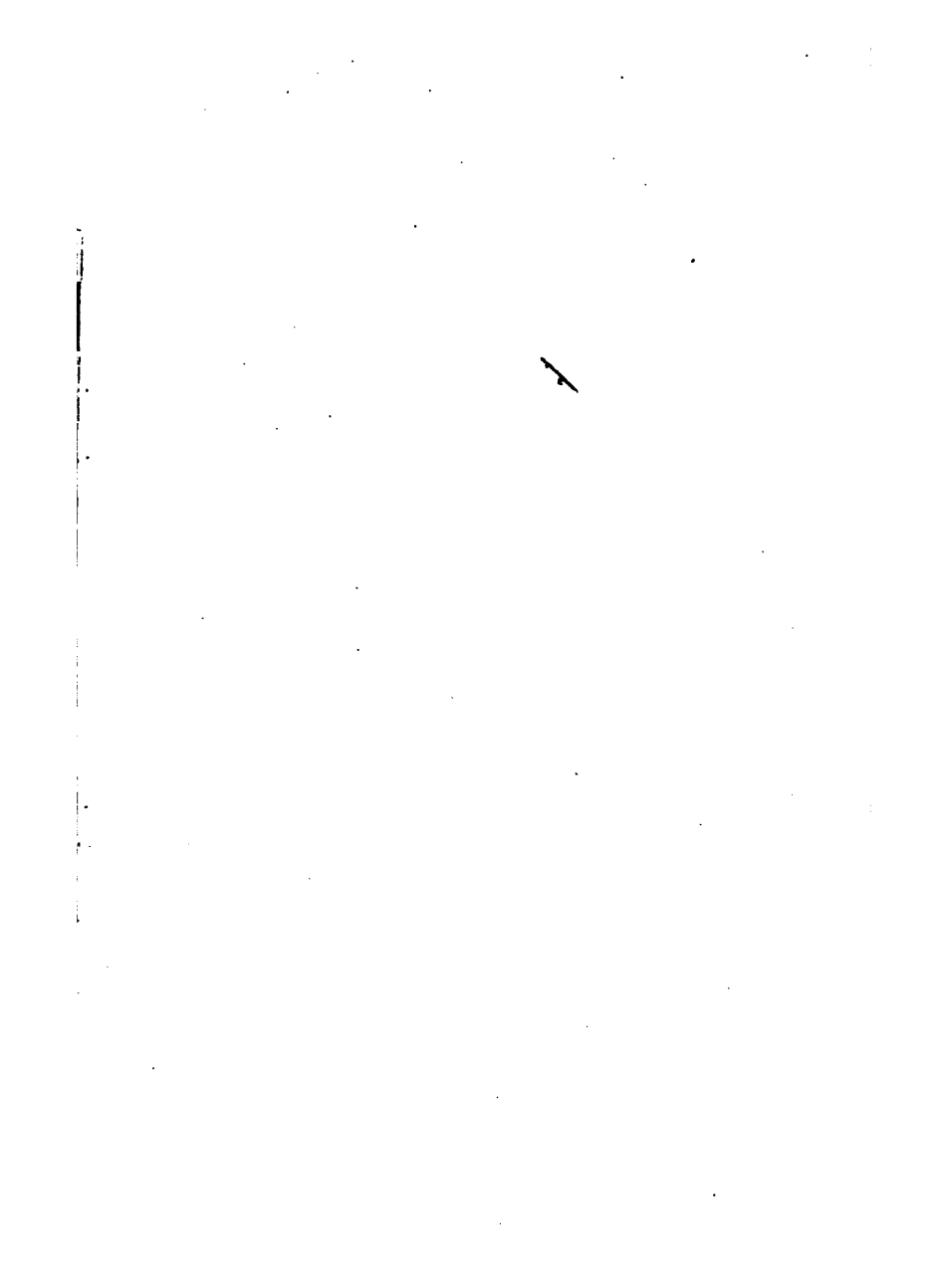
— Casi entero! . . . el brazo que queda en Prusia, pues bien, cuando Rolando sea grande él lo irá á buscar!

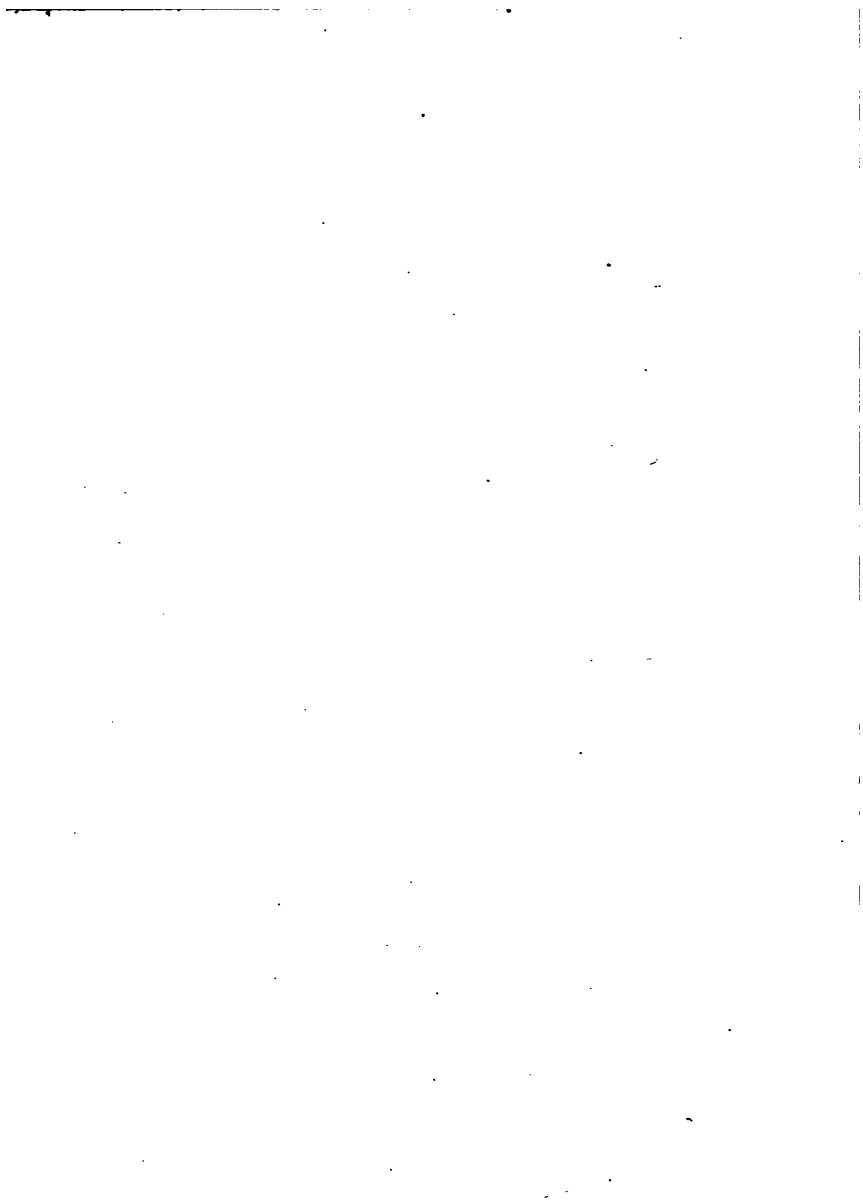


—INDICE—

	PÁGINAS.
Dedicatoria	5
Proemio (Máximo Gómez)	7
La Tricolor (Adaptación).	9
¡ Presenten Armas! (Felicien Nadal)	19
Ardid de Guerra (Edmond Thery)	31
El Capitán Landry (L. Bousсенard)	47
El Bautismo del Turco (L. Bousсенard)	69
El Coronel Maillard (Henri de Noussanne)	83
La Hija del Marabú (Adaptación)	93
La Carta del Herido (Adrien Borderie)	109
Un Patriota (Edmond Thery)	125
El Niño Espía (Alphonse Daudet)	145
Una Falta (Georges D'Esparbes)	163
Alma Humilde (L. Brethous)	181
El Regreso (Jean Nihilus)	203







This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.



